
LIBRO 1
DE LA DUOLOGÍA
ITALIANOS
APAIXONANTES.
El Padre
de Mi Bebé es un CEO
ITALIANO
CARLLA ARINE

LIBRO 1
DE LA DUOLOGÍA
ITALIANOS
APAIXONANTES.

El Padre de Mi Bebé es un CEO ITALIANO

CARLLA ARINE

Copyright © 2025 – Carlla Arine

Portada: Fantasy Designer
Lectura Beta: Carla Freitas
Maquetación Digital: Carlla Arine
Revisión: Alves Souza
Traducción: Antonia Maria

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas o hechos reales es mera coincidencia.

EL PADRE DE MI BEBÉ ES UN CEO ITALIANO

1.ª Edición
2025

Todos los derechos reservados.

Está prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio — tangible o intangible — sin el consentimiento escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Sumario

Sinopsis

Nota de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo Extra
Epílogo
Epílogo
Agradecimientos
Sobre La Autora
Otras Obras

Sinopsis

Lorenzo Ricci, el dueño de una poderosa empresa de Ciberseguridad, se encuentra en São Paulo por negocios.

El sexy italiano es consciente de su poder de seducción y sabe que atrae la atención del público femenino por dondequiera que pasa. Aunque, para él, el trabajo siempre va antes que el placer, jamás podría ignorar a la hermosa mujer que se sienta frente a él — lo que está seguro de que fue un error.

Diana salió de casa para una cita a ciegas por insistencia de su hermana casamentera. La joven, que siempre prefirió esconderse en su propia habitación con un ordenador encendido entre códigos y números, en lugar de relacionarse con cualquier hombre, decide arriesgarse por primera vez.

Cuando llega al restaurante y se encuentra con el sexy italiano que supone ser su acompañante de la noche, no imagina que su vida tranquila está a punto de cambiar.

Una propuesta indecente.

Una sola noche de placer con una consecuencia inesperada.

Una pasión arrolladora.

Muchos malentendidos y un secreto que podría separarlos para siempre.

Nota de la Autora

Esta historia es el primer libro de la duología «**Italianos Apasionantes**», que contará las historias de las hermanas Diana y Giovanna, hermanas de Alessandra, protagonista de la novela de origen «**Una Niñera para el Luchador**».

En «**El Padre de Mi Bebé es un CEO Italiano**», Diana acudió a una cita a ciegas para encontrarse con un amigo de su hermana, pero quien estaba allí era el mayor seductor italiano que jamás había visto.

Un desencuentro que supera todas las expectativas, una mujer que nunca ha sido amada de verdad, un hombre con demasiada experiencia en el placer y una consecuencia inesperada.

Prepárense para reír a carcajadas y arder con estos dos de realidades opuestas, pero completamente locos el uno por el otro.

Aprovechen para ver un poco más de Alê, Kalel, Mia y toda la pandilla. Se van a enamorar.

Muchos besitos y buena lectura.

Capítulo 1

Lorenzo

—¿Todo bien, guapo? —me pregunta una hermosa joven mientras camino por las calles paulistanas rumbo al restaurante donde está programada mi reunión de negocios.

Solo le guiño un ojo a la bella pelirroja de curvas perfectas y continúo mi camino. Muy bonita, pero antes del placer, está el trabajo.

Tras algunos minutos caminando, encuentro la fachada de estética rústica y noble del restaurante llamado *Cucina Donatelo*, que significa "cocina de Donatelo" en mi lengua natal, el maravilloso italiano.

Cruzo la puerta presentándome como Lorenzo Ricci y me acomodo en la mesa con vista a la terraza, adornada con hermosas flores de muchos colores. Este lugar fue una excelente elección. Busqué bares cercanos y terminé encontrando un sitio en el que la mayoría de las mujeres disfrutaría quedarse. Espero que la señora Augusta, dueña de Cosmos, sea una de las seducidas por el ambiente.

Pido un vino Cabernet Sauvignon mientras espero la llegada de aquella que tiene fama de ser inflexible en todos los acuerdos. Mi empresa —digo, la mía y la de mi hermano—, llamada True Security, trabaja con ciberseguridad y está expandiéndose cada vez más. Como Cosmos Tecnología es responsable de sistemas de redes y, recientemente, ha estado lidiando con la comercialización de materiales especiales, nuestra empresa necesita cerrar una gran adquisición a un precio justo para todos.

Claro, si mi encanto cortés conquista a esa señora, quizá consiga un valor más accesible para True Security.

Siento vibrar mi teléfono y veo que es un mensaje de Fabrizio preguntando si ya hemos empezado. Miro la hora y noto que, aun habiendo fijado la reunión a las tres de la tarde, han pasado más de veinte minutos y nadie ha aparecido. Busco en el dispositivo algún mensaje de la señora; sin embargo, hasta el momento no hay nada.

Pido aperitivos al camarero y los voy degustando con tranquilidad mientras espero, por más de treinta minutos, la llegada de la empresaria o, quién sabe, de su "brazo derecho", llamada Letícia Serra.

Cuando se cumple prácticamente una hora sin ningún retorno de la CEO, frustrado, levanto el brazo para pedir que cierren la cuenta. Entonces, mis ojos se encuentran con una hermosa morena, en la entrada del restaurante, cargando una mochila.

Creo que reconoce erróneamente mi gesto de pedir la cuenta y se acerca. Ya he visto a la mujer que trabaja con Augusta, y ella es totalmente distinta de esta joven que aparece frente a mí.

—¡Hola! —me dice, arrastrando la silla.

—Hola —respondo.

—Disculpa el retraso, me distraje haciendo un código… —comenta, sentándose frente a mí—. Creo que Gio ya te explicó lo que he estado desarrollando. ¿No es así, Gaspar?

¿Gaspar?

Ella suspira, inclinándose sobre la mesa.

—Mira. Está estampado en tu cara que no quieres este encuentro y, créeme, solo estoy aquí porque tu amiga, o sea, mi hermana, me obligó.

Ahora lo entiendo. Entonces ella, la bella mujer, cree que soy tal Gaspar. Si él no vino a conocerla, perdió una oportunidad única de conocer a una dama tan hermosa.

—¿Aceptas un vino? —pregunto, pidiendo otra copa y lanzándome a este tentador desencuentro.

Le sirvo y la mujer vacía la copa de un solo trago. Me quedo paralizado ante su actitud bastante inusual y, antes de ofrecérsela de nuevo, ella misma toma la botella y llena casi toda su copa, bebiendo así un largo sorbo.

—Sabes que esto no es agua, ¿verdad? —le aconsejo.

—Sí, pero estoy tan estresada por tantos problemas que tuve que resolver… Realmente lo necesito.

Peculiar, directa y bellísima. Una combinación excepcional.

—Cuéntame.

Ella se pasa las manos por el rostro, mirando hacia arriba, y solo en ese instante logro percibir el tono claro de sus hermosos ojos castaños.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? Gio quería que…

Entonces su teléfono suena y atiende la llamada de inmediato.

—Ya llegué. Luego te cuento. Beso. Chau.

Ni cinco segundos de llamada. Sorprendente.

—¿Tu hermana? —pregunto solo para aclarar.

La joven simplemente asiente con la cabeza.

—Ni siquiera necesito decir mucho —explica—. Lo que ella quería, lo consiguió. Después de años huyendo de abusivos que solo quieren sexo sin compromiso, aparecí en una cita a ciegas.

¿Cita a ciegas? Entonces realmente no sabe quién es tal Gaspar. Qué situación tan singular. No entiendo el motivo, pero necesito ver hasta dónde llega esto.

—Perdón por decirlo, pero creo que Gio te contó cómo soy. Prefiero mil veces quedarme en mi habitación trabajando que

intentar hacerme pasar por alguien que no soy para agradar a un tipo cualquiera que pasa el 99 % del tiempo pensando en sí mismo.

Me quedo sin palabras. Todas las mujeres que se me acercan quieren cumplir por completo mis deseos, y esta, hermosa y bastante inusual, aparece diciendo que no desea ni siquiera quiere hacerlo. Es decir, el absoluto opuesto. Debe existir algún motivo excepcional para afirmar tales palabras.

—Mira, como llegué tarde y después de lo que dije, creo que debes estar queriendo irte —continúa, mirando el reloj—. Si quieres, puedes irte y yo…

—¿Por qué piensas que todos los hombres solo quieren el placer para sí mismos? —se me escapa la pregunta.

En realidad, esa afirmación está martillando en mi mente. Para mí, todas deben ser tratadas como una rosa perfumada y delicada. Sin embargo, creo que la Bella Dama frente a mí no ha acumulado buenas experiencias.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres hablar de eso? Pensé que inventarías alguna excusa de trabajo para irte detrás de…

—Nada más me interesa en este momento —y es un hecho. Mi reunión de negocios no ocurrió y esta morena me está dejando muy curioso con sus afirmaciones.

Sin embargo, ni se le pasa por su bella cabecita que no soy el tal Gaspar ausente. ¿Cómo ignoraría un hombre a una mujer tan hermosa como la…? En realidad, ni siquiera sé cómo se llama.

—Está bien —suspira la morena—. Vas a odiar lo que voy a decir ahora, pero tú lo pediste. —Su mirada recorre los lados antes de volver a mí—. ¿De verdad no piensas en sexo cuando ves a una mujer bonita en la calle?

—No soy un animal en celo…

—¿Pero dices que nunca pensaste en eso cuando encontraste a una…?

—Eso es algo natural y absolutamente normal para…

—¿Para mí no lo es?

—¿Cómo?

Ella pone los ojos en blanco y respira hondo antes de declarar:

—No me gusta el sexo y mucho menos tengo ganas de practicarlo de nuevo en mi vida. ¿Entendido?

Me quedo boquiabierto. No hay forma de que eso sea verdad y…

—Te dejé en shock —sonríe, haciendo un gesto en el aire—. Ahora me voy porque está claro que este encuentro terminó. Un hombre como tú no va a querer relacionarse con una mujer que no quiere acostarse.

¿Como yo? ¿Cómo que como yo? Entonces la mujer se levanta y, de forma involuntaria, la sujeto con los dedos.

—No hemos terminado —afirmo—. Quédate en la mesa. Me gustaría tener un poco más de tu compañía.

La morena frunce los labios.

—¿Estás seguro de que quieres eso?

—Completamente.

¿Cómo viviría mis días sabiendo que una bella dama tiene pensamientos así? Algo debe hacerse, y seré yo quien lo haga.

Capítulo 2

Diana

Yo ni siquiera quería estar aquí. Tenía que ser Giovanna para fastidiarme y obligarme a encontrarme con su compañero de trabajo, al que nunca había visto en la vida. Analizando los innumerables comentarios que hizo mi hermana, las estimaciones para esa cita a ciegas ya eran tenebrosas.

Para dejarlo más claro, voy a empezar solo con tres de ellos, dejando bien evidentes mis consideraciones a continuación, así como la cantidad de puntos… Voy a hacerlo como hacen las telefonistas. Notas del 1 al 10.

Ni sé por qué estoy pensando en esto, pero es inevitable no recordar a Gio diciendo…

«Di, él trabaja y ama internet igual que tú».

¿Cuántos estudiantes de TI existen? Muchos. Otra cosa… ¿quién no gusta de internet teniendo menos de treinta años? Ni hace falta responder. Por eso, le di solo 2 puntos de 10.

Luego vino con esta:

«Hermanita. ¿Sabes esa serie de Star Wars que tiene a ese bebé que parece un viejito? ¡A Gasp le encanta! Estoy segura de que ustedes serían una pareja perfecta».

Es de esas cosas de las que Alessandra, antes de irse a vivir con su "Aprendiz de Armario", pasaba los días quejándose. Sin embargo, soy yo quien lleva más de cinco años sin una relación seria con nadie, pero si depender de que le guste mi saga de películas favorita para relacionarme, voy a morir sola. Por eso, este detalle vale solo 2 puntos.

Lo peor fue cuando estábamos viendo televisión en la sala y, durante la pausa comercial, apareció en la pantalla un anuncio de tinte para el cabello. De la nada, mi hermana exclamó:

«¡Los dos tienen el cabello oscuro! ¡Piensa en los bebés tan lindos que podrían tener!».

¡Dios del cielo! No trabajo en el censo, pero está claro que hay mucha más gente de cabello oscuro que yo en este mundo. Para empezar, Gio, Alê y yo lo tenemos así. Por eso, puntúe este último con apenas un punto.

Piénsalo bien. Si solo tres recuerdos que podrían haber sido puntuados como treinta puntos se convirtieron en míseros cinco, lo correcto sería quedarme en mi casa de Panamby y ni siquiera aparecer en este restaurante. Aun así, mi hermana casamentera me obligó a venir. Puse excusas dos veces, pero ahora no hubo manera. Si yo fuera él, habría inventado una excusa de último momento solo por haber sido dejado esperando.

Sin embargo… yo no soy tal Gaspar, que en realidad es mucho más guapo de lo que Gio me contó. Está bien. De mi hermana solo tuve la información de que tiene el cabello oscuro; si me hubiera enviado más descripciones físicas, quizá no habría faltado ni la primera vez.

Aunque sé que nunca tendría futuro, puedo catalogarlo en mi mente usando el método de compra de ropa. Puedo afirmar, solo con observarlo, que está muy bien valorado. Está bien, sé que es extraño pensar en personas como si fueran objetos de compra, pero tengo innumerables pruebas de que los hombres hablan de nosotras de la misma manera. No solo eso: cuando analizamos las cosas desde ese ángulo más frío, todo queda más claro. Una verdad: el sentimentalismo estorba mucho.

Si fuera a comprar unos vaqueros nuevos, mi lista de notas sería así:

tela de calidad, combina con mi ropa, encaja con mi estilo, precio que cabe en mi bolsillo, etc.

Así lo hago siempre y, todas las veces, los resultados finales son bastante prometedores, ya sea para comprar o dejarlo en la tienda. Sin embargo, cuando el asunto es el público masculino, no todos los resultados son tan claros y definitivos. Sobre Gaspar, puedo hacerlo así:

• Cabello oscuro enmarcando un rostro masculino y viril. (Nota 10)

• Hermosos ojos verdes. (otros 10)

• Barba rala que le queda de maravilla. (Nota máxima, sin duda 10)

• Dientes blancos y perfectos. (10, imposible que sea menos)

• Voz profunda y seductora. (sin dudas, 10 puntos)

Bonificación extra por el «acento italiano galante». (Este no es solo 10. Multiplícalo por cinco: vale 50).

Si él, sentado frente a mí y bebiendo vino, ya tiene un promedio muy por encima de 10, imagínalo de pie. Pero… ay, ay. Siempre hay un pero que hace que pierdan algunos puntos. El tema del sexo, que es frecuente en sus pensamientos, resta un total de cuatro puntos del promedio final…

¿Será que todos solo piensan en eso? Tenía que haber un defecto en ese hombre. Entonces, el tal Gaspar, amigo guapo y lindo que trabaja con mi hermana, queda con nota seis.

Sí, es baja, pero, aun así, aquí estoy, frente a este hombre hermoso, pensando que debería estar en mi autobús camino a casa. Sin embargo, juro que más del 90 % de mí está curiosa por saber

qué quiere decir Gaspar. Principalmente después de descubrir que soy 0 % adepta al sexo.

—Todavía no puedo creer que esas palabras hayan salido de tu boca —empieza—. O estás intentando seducirme, o…

—No estoy intentando seducirte —confieso con media sonrisa—, aunque tengas una belleza por encima…

—¿Me estás llamando guapo? —pregunta, curvando los labios—. Opino lo mismo de la Bella Dama que tengo frente a mí.

Mi rostro se calienta y trato de disimular, mirando a los lados. Sin embargo, mi atención vuelve a él cuando toca mi mano, que estaba a punto de alcanzar la copa de vino.

—Me gustaría cambiar tu visión sobre ese asunto.

Frunzo el ceño, intentando entender.

—Sobre el placer, *cara mia* —declara con una sonrisa descarada en los labios, lo que activa todos mis sentidos.

Creí que lo había sorprendido, pero la sorprendida fui yo. ¿Cómo cree que puede…?

—¿Estás pensando que yo soy…?

—No estoy pensando nada. Solo viendo a una mujer hermosa que se ruboriza ante un simple elogio.

—No sabes quién soy yo…

Él ríe.

—Y tú tampoco.

Su respuesta me resulta extraña.

—¿No eres Gaspar?

Totalmente fuera de mis expectativas, el hombre frente a mí, que yo juraba que era el compañero de trabajo de mi hermana,

niega con la cabeza. En ese instante. Sí. Justo ahora empiezo a sentir vergüenza ajena por la situación absurda en la que me metí.

—¡Dios mío! Si no eres Gaspar, ¿quién eres tú? —mi respiración se acelera por los nervios—. ¿Por qué me dejaste tanto tiempo en tu mesa? Bebí tu vino y no dijiste nada…

Él ríe un poco, sirviéndose.

—Creo que nos desviamos de nuestros planes, carísima —declara—. Aun habiendo encontrado a otra persona, admiro lo que el destino me trajo.

Ni siquiera logro comprender lo que dice. ¿Destino? No, fue el absurdo y completo azar lo que me llevó a la mesa de este desconocido hermoso de acento seductor.

—Mil disculpas, señor —respondo, tomando mi cartera para pagar el vino que casi bebí sola.

—No hace falta. Considéralo una cortesía.

Incluso pienso en replicar, pero mi tarjeta solo tiene límite para un 20 % más de uso, y si lo supero, aparecerá un terrible "no autorizado". Entonces tendría que prometer quién sabe qué para pagar la cuenta y aceptar su cortesía de una forma aún más incómoda. Pensándolo bien, es mejor dejarlo hacer su "cortesía" y quedarme callada. El mes recién empieza y no puedo jugar con las cuentas.

—¿Podemos volver a nuestro asunto, Bella Dama? Yo no pienso en algo serio con nadie. Vivo viajando y no soy del tipo de echar raíces, pero… hay ocasiones que prefiero vivir con calma y profundidad.

No sé por qué, pero cualquier palabra que sale de la boca de este hombre me afecta de una forma fuera de lo normal. Su mirada es seductora y absurdamente penetrante.

—Ya te dije que…

—Sí, lo sé —responde—. Dame la oportunidad de hacerte pensar de otra manera. Eres una mujer fuera de lo común y…

—¿Eres gigoló?

La pregunta sale de mi boca de la nada. Yo y mi boca grande sacando pensamientos sin filtro. ¿Será por el vino que tomé? Creo que no.

Sin embargo, está bien vestido, con un traje social que parece muy caro. Si lo fuera, debe ser de esos que cuestan dos riñones y un hígado por noche. Pensándolo bien, si nos desviamos del plan correcto, ¿podría haber ido a encontrarse con una anciana adinerada?

—Podría imaginar que de tus bellos labios saldrían las profesiones más inusitadas, pero jamás osaría pensar que me preguntarías si soy un hombre al que se le paga por sexo —se inclina sobre la mesa—. A menos que el pago por el servicio fueran múltiples orgasmos para la dama en cuestión. —Cierra el argumento guiñándome un ojo.

¡Caramba! ¿Cómo puede este hombre ser tan seductor? El noventa por ciento de mí ya quería quedarse para saber, o incluso experimentar, de qué está hablando, pero el otro diez por ciento, resistente, empieza a perder fuerzas.

—Bella Dama, solo para dejarlo claro: yo iba a tener una reunión de negocios lícita. Por lo que entendí, tú tendrías una cita a ciegas con tal Gaspar, que perdió una hermosa compañía.

Sonrío.

—Una mujer hermosa con una sonrisa bellísima. Pero creo no ser una de tus mejores opciones.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Sin responderme, pide la cuenta, extiende la mano hacia mí y se levanta. Sus dedos envuelven mi mano pequeña y solo entonces percibo lo grande que es. Y no solo en altura.

Debo añadir que, aunque yo sea más baja, su mirada no me hace sentir inferior ni pequeña, sobre todo con los ojos del Sr. Seductor devorándome lentamente. Al contrario de lo que siempre pensé y hasta viví, no me siento incómoda siendo observada por él. Puedo confesar que eso es bastante extraño incluso para mí. ¿Por qué él, entre tantos otros hombres que conocí? ¿Cómo logra afectarme de esta manera?

Caminamos hacia la salida y el Sr. Seductor se gira hacia mí, haciendo que choque contra él. Siento su mano en mi rostro y cierro los ojos lentamente ante su toque cálido.

—Bella Dama, ¿te gustaría dar un paseo?

Abro los ojos y me encuentro con sus hermosos iris verdes.

—¿Está intentando conquistarme, Sr. Seductor? —pregunto en tono de broma.

Su sonrisa se amplía.

—Puede decirse que sí, pero llegaré solo hasta donde tú me lo permitas.

¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo? Mi encuentro salió totalmente fuera de lo esperado. Sin embargo, no lo veo como algo malo. Las expectativas de este verdadero encuentro con el Sr. Seductor por São Paulo son completamente imprecisas, pero totalmente prometedoras para algo fuera de mi rutina.

—¿Aceptas acompañarme, Bella Dama? —pregunta, acercándose más, y me siento embriagada por su perfume amaderado.

Entonces, sin mayores planes ni análisis mentales profundos, digo:

—Sí.

Capítulo 3

Lorenzo

Solo una experiencia. Una prueba práctica. Solo eso y nada más.
La Bella Dama es un azar perfecto. Una inocencia y una imprevisibilidad fuera de lo común. Dueña de una belleza extraordinaria, de curvas hermosas, pechos del tamaño justo y unos perfectos ojos castaños, seductores y profundamente curiosos.

Podría decir que son inocentes, pero no por cuestión de edad. Me parece que, aun sin ser una niña, posee una ingenuidad. No virginal, sino de otro tipo que todavía no logro identificar.

Sus labios dicen que no desea, pero su cuerpo suplica en señales discretas. El andar que siempre termina chocando conmigo, las sonrisas contenidas que me sorprenden, las miradas intensas… Todo en ella me dice que quiere algo más que simplemente pasear por São Paulo en mi compañía.

—Bella Dama, ¿a dónde te gustaría ir? —pregunto tras algunos minutos caminando. Como es viernes al final de la tarde, creo que tenemos todo el tiempo del mundo.

Entonces, sin responderme, sus manos —que aún siguen unidas a las mías— me conducen hacia el interior. Pasamos por tiendas y algunos quioscos de comida, pero, para mi sorpresa, me invita a ver una película en el cine.

Confieso que está siendo imposible ignorar los pensamientos audaces que surgen en mi mente. ¿La Bella Dama, a quien conocí hoy, quiere continuar nuestro paseo en una sala oscura, con solo una imagen gigante en penumbra frente a nosotros? ¿Sin nadie que vigile mis dedos deslizándose por su pierna, o mi mano yendo a su cintura y…?

—Solo vamos a ver la película —advierte, contradiciendo un poco mis planes más nefastos.

Involuntariamente, una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Como tú elegiste la actividad, yo escogeré el título.

Ella abre las manos en señal de rendición, aceptando lo que digo. Camino solo hasta el panel donde aparecen los nombres. Recorro los géneros: terror, comedia, aventura, drama y… encontré lo que quería.

—Dos entradas para esa película de allí.

Como faltan pocos minutos para que empiece, gastamos el tiempo restante en la fila de las palomitas, bastante larga debido a otro estreno de superhéroes que comenzaría unos minutos después del nuestro.

Cuando entramos, la sala ya estaba oscura, con pocas personas. Me dirijo al rincón que compré. Elegí un lugar poco llamativo, donde no pudiéramos ser vistos cuando… estuviéramos en acción. La dejé más cerca de la pared, permitiendo que la historia —basada en una novela romántica— la ayudara a relajarse frente a mi presencia.

Los minutos pasan y sus ojos están fijos en la pantalla. En cierto momento, cuando los protagonistas comienzan a besarse, desenfoco por completo mi atención de la película para observar a la Bella Dama humedecerse los labios con la lengua mientras deja caer algunas palomitas de entre sus dedos. Su respiración se acelera y veo cómo aprieta las piernas cuando los gemidos de la película empiezan a resonar en la sala oscura.

¿Qué sentido tiene ver esta película si, a mi lado, en vivo, hay algo mucho más interesante? Sus ojos brillan al mirar la escena y me siento obsesionado, admirando a la Bella Dama.

—¿Te gusta lo que ves?

Pregunto, y ella da un salto, como si la hubieran atrapado in fraganti. Sus palomitas casi se vuelcan y, gracias a mis reflejos, evito que caigan. Me agradece, como si solo en ese momento se hubiera dado cuenta de que yo estaba a su lado. Si ese es el caso, tendré que revisar mis técnicas con urgencia.

Toco su rostro, acerco el mío y aprovecho el momento para besarla suavemente, sintiendo la sal en su boca. Confieso que esperaba una reacción brusca, incluso agresiva. Podría haberse apartado y haberme dado una bofetada por mi atrevimiento, pero la Bella Dama lleva sus dedos a mi nuca, profundizando aún más nuestro contacto.

Levanto el apoyabrazos que nos separa, la tomo de la cintura y aumento ese delicioso contacto. La presiono contra la pared, dejando que mi mano recorra su cuerpo, que me vuelve loco desde el instante en que se sentó frente a mí en la mesa. Contengo sus gemidos con mis labios, atrayéndola hacia mi regazo mientras rozo mi sexo contra su vientre. Es una pena que no haya venido con vestido. De haber sido así, me la habría follado aquí mismo.

Estoy completamente seguro de que tendría que convencerla con todo el poder de seducción que poseo; sin embargo, algo es cierto: necesito entrar en esta mujer y hacerla correrse, clamando mi nombre y pidiendo más. Solo así lograré acabar con esta erección latente que me domina. De ese modo, conseguiré demostrar que existen placeres inigualables entre un hombre y una mujer, muy distintos de lo que la Bella Dama imagina.

Capítulo 4

Diana

Debo estar volviéndome loca. Estoy en un lugar totalmente público, con personas a mi alrededor, besándome sobre las piernas de un completo desconocido del que ni siquiera sé el nombre. No sé si es la atmósfera o el hombre hermoso, un 10/10, que está conmigo, pero parece que soy otra persona con el Sr. Seductor.

¿A quién quiero engañar? En todo momento en que caminé a su lado, las mujeres se quedaron como abejas en la miel. Todas intentando llamar su atención, pero parecían invisibles. Sus hermosos ojos verdes estaban fijos en mí y me sentí la más bella de todas.

No sé por qué el cine. Tal vez por ser un lugar donde podría tener su exclusividad sin varias mirándolo; aun así, no pensé que llegaríamos a este punto. La verdad es que ni siquiera pensé que lo besaría, y mucho menos que estaría ardiendo así. Nunca fui una conquistadora como mi hermana menor, que bien podría llevar "audaz" como apellido.

Pero… Dios. No hay forma de pensar cuando su barba roza mi rostro y sus besos bajan por mi barbilla, arrancándome un gemido que ni imaginaba que pudiera salir de mis labios. Ninguno de mis escasos exnovios logró eso y el Sr. Seductor, solo con toques y caricias, me está llevando a las alturas.

—Tenemos que continuar con esto en otro lugar, Bella Dama —susurra en mi oído con el acento más sexy del universo.

Cierro los ojos, nerviosa, sabiendo muy bien lo que quiere.

—Yo no…

—No digas eso —me interrumpe, dejando su rostro a centímetros del mío—. Jamás haré algo que no quieras.

Mi respiración está acelerada, no solo por los besos ardientes y su cuerpo rozando el mío. Quiero decir que sí, aun sabiendo que jamás volveré a encontrarlo en mi vida. Pero… hay tantos "peros" en mi cabeza.

—¿Cuál es tu respuesta, Bella Dama?

Miro de reojo la pantalla y veo otra escena apasionada de una adaptación de libro que mi hermana romántica ama. ¿Tenía que haber escenas así? ¿Casi gráficas?

—No lo sé.

—¿Cómo? —pregunta.

—Es que…

Una vez más, la pareja protagonista está entre sábanas amándose, y yo estoy casi viviendo un cuento erótico, con un italiano guapo, perfumado y seductor que…

—¿Qué puedo hacer para convencerte de decir que sí? —me pregunta, apretando con más fuerza mi cintura.

Vuelvo los ojos hacia él y, sin mi respuesta, besa mi rostro. Solo entonces sus dedos tocan mi pecho, haciéndome sentir algo inusual entre las piernas. ¿Será eso lo que siente la protagonista de la película cuando el chico la besa? Porque, si lo es, el 80 % de mí ya quiere decir que sí a la propuesta del Sr. Seductor.

Sus labios regresan a los míos y su mano se desliza por debajo de mi camiseta. Desabrocha mi sujetador, apretando deliciosamente el pezón de uno de mis pechos, y un jadeo se me escapa de los labios.

—Si continúas así, tomaré tu gemido como una afirmativa para…

Entonces, las luces se encienden. Me baja de su regazo y empiezo a arreglar el desorden en el que estoy. Digo, en el que él

me dejó. Creo que mi cabello oscuro está revuelto y mi rostro demasiado enrojecido.

—¿Vamos? —me pregunta.

—Debo estar hecha un desastre.

Él me observa y, sonriendo, dice:

—Eres un desastre delicioso.

Un poco avergonzada, sonrío y me levanto del asiento.

—Aún no sé tu nombre… —comento, pero antes de que responda, su teléfono suena.

Pide permiso y se aparta. Aprovecho la oportunidad y voy al baño.

—¡Dios mío! —exclamo en cuanto veo mi rostro frente al espejo.

Estoy realmente hecha un desastre y cualquiera que me vea sabrá lo que estuve haciendo —en realidad, lo que casi hice dentro del cine—. Solo puedo haber enloquecido.

Lo primero que hago es buscar una goma para el cabello en la mochila e intentar devolverle algo de palidez a mi cara, menos roja. ¿Por qué no traje el maquillaje que Gio me aconsejó? Simple. Nunca imaginé que caería en los brazos del tipo que creía amigo de mi hermana y que, en realidad, es un desconocido seductor con un acento sexy y una capacidad fuera de lo común para transformar todas mis expectativas de decir no en una cadena de afirmaciones.

—¿Viste al hombre guapísimo de ahí afuera? —entran dos amigas al baño.

—Tiene un acento italiano sexy —comenta la otra.

—¿Será soltero? —pregunta la primera.

—Si no lo es, me pongo en la fila —responde riendo y entra en uno de los cubículos.

Vaya. Sin duda hablan del Sr. Seductor. Necesito salir, pero no puedo hacerlo así. Por eso, me echo agua fría en el rostro y, tras dos veces, mi cara parece un poco más normal.

Me pongo brillo en los labios —al menos eso sí traje— y salgo, encontrándolo frente al cartel de las películas. Aún está en una llamada y parece realmente nervioso con la conversación. ¿Será algún problema?

Capítulo 5

Lorenzo

—¿Qué pasa, Fabrizio? —pregunto en italiano.

Tuve que alejarme de la Bella Dama para hablar con mi hermano mayor.

—¿Por qué no he recibido ningún correo tuyo ni de Cosmos hablando de nuestra propuesta de negocios?

—Porque ninguna de las representantes de la empresa se presentó. Más tarde las llamaré para pedir explicaciones.

—¿Más tarde? Llama ahora. Necesitamos esa respuesta.

Suspiro, resignado.

—Está bien. Llamaré ahora. ¿Contento?

Lo escucho suspirar al otro lado de la línea.

—Hay una mujer involucrada en esa historia de "llamar más tarde", ¿verdad, Lorenzo?

Se me escapa una risa.

—Es una Bella Dama. Bastante exótica…

—Necesitas sentar cabeza —me aconseja.

Niego con la cabeza.

—Nada de eso. El que se casó fuiste tú. No creo que esa vida de ser solo de una sea para mí. —Recorro el lugar con la mirada —. Le hago un favor a la población femenina presentándolas a los placeres de la vida.

Escucho al fondo una puerta cerrándose.

—Vete a la mierda —afirma con ironía.

—No solo eso. Sabes muy bien que algunos de mis trucos te ayudaron a conquistar a Antonella.

Se queda en silencio por unos instantes.

—Enzo, sabes que toda la familia esperaba que me casara con Nella. Era cuestión de tiempo que se diera la unión de los…

—Ricci con los Bianchi. Lo sé. Menos mal que no soy el primogénito. Antonella es hermosa, pero jamás habría sido un buen marido para ella. Sabes el motivo.

—Deja de hablar de mi esposa y ve a hacer tu trabajo —gruñe, hasta hacerme reír—. Quiero una respuesta hoy.

Antes de que pueda despedirme, corta la llamada. Es entonces cuando percibo la presencia de la Bella Dama. El trabajo puede esperar. Tengo algo mucho más urgente en mente y tiene todo que ver con ella.

Está más arreglada de lo que la dejé, pero sigue siendo hermosa. Me acerco a pasos largos, la tomo de la cintura y me apropio de sus labios deliciosos.

—Estamos en público —dice, interrumpiendo el beso.

—Porque tú quieres —afirmo, recordando mi invitación.

No sé si en algún momento dirá que sí, pero haré todo lo posible por quedarme a solas con ella. Aunque sea solo para besarla con más privacidad.

Caminamos hacia afuera y percibo que nuestro paseo por aquí está llegando a su fin.

—¿Quieres ir a algún otro lugar, Bella Dama?

—No lo sé.

Es la segunda vez que responde así. La primera estaba con el sexo palpitando, ansioso por entrar en el juego, pero ahora, más tranquilo, percibo que hay algo más que no había notado.

—Dime, ¿qué ocurre?

Ella niega con la cabeza, desconcertada.

—Yo no soy así.

—¿A qué te refieres?

—No salgo mucho de casa y mucho menos beso a desconocidos en cines —dice, con el rostro enrojecido.

Eso ya lo imaginaba. No tiene esa audacia que poseen algunas mujeres. Sin embargo, precisamente por ser diferente, quiero descubrir más. Desentrañar lo que se esconde detrás de ese rostro hermoso.

—¿Mañana seguiré siendo un desconocido? —pregunto.

Ese mismo gesto de sonrisa contenida aparece.

—¿Eso es una invitación? —pregunta.

—Aún no, pero… ahora lo será. —La detengo frente a mí y acomodo un mechón de su cabello detrás de la oreja—. Bella Dama, ¿te gustaría encontrarte conmigo mañana aquí a las… —miro el reloj — siete de la noche para continuar donde lo dejamos?

Ella sonríe, asiente con la cabeza y luego responde:

—Sí. Te veré, Sr. Seductor.

Más aliviado por haber conseguido su primer sí, beso sus labios a modo de despedida y tomo un taxi hacia mi apartamento, planeando mis próximos pasos para llevarla a mi cama.

Capítulo 6

Diana

Apenas abro la puerta de casa y veo a mis padres frente al televisor, distraídos con la telenovela. Doy un simple «buenas noches» y camino hacia mi habitación. Al entrar, la primera persona con la que me encuentro es Giovanna, recostada en su cama.

—Di. Gasp mandó mil disculpas por no haber ido hoy —me avisa al sentarse.

—Está bien. Lo dejamos para otro día.

Tomo mi ropa para darme una ducha, manteniéndome lo más lejos posible de su mirada curiosa. Estoy segura de que ese italiano delicioso me dejó sonrojada y, si mi hermana me ve así, va a preguntar todo, absolutamente todo sobre él.

—¿Pero por qué tardaste tanto en volver a casa?

Mierda. ¿Ya dije que mi hermana es súper curiosa?

—En serio. Ni me di cuenta —respondo, escapando al baño sin darle oportunidad de replicar.

En el espejo noto que sigo roja. Sin embargo, con solo recordar dónde me besó aquel hombre hermoso, me invade el arrepentimiento por haber huido de su invitación de hoy. ¿Qué habría hecho ese seductor conmigo? Y, lo más importante: ¿realmente me habría gustado?

Me doy una larga ducha caliente, reviviendo los recuerdos de nuestra tarde. Pensándolo mejor ahora, fui una tonta por huir de él. Creo que quizá nunca vuelva a encontrarlo y tenga que vivir recordando los momentos que pasamos juntos en ese cine.

¿Será que realmente aparecerá mañana? No lo sé, pero iré. Si nada sale bien, volveré a casa como si nada hubiera pasado. Aun

así, estaré allí.

***

Sábado, al final de la tarde; la casa está llena. Mi hermana embarazada vino con su casi esposo y su hija, mi madre hizo lasaña y Giovanna y yo estamos en la cocina lavando los platos.

—¿Cómo te sientes, Alê? —pregunta Giovanna.

—¿A Kalel le gustó saber que son gemelos? —pregunto.

—Estoy bien —responde ella, sentada en la silla de la cocina —. A Mia le encantó la idea de tener hermanos, pero confieso que todavía no puedo creer que haya dos niños creciendo dentro de mí.

Mi hermana menor, Alessandra, es la más loca de las tres. Hace poco se convirtió en niñera especializada de la hija de un luchador. Empezaron una relación sin compromiso y terminaron enamorándose. Ahora, Mia ganó una madre, mi hermana tendrá gemelos y ella y Kalel se casarán después del nacimiento de los niños.

—Debe de ser extraño tener un bebé moviéndose dentro de ti —comento.

—Sí, lo es —concuerda sonriendo—, pero cuando te das cuenta, ya estás enamorada de ser su madre; en mi caso, de mis hijos.

—¿Sigues trabajando? —pregunta Gio.

—Cada vez menos. Kalel está cada vez más preocupado por mí —bufa—. Por él, me mantendría dentro de una campana de cristal.

Termino de lavar el último plato, se lo paso a Gio y me siento cerca de mi hermana.

—Pero él te ama, Alê —afirma Giovanna—. Ustedes tres forman una familia preciosa, ¿lo sabías?

Ella sonríe.

—Realmente los amo a todos. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo van las cosas? ¿Alguna novedad?

Gio me mira.

—Le organicé una cita a ciegas a Di con mi amigo del trabajo, y esta vez fue él quien plantó.

—¿En serio? —pregunta Alê—. Di, busca a otro…

—Pero lo que yo quiero saber es por qué la persona a la que dejaron plantada se quedó hasta tarde sola en la calle —me pregunta Giovanna.

Me levanto lentamente, sintiendo la mirada de mis hermanas, y camino hacia la sala.

—Creo que oí a Mia llamándote, Alê —comento, huyendo de las dos.

Esa es una pregunta que no quiero responder. Por eso, voy directo a mi habitación y, a diferencia de mis vaqueros, elijo un vestido más discreto. Como hoy está un poco fresco y tampoco sé si el Sr. Seductor aparecerá, tomo un abrigo negro para ponérmelo encima.

Me doy una ducha rápida e incluso me depilo para que todo quede bien. Sé que puede ser en vano, pero… más vale prevenir que lamentar. Hago una revisión completa y me maquillo. Como no sé hacer mucho estas cosas, prefiero lo simple: corrector alrededor de los ojos y un labial nude en los labios.

Cuando salgo del baño, la primera persona que veo es mi cuñado. Es un luchador grande que, si no conociera su corazón de oro, podría darme miedo en cualquier momento. Sin embargo, es un

padrazo de casi tres hijos y está completamente enamorado de mi hermana, a quien apodó «Audaz», lo cual no deja de ser verdad.

—Van a comentar sobre esto, Diana —dice riendo.

Corro a mi habitación con la intención de ponerme perfume y recogerme el cabello rápidamente en un peinado bonito. Pero, al contrario de lo que imaginaba, al abrir la puerta me encuentro con las dos.

—¿Adónde crees que vas sin contarnos nada, Diana? —cuestiona Alessandra.

—Eso fue lo que pasó ayer, estoy segura —añade Giovanna.

Tomo el frasco de perfume y me rocio un par de veces antes de responder.

—No pasa nada. Es imaginación de Gio. Alessandra, tú sabes cómo es ella —argumento.

La embarazada pone los ojos en blanco.

—Pero que estás rara, lo estás, Di. Cuéntanos.

Suspiro antes de decir:

—No tengo nada que contar cuando no pasa nada.

Recojo mi cabello frente al tocador de Giovanna y veo a las dos mirándome a través del espejo. Me vuelvo hacia ellas y digo:

—Si surge algo, serán las primeras en saberlo. ¿De acuerdo?

Ahora sí aceptan, e incluso me ayudan a arreglarme. Lo que pensaba hacer en cinco minutos termina llevándome veinte. Aun así, me siento otra Diana, subida a unos tacones negros que Alê había olvidado en casa.

Sin embargo, cuando me detengo frente al centro comercial, faltando diez minutos para la hora acordada, me pregunto: ¿vendrá realmente?

Capítulo 7

Lorenzo

Después de despedirme de la Bella Dama y subir al taxi, hice una llamada a la CEO de Cosmos. Me informaron, con toda cortesía, que había tenido un problema de índole personal y no había podido contactarme. Acepté su explicación y reprogramé la reunión para el lunes en otro lugar, esta vez más cercano para la señora, y en pocos minutos llegué a mi apartamento en Morumbi.

En realidad, es uno de los inmuebles de la empresa. Casi nunca estoy aquí. Vivo viajando y solo lo uso cuando estoy en la ciudad. Al entrar, pienso en lo placentero que habría sido traer a esa mujer a mi casa. Sin embargo, mañana no se me escapará. Si aparece, como creo que lo hará, nada de lugares públicos para nosotros. Seremos solo ella y yo, sin ropa, por todo este apartamento.

Pero eso solo ocurrirá después de su sí. Mejor dicho, cuando diga «no lo sé» y la haga gemir diciendo que sí y pidiendo más. Si solo con besos esa mujer me dejó loco, imagina cuando esté desnuda en mi cama y yo con la lengua en su coño, haciéndola correrse mientras grita mi nombre.

Esto es solo el inicio de lo que quiero hacerle a la Bella Dama. Para que ocurra, necesito tenerla aquí. También tendré que comprar nuevos preservativos. Mi reserva está prácticamente agotada.

Hago el pedido por teléfono y me doy una ducha relajante. Preparo la cena y, cuando estoy a punto de terminar, recibo la entrega. Aparto algunos, colocándolos en el cajón de la mesita de noche junto a los más antiguos. Me acuesto, relajado, esperando que llegue pronto el día de mañana. Mi cama no pierde por esperar a la Bella Dama sobre ella.

***

—Qué novedad, mi cuñado de visita —comenta Antonella, sirviendo nuestro almuerzo.

Una hermosa pasta italiana, muy al estilo que hace la nonna en nuestra Italia, aunque, lamentablemente, sin el mismo sabor. Nella no tiene la mejor mano para la cocina.

—Vino por trabajo, amor mío —responde mi hermano—. Fue detrás de una mujer y está perdiendo el plazo para cerrar nuestro acuerdo.

—Eso ya lo resolví, Brízio —aclaro—. Nueva reunión el lunes por la mañana, sin falta.

Respondo y me sirvo una porción de pasta en el plato, después de que Antonella lo hace. De repente, se instala un silencio en el ambiente. Levanto la cabeza y veo a mi hermano, siempre quejoso, y a su esposa intercambiando miradas.

—¿Debo retirarme? Creo que la mesa es bastante resistente para… —esbozo una media sonrisa— algunas actividades matrimoniales.

—¡Enzo! —me reprende Nella.

—¿Qué pasa? Ninguno de nosotros es un niño —replico—. No vayas a decir que hasta hoy eres virgen o le daré una paliza a mi hermano.

—¡Enzo! —me interrumpe Fabrizio.

—¿Qué está pasando con ustedes dos? —pregunto, sin entender.

—No es nada de lo que estás pensando, hermano —dice él, tomando la mano de su esposa—. Tenemos una noticia.

—Vamos a tener nuestro primer hijo, Enzo —declara mi cuñada, sonriente.

¡Guau! Esa no me la esperaba. Nella está embarazada. Medio año de casados y ya hay un niño para el linaje Ricci. Nuestros padres deben de estar felices en Italia; los Bianchi, aún más.

—Di algo, Lorenzo —me llama la atención mi hermano.

Si soy sincero, no sé si felicitarlos o darles el pésame. Si fuera yo, quizá me lanzaría desde una torre en desesperación. Pero, tratándose del correcto Fabrizio…

—Felicidades a los dos. Que el niño sea sano y fuerte.

Abrimos un champán y celebramos entre los tres. Un poco después, Antonella se sintió indispuesta y fue a acostarse. En ese momento, mi hermano me llamó para hablar más en privado.

—Sé que piensas que es una locura tener un hijo al inicio del matrimonio…

—Lo que yo piense no importa… —afirmo.

—Claro que importa. Sobre todo ahora, pero ocurrió. De un día para otro, Nella empezó a sentir náuseas, hicimos los exámenes y ahora tenemos un hijo en camino.

—¿Pero ella no tomaba pastillas? —pregunto.

—Sí. Fue lo mismo que le pregunté al médico —explica en voz baja—. Dijo que los antibióticos que tomó anularon el efecto de la píldora y… fue como si no hubiéramos usado anticonceptivos.

—¡Mierda! —exclamo—. Por eso yo mantengo mi reserva de preservativos. Nunca dejo de usarlos.

Él se ríe.

—Me pongo a pensar cómo sería si tú recibieras la noticia de un hijo inesperado.

—No pronuncies esas palabras —replico, nervioso—. No me veo como padre. Creo que sería el peor de todos —comento—. Mejor dejemos este tema. No quiero atraer energías negativas.

Mi hermano pone los ojos en blanco.

—Los hijos son bendiciones después del susto. Incluso estoy disfrutando saber que pronto una parte de mí y de mi esposa estará aquí con nosotros.

¿Desde cuándo el duro de mi hermano se volvió tan sentimental? Si siempre es así, creo que me encantará ser tío de algunos sobrinos más.

—Los niños son un buen proyecto cuando se desea tenerlos en alguna etapa de la vida. Sabes que nunca ambicioné eso, Brízio. Dejo esa oportunidad para otros como tú.

Miro el reloj y noto que ya casi es hora de encontrarme con la Bella Dama.

—Tus ambiciones son bien distintas. Están más relacionadas con entrenar cómo hacerlos —comenta mi hermano.

—Sí —respondo sonriendo—, y si todo sale bien, esta noche practicaré bastante con una mujer hermosa.

Pocos minutos después me despido, salgo y tomo un taxi. Como estoy un poco alcoholizado, dejo mi coche en el garaje del edificio de mi hermano y voy solo a su encuentro.

Cuando bajo del vehículo, no la veo. Pienso que debe de estar en el cine, así que entro y tampoco la encuentro. Como aún faltan unos minutos, debe de estar llegando. Doy la vuelta hacia la entrada y reconozco de inmediato su silueta afuera.

Está aquí.

Acomodo mi postura, aprovecho que está de espaldas y llamo su atención.

—Hola. —Se gira, regalándome una sonrisa contenida—. Buenas noches, Bella Dama.

—Buenas noches, Sr. Seductor.

Cierro los ojos, sonriendo y saboreando sus palabras. Cómo me gustó ese apodo. Incluso debería usarlo más veces, pero ahora no es el momento.

—¿Te gustaría acompañarme? —le ofrezco el brazo.

—¿Adónde quieres llevarme? —pregunta.

Ya imaginaba que reaccionaría así. De hecho, esperaba que sucediera. Ese juego delicioso de no querer y, al mismo tiempo, derretirse con un simple roce me excita y me vuelve loco, ansioso por su próxima pregunta o negativa.

—A un lugar mío y privado —respondo.

—Sé lo que quieres de mí, pero ya te dije…

Me acerco a su rostro y tomo sus labios.

—Bellísima, te prometo que jamás haré algo que no me permitas. Te llevaré a mi casa y las riendas estarán en tus manos. ¿Qué te parece?

Capítulo 8

Diana

Una propuesta 100 % indecente. No sería ingenua al pensar que este segundo encuentro tendría algo distinto a eso. Sexo sin compromiso con un hombre hermoso que juró no hacer nada que yo no quisiera.

—¿Cuál es tu respuesta?

—No lo sé…

Él suspira y me roba un beso de los labios, osado incluso en un lugar público. Sus manos quedan firmes en mi cintura, manteniéndonos pegados el uno al otro. Sé que hace frío, pero este hombre es tan caliente que resulta indecente. Sobre todo frente a un centro comercial concurrido un sábado por la noche.

—Está bien, Sr. Seductor —declaro, recuperando el aliento—. Acepto tu invitación.

Una sonrisa animada aparece en sus labios, haciéndolo aún más atractivo que antes.

—No te arrepentirás, Bella Dama.

Entonces llama a un taxi y, en cuanto la puerta se cierra, sus labios toman los míos sin darme ni un 1 % de oportunidad de pensar en nada que no sea él.

Debo haber enloquecido, pero estoy adorando esta tentadora locura mía. Este hombre me saca de la realidad sin necesidad de mucho esfuerzo. Parece que toda mi vida se reduce a un borrador y, esta vez, con el Sr. Seductor, es real. De verdad.

—Llegamos, señor.

—¿Vamos?

Ni siquiera tengo tiempo de pensar en lo que el conductor pueda haber pensado de mí. Su mano se aferra a la mía y seguimos hacia la recepción de un edificio que parece de altísima categoría. ¿Será el Sr. Seductor un hombre riquísimo? Su ropa ya lo sugiere, pero parece que hay muchas más riquezas de las que imaginaba.

Veo el vestíbulo bellamente decorado, pero vacío. Me conduce al ascensor sin darme oportunidad de mirar demasiado. Presiona el botón del ático y vuelve a besarme mientras esperamos llegar.

Cuando oímos el sonido del ascensor, salimos. La puerta se abre y solo entonces nos separamos.

—Bienvenida a *mia casa*.

Es la primera vez que logro precisar de verdad que es italiano. Un hermoso seductor italiano. Con una sonrisa contenida en los labios, camino lentamente hacia él y beso suavemente su boca.

Cierra la puerta y solo entonces percibo que ahora somos realmente solo los dos. Yo, una mujer sencilla y fuera de su zona de confort, y el Sr. Seductor. Un italiano de cabello oscuro, estatura mediana y ojos verdes que son, sin duda, el sueño de consumo del 99 % de las mujeres.

Sin saber qué hacer, me doy la vuelta y empiezo a caminar por el apartamento… digo, el ático. Ahora puedo afirmar que es muy rico. Pero ¿será realmente soltero? ¿O habrá una mujer en su vida? Eso necesito saber. Jamás me relacionaría con un hombre comprometido.

—No sé mucho sobre ti —comienzo, buscándolo, pero me doy cuenta de que estoy sola. Recorro las habitaciones y no lo encuentro.

—¿Buscando algo?

Escucho su voz galante detrás de mí, haciendo que se me erice la piel de la nuca.

—A ti —respondo, sorprendiéndome al verlo sin el traje de antes, ahora con una camisa social con algunos botones abiertos, dejando ver el vello de su pecho.

Sonríe, me entrega una copa vacía y me conduce al pasillo desde donde se aprecia la altura a la que estamos.

—Fui a buscar vino para nosotros —informa, abriendo la botella con una facilidad absurda—. ¿Aceptas?

Asiento con la cabeza. Estiro el brazo para que me sirva.

—Elegí el mismo tipo de vino de ayer —ríe—. Creo que te gustó.

Se me escapa una risa al recordar cómo actué ayer pensando que era Gaspar. Bebí una copa llena casi de un solo trago. Mi rostro se calienta de vergüenza y el Sr. Seductor se acerca.

—Te ves encantadora cuando te ruborizas.

Niego con la cabeza, intentando disimular una sonrisa ante el cumplido. Tomo un sorbo de vino, mucho más moderado esta vez. Él hace lo mismo sin apartar sus ojos verdes de los míos. Luego toma mi mano y me conduce hasta el sofá, en una sala lujosa.

Las luces del ambiente son amarillentas, creando una sensación de tranquilidad, pero todo cambia cuando la copa sale de mi mano y la coloca sobre la mesa de centro.

—Prefiero el vino de otra manera —pone el líquido en su boca y me besa.

¡Dios mío! Jamás imaginé que vino e italiano fueran una combinación perfecta. El sabor de las uvas, junto con los labios cálidos y urgentes de este hombre que me besa con deseo, me transporta a un lugar al que nunca había ido y que ni siquiera sabía que existía.

Mis manos van a su cabello largo, despeinándolo. Me siento inclinada sobre el sofá mientras su boca reclama la mía. Sus manos

están en mi cintura, apretándome lentamente.

—Aprecio el vino de esta forma, Bella Dama —declara con una sonrisa encantadora—. ¿Te gustó?

—Sí —respondo, quitándome el abrigo.

—¿Un "sí"? —pregunta en tono de broma—. Es el primero que me dices y espero escuchar esa palabra muchas veces esta noche.

Río mientras tomo nuevamente mi copa.

—Eres tan galante —comento, bebiendo un sorbo.

Permanece en silencio por unos instantes.

—Quiero mostrarte mucho más que eso hoy.

Contengo la respiración, evitando su mirada intensa.

—Si me lo permites, claro.

—Aún no lo sé.

Tomo otro sorbo y lo escucho deslizarse a mi lado. Comienza a hablar junto a mi oído con el acento italiano más sexy del mundo:

—Lo que quiero es mostrarte qué es el placer de verdad. Hacerte desear aquello que te atreviste a pensar que no necesitabas. Creo que así jamás volverás a decir que no te gusta algo que nunca experimentaste de verdad.

Vuelvo el rostro hacia él, sorprendida.

—Hace poco dijiste que te gustan mis besos, Bella Dama.

—Es diferente, Sr. Seductor —explico.

Se levanta y me tiende la mano.

—Permíteme seducirte. Jamás haré algo que no quieras. Como dije, las riendas permanecen en tus manos mientras estés en mi casa.

Más del 60 % de mí dice que debería despedirme e irme, pero… lo que este hombre hace con mis sentidos… convierte el 40 % restante en un 4000 %, obligándome a quedarme aquí.

Entonces, sin decir sí ni no, tomo la iniciativa de besarlo y sus brazos rodean mi cuerpo, levantándome del suelo. Atrapada contra él, me siento ligera como una pluma y, al mismo tiempo… poderosa. Un italiano hermoso mirándome como si yo fuera la más bella de todas. ¿Por qué no sentirme así?

Entramos en el dormitorio y me baja lentamente, rozando mi cuerpo. Puedo sentir su miembro rígido contra mi vestido, que incluso se eleva un poco.

—Bellísima —me elogia, besando mi hombro mientras abre lentamente el cierre de la parte trasera de mi vestido—. Si quieres, puedes detenerme.

—Continúa —pido, tocando su pecho y abriendo los botones de su camisa.

La tela se desprende de mi cuerpo y la dejo caer por mis piernas.

—*Madre dio!* —exclama al observar el conjunto de sujetador y bragas negras que elegí para hoy.

Se quita la camisa, dejando al descubierto su torso trabajado en el gimnasio, y me besa con lujuria. Me siento envuelta en esta increíble seducción, entregándome por completo a su toque envolvente.

Ni siquiera percibo el momento en que mi sujetador se abre y mis pechos quedan expuestos a su tacto. Un uno por ciento de mí dice que debería apartarme y no seguir con esta locura, pero el noventa y nueve por ciento deja caer la prenda y, sin demora, sus labios toman uno de mis pechos, haciéndome jadear. Lo succiona con deseo, acariciando el otro y apretando el pezón en una deliciosa tortura que no quiero que termine. Su boca pasa al otro pecho

mientras me apoyo en sus hombros, permitiendo ese contacto íntimo.

Si solo con besos en mis pechos me deja así, no puedo evitar pensar qué pasará cuando otras partes de mi cuerpo reciban sus caricias. En realidad, lo quiero de esta manera. Mañana es muy probable que termine internada en un hospital psiquiátrico por una crisis interna de identidad, pero hoy quiero a este Sr. Seductor de todas las formas posibles.

Me recuesta en la cama y se quita el pantalón, quedándose solo en ropa interior, que por cierto marca una erección latente. Luego vuelve a besarme mientras siento arder mi cuerpo bajo su toque.

—Bella Dama, solo haré lo que me permitas —susurra en mi oído.

Ignorando ese 0,5 % que dice que debería terminar con esto, beso su rostro y digo:

—Te quiero, Sr. Seductor. Muéstrame lo que prometiste. Te doy mi "sí".

Lo escucho reír y se inclina sobre mí, quitándome lentamente las bragas. ¿Hay algo más seductor que un hombre hermoso haciendo eso contigo? Juro que no.

—Relájate, Bellísima.

Escucho su pedido sabiendo que ahora estoy completamente desnuda frente a él. Cierro los ojos intentando relajarme mientras siento su mano en una de mis piernas. La eleva y el calor de su boca desciende lentamente, provocándome escalofríos que van directos a mi sexo.

Humedezco los labios en anticipación, sin saber qué hará. Su mano va a uno de mis pechos, pasa lentamente por mi ombligo hasta llegar donde mi cuerpo clama por él.

Su aliento caliente me hace abrir los ojos. Sus labios rozan mi intimidad y, cuando su lengua caliente me toca, se me escapa un gemido.

—Dulce como imaginé —declara, comenzando a succionar mi sexo.

Mantiene mis piernas abiertas y sus dedos acarician mi hendidura húmeda. Luego entra lentamente en mí, iniciando un vaivén delicioso y torturante. Mi cuerpo quiere más y el Sr. Seductor va satisfaciendo poco a poco mis urgentes deseos. Un dedo más se hunde en mi interior y, con el ritmo acelerándose, comienzo a sentir que un orgasmo intenso se aproxima.

Quiero que no se detenga y él cumple mi deseo, haciéndome correrme en sus dedos con un grito liberador, como nunca antes. Me siento relajada, pero este hombre no se detiene. Continúa lamiéndome, bebiendo mi placer mientras me excita para querer más.

—La imagen más hermosa de todas eres tú corriéndote. Quiero ver más, Bella Dama. Quiero llevarte al clímax con mi polla dentro de ti.

Suspiro, recuperando el aliento.

—Lo quiero. Yo también quiero eso —respondo, besando su rostro mientras toma algo del cajón de la mesita junto a la cama.

Sus labios vuelven a los míos y siento mi propio sabor mezclado con su saliva. Luego se aparta, se quita la última prenda y se coloca el preservativo. No imaginaba que fuera tan grande. No tengo mucha experiencia, pero es el mayor que he visto.

—¿Estás asustada, Bella Dama? —me pregunta.

—No, es que…

—Solo haré lo que desees. No lo olvides. Aunque sea difícil para mí, será tu voluntad.

Son palabras tan inusuales para mí que… entiendo que no hay motivo para huir. Por eso lo beso, dejándolo sobre mí, entre mis piernas.

—Cumple lo que me prometiste. Eso es lo que espero de esta noche.

Él sonríe y vuelve a besarme. Entonces siento su miembro en mi entrada. Percibo sus besos en mi rostro y, lentamente, entra en mí. Lo normal sería sentirme extraña, incómoda o algo peor, pero todo es distinto. Siento placer. Por primera vez en mi vida, realmente deseo hacerlo. Anhelo que este italiano me haga suya.

Cuando finalmente entra por completo, escucho su gemido junto a mi oído.

—Eres deliciosa, Bella Dama.

Su ritmo comienza suave, pero se acelera poco a poco. Cambiamos de posición y me coloca sobre él, cabalgándolo. Estamos tan excitados que no tardamos en llegar juntos al clímax, mientras succiona uno de mis pechos.

Me retiro de encima y me recuesto en el colchón. Se quita el preservativo y se acomoda detrás de mí.

—¿Debo irme? —pregunto, deseando con locura escuchar una negativa.

—¡No! —responde de inmediato—. Tenemos toda la noche, Bella Dama. Esto solo fue el comienzo.

Sé que debería sentirme más animada, pero saber que cuando amanezca tendré que irme vuelve todo un poco gris. No debería sentirme así, sobre todo sabiendo desde el inicio que él no es de relaciones, pero estoy segura de que el Sr. Seductor dejó una huella en mi memoria que lo hará siempre inolvidable. No soy la más romántica de todas, pero me sorprendo pensando en lo maravilloso que sería tener a un hombre como él en mi cama por más de una

noche. Tipo… para siempre. Luego aparto ese pensamiento, recordando que todo esto no es más que algo sin compromisos.

—¿Lista para ducharte?

Me vuelvo hacia él y beso sus labios. Después me levanto y camino desnuda hacia el baño.

Es mejor vivir el momento y dejar esos pensamientos para otro instante.

Capítulo 9

Lorenzo

Hermosa, deliciosa y bellísima. Arrebatado… así me siento ante la Bella Dama. Fui completamente capturado por su manera dulce, que se soltaba de sus ataduras y se desnudaba a mi contacto.

No recuerdo haber sido así alguna vez. Ya tuve vírgenes entre mis manos, pero ninguna de ellas mostró esta inmadurez que parecía haber esperado toda la vida por mí.

Hechizado. Así me siento cuando sus labios toman los míos mientras el agua caliente recorre nuestra piel y no nos soltamos bajo la ducha.

Se ve aún más hermosa empapada. Su cabello oscuro la vuelve más sensual, pero en sus ojos sigue presente esa inmadurez de querer descubrir un mundo nuevo conmigo. Y cuánto deseo presentárselo.

—Apóyate en la pared —le pido.

Sin pensarlo dos veces, lo hace. Entonces me arrodillo, coloco una de sus piernas sobre mi hombro y la escucho suspirar. Paso un dedo por su sexo, subiendo hasta su clítoris. La masturbo durante algunos minutos, observando cómo su respiración se acelera.

Cuando siento que su humedad aumenta, cambio mis dedos por mi boca, saboreando su gusto único y absolutamente delicioso. Introduzco dos dedos en su canal estrecho y, poco después, empiezo a sentir cómo su sexo los envuelve.

—Córrete para mí, Bella Dama —ordeno, volviendo a lamerla y llevándola una vez más a su placer.

¡Qué visión maravillosa! Desde la primera vez que la vi correrse, lo único que deseo es provocar esas sensaciones en su cuerpo. Estoy seguro de que jamás olvidaré esta noche, y mucho menos a esta mujer arrebatadora.

Intenté imaginar cómo sería, pero nada se compara con la realidad. La Bella Dama es un hallazgo que vivirá para siempre en mi mente.

—Te quiero dentro de mí —suplica.

Tomo uno de los preservativos que llevé al baño, me lo coloco con rapidez y la giro de espaldas, entrando profundo en su sexo empapado. Una de mis manos sostiene su pecho erguido y la otra se aferra a su cintura. Gime, disfrutando de la invasión, y se inclina hacia delante para que pueda penetrarla más profundo.

Cuando me canso de la posición, la giro hacia mí y tomo su boca en besos urgentes, follándola como nunca imaginé que desearía hacerlo. La hago correrse una vez más y la follo hasta alcanzar mi clímax dentro de ella.

Entonces sí, tomamos una ducha de verdad —sin una tercera vez—. Energía tengo de sobra, pero la Bella Dama está exhausta y yo disfruto mucho más del sexo matutino con una mujer hermosa completamente descansada. Le doy algunas mantas y dormimos juntos. La mantengo bien acurrucada contra mí, como jamás había sucedido antes en mi historia.

***

Ring. Ring.

—¡Dios del cielo! ¿Quién me está llamando un domingo por la mañana? —me quejo al abrir los ojos.

Lo primero que veo es un cabello femenino oscuro. Tardo un poco en darme cuenta, pero en un instante mi memoria regresa y sonrío al recordar a la Bella Dama durmiendo a mi lado.

Ring. Ring.

—¡Mierda! —gruño, tomando el teléfono y poniéndolo en silencio.

No quiero despertar a mi Bellísima, que está completamente desnuda junto a mí. Piel clara, labios enrojecidos, pechos deliciosos, cintura fina y un sinfín de rasgos distintos que la catalogan como única. Ni hace falta decir que ya estoy excitado y con ganas de follarla una vez más, pero la dejaré dormir un poco más.

Ring. Ring.

Pongo los ojos en blanco. Me pongo unos calzoncillos y voy a la sala para atender la llamada de mi amigo de Italia, Mássimo Marino.

—Dime —contesto en mi idioma natal.

—¿Todo bien, Enzo? Nunca atiendes de esa manera.

Me alejo de la puerta y camino hacia la cocina. No quiero despertarla todavía. Quizá más tarde, con un desayuno y una buena follada para empezar bien el domingo.

—Te pregunto lo mismo, no sueles llamar con frecuencia…

—Sí.

Para que quede claro, es una de las personas más serias que conozco. Sacarle una sonrisa es casi a la fuerza. Es bastante reservado, pero confieso que, aun así, muchas mujeres lo rodean intentando llamar su atención —algo que, admito, resulta muy difícil.

—Solo llamé para avisarte que aquí en Italia ya estamos al tanto de la novedad de tu familia.

Pienso unos instantes mientras saco una caja de leche y algunas frutas del refrigerador.

—¿De qué…? —Entonces entiendo de qué habla—. ¿Del bebé?

—Sí.

—Esperamos que sea un niño. Estoy seguro de que Nella estará muy feliz si mantiene el apellido de nuestra familia.

—Tu hermano debe de estar feliz.

—Sí. Se asustó al principio, pero ahora todos estamos contentos con la novedad —digo, friendo unos huevos en la cocina.

—Dicho así, parece que tú eres el padre —comenta.

—Nunca —lo interrumpo, exasperado—. No quiero tener hijos. Como sabes, ella siempre quiso un bebé.

—Verdad. Nella jugó con muñecas por más tiempo del que era imaginable. Sabíamos que esto ocurriría rápidamente después del matrimonio.

—Correcto. Sin embargo, no pensé que fuera tan rápido —respondo, terminando de preparar una bandeja.

—Tu abuela está muy entusiasmada con la noticia. Ella fue quien me lo contó.

—No me cabe duda.

—Ahora tengo que colgar. Felicidades a la familia Ricci.

—Gracias —respondo, colgando la llamada.

Tardo algunos minutos en preparar un desayuno típicamente brasileño y, cuando estoy colocando el café en la jarra sobre la bandeja, escucho un ruido.

¡Paf!

—¿Qué fue eso? —me pregunto.

Sin pensarlo demasiado, miro hacia la puerta de mi habitación, que estaba fuera de mi campo de visión, y la encuentro abierta de par en par. Entro y no la encuentro. Tampoco está en el baño.

No puedo creer que se haya ido sin siquiera despedirse.

Solo para asegurarme, doy la vuelta por el apartamento, comenzando a irritarme a cada instante que pasa.

—¿Cómo pudo? —me quejo.

Tenía innumerables planes de pasar el domingo dentro de ella y ahora la mujer se fue, sin siquiera decir adiós.

Capítulo 10

Diana

Ahora entendí lo que ese 1 % quería decir. ¡Un *bambino*! Ni siquiera necesito haber estudiado italiano para saber lo que eso significa. Tiene, como mínimo, una novia y ella está embarazada de él. ¡Qué canalla!

Con el olor que venía de la cocina, estoy segura de que quería seguir usándome mientras la madre de su hijo estaba completamente ajena a la traición que estaba ocurriendo. Pero conmigo no.

Siempre estuve en contra de esas cosas. Por más guapo que sea, ninguna mujer merece ser tratada de esa manera. La traición no tiene perdón. Por eso, sin que me viera, me vestí en silencio y me fui de su casa.

Morumbi. Debería haberlo imaginado. Debe de ser asquerosamente rico, pero trata a las mujeres como objetos. Yo fui solo una más de las innumerables que se acostaron en su cama para…

—¡Taxi! —detengo el primero que encuentro en el camino y me voy a casa.

Durante el trayecto, no dejo de pensar en cómo el encuentro con… ese seductor traidor me cambió. Me hizo gustar de algo que, desde mi primera vez, nunca quise hacer. Sin embargo, necesito olvidarme de ese hombre. Borrar de mi mente sus besos, su tacto, su voz y todo lo que me remite a él.

Suspiro mirando por la ventana el camino de regreso. Solo ahora me doy cuenta de lo bueno que fue no saber su nombre. Eso me ayudará a olvidar. Me conozco bien y sé que, dentro de poco, ese 100 % de rabia que estoy sintiendo comenzará a disminuir

gradualmente. Estoy segura de que ese seductor italiano se convertirá en solo una decepción más en mi vida.

***

—Diana. ¿Puede venir a mi despacho?

Siento un escalofrío recorrerme la espalda en el instante en que escucho la voz de mi gerente.

—Ya voy —respondo, levantándome de mi puesto de trabajo después de bloquear la pantalla.

¡Dios del cielo! ¿Qué querrá hablar conmigo? Hoy es el último día de mi período de prueba y estoy rogando a todos los santos para que no sea nada malo.

Si digo la verdad, el 97 % de mi vida es un caos. Hace tres semanas que, sin saberlo, me acosté con un hombre comprometido. Después descubrí que el tal Gaspar, amigo de mi hermana, no fue a la cita porque fue convocado para trabajar aquí.

En términos de probabilidad, es más fácil encontrar dinero en la calle que que tu supuesto acompañante de una cita a ciegas sea despedido de una librería y, poco tiempo después, empiece a trabajar en la misma empresa de ciberseguridad que tú.

El 3 % que va bien tiene que ver con el proyecto de antivirus que desarrollé. Al menos eso. Están apareciendo algunos *bugs* en el camino, pero nada fuera de lo normal. Estoy dando respuesta al software en menos de doce horas. ¿Será de eso de lo que quiere hablar conmigo?

Toc, toc.

Golpeo la puerta, esperando autorización, que llega en pocos segundos. Abro la puerta y el gerente me invita a sentarme.

De inmediato siento el estómago revolverse de nervios. Que no sea un despido. He oído comentarios de algunas chicas diciendo

que están recortando gastos en ciertos sectores. ¿Seré yo la elegida para salir? ¿Cuál será el criterio de corte cuando contratan recién graduados? Ojalá mi nombre no esté en esa lista de futuros despedidos.

—¿Está todo bien, señor?

No responde y empiezo a sentir que la sala se cierra lentamente sobre mí. Sobre todo porque está manipulando papeles. Separa algunas hojas, las engrapa y repite el proceso, formando dos pilas distintas. En la primera, apenas un par de documentos; en la otra, quedan unos ocho diferentes.

¡Dios! ¿Será mejor estar en el 20 % o en el 80 %? No lo sé, solo no quiero irme. De verdad me gusta trabajar en True Security. Aprendí muchísimo en estos tres meses y logré desarrollar un software prometedor. Al menos así lo veo yo.

—Diana Soares —empieza a decir el señor de cabello canoso, tomando un papel de la pila del 20 %—. Hoy finaliza su período de prueba, ¿correcto?

Asiento con la cabeza y él vuelve la vista al papel, comenzando a escribir.

Estoy a punto de sufrir un infarto de los nervios. Mi corazón late más rápido que la descarga de un programa pequeño en un equipo potente. Es terabyte tras terabyte por segundo, y la ansiedad empieza a consumirme.

¿Qué quiere decirme este hombre? Estoy a nada de engraparme los dedos solo para concentrarme en otra cosa que no sea su lentitud extrema.

—Bien, estoy viendo aquí que…

Ring, ring.

¡No puede ser! Justo cuando va a decir si me despiden o no, el teléfono suena y lo interrumpe.

—Sí, señor Ricci —dice al teléfono.

¿Ricci? ¿Como… el dueño de la empresa?

—Estoy conversando con ella.

¿Con ella? ¡Un momento! ¿Yo soy "ella"? ¿Hice algo tan monumental que el dueño de la empresa quiere saber sobre mí? ¿Cuáles son las probabilidades de eso?

—Le pediré que suba, señor —responde, colgando la llamada. Se acomoda las gafas de lentes gruesas antes de volver a hablar—. Usted está siendo convocada a conversar con el señor Fabrizio Ricci y la directiva.

—¿¡Pero por qué!? —pregunto, asustada.

—Ellos se lo explicarán. Puede subir, la reunión ya ha comenzado.

—¿Cómo que ya?

Me levanto sintiendo que el mundo da vueltas en mi cabeza. Entro en el ascensor del piso de presidencia y, antes de que se cierre la puerta, entra nada menos que Gaspar.

Nos miramos rápidamente; él me saluda con un simple hola y yo le devuelvo el gesto. Como si no bastara con estar totalmente nerviosa y preocupada por lo que quieren decirme, ahora tengo que reencontrarme con el verdadero acompañante que no apareció en la cita, pero que terminó lanzándome a los brazos del italiano que no vale ni un centavo.

En cuanto la puerta se abre, él espera a que yo salga primero.

—Señora Diana Soares y señor Gaspar Loureiro —nos dice la recepcionista—. Los esperan en la sala de reuniones número uno. ¿Puedo acompañarlos?

¡Mierda! El simple hecho de que esa mujer se acerque a mí, sumado al olor de su perfume, me provoca náuseas. Pido permiso,

sintiendo que la boca se me llena de saliva, y corro al baño, que por suerte está en el mismo piso.

Entro en el primer cubículo y vomito todo mi almuerzo. Esta crisis de ansiedad me está dejando muy extraña. Sin embargo, nunca oí decir que los olores provocaran algo así. Solo alergias y…

—¡Ay, no! —exclamo en voz alta.

No puedo verbalizar ese pensamiento, pero de inmediato recuerdo cuando Alessandra hizo que Giovanna tirara un perfume importado porque le daba náuseas con el olor y…

No.

No puede ser eso.

Usamos preservativo.

Tiene que existir en algún lugar del planeta una enfermedad que cause mareos, náuseas y vómitos por el olor.

¡Tiene que existir!

—¿Señorita Soares, se encuentra bien? —me llama la recepcionista.

—Sí, lo estoy —respondo, tirando de la cadena y saliendo del baño.

La mujer rubia, vestida de manera formal y elegante, me observa con atención.

—Está muy pálida. ¿Seguro que se encuentra bien?

—Necesito ir a una farmacia. O pedir que alguien me traiga algo… —Pero pienso que podría convertirse en un chisme—. No. Tengo que ir yo misma a comprarlo y…

—Tranquila. Sea lo que sea que quiera comprar, puede pedirlo desde su teléfono. Solicite al repartidor que lo deje en la recepción de la directiva y yo se lo entregaré al final de la reunión, sin mayores incomodidades —me sonríe.

No sé por qué, pero me parece confiable. Hago lo que me indica y, tratando de no pensar, la sigo hasta la sala. La rubia golpea la puerta y la abre para mí. Me siento al lado de Gaspar, evitando mirar a los demás participantes de la reunión, es decir, a los directores.

En cuanto me acomodo, recorro la mesa con la mirada y, de forma involuntaria, mis ojos se detienen en el hombre sentado junto al señor Fabrizio Ricci. Debo estar delirando. Desvío la vista, intentando mirar a otro lado, pero son esos mismos ojos verdes que todavía despiertan recuerdos capaces de hacer que todo mi cuerpo se caliente.

Es él.

El italiano con el que dormí sin saber que estaba comprometido.

El Sr. Seductor.

Capítulo 11

Lorenzo

Tres semanas. Ese es el tiempo que llevo intentando digerir el hecho de que una mujer se marchó de mi casa de manera furtiva, sin dejar una sola forma de contactarla. No tiene nada que ver con sentimentalismos —eso no refleja mi personalidad—, sin embargo, tenía planes deliciosos para aquella mañana. Yo y la Bella Dama follando lentamente por todo aquel apartamento.

Confieso que aún no consigo entender su acto. Me lo pregunté innumerables veces y no obtuve respuestas. Sé que no está comprometida. Entonces, ¿por qué no despedirse o, al menos, explicar el motivo de no poder quedarse?

Ahora puedo decir que debería haber buscado a otra mujer ese mismo domingo. El problema es que mi mente se volvió adicta al aroma y al sabor de la Bella Dama. Cuando estuve con otra, días después, no tuvo la misma gracia. Lo que yo quería era a esa morena entre mis brazos. Todo está tan fuera de la realidad que, desde aquella mañana, no hago otra cosa que pensar en ella o incluso soñarla.

Recuerdo que ese mismo día fui al centro comercial para probar suerte y, quién sabe, encontrarla. Una pérdida total de tiempo. Perdí horas caminando por los pasillos cercanos al cine y por la entrada principal donde nos encontramos el sábado, pero fue en vano. No logré ver a la Bella Dama.

Al día siguiente, cansado por el tiempo perdido, fui a la reunión con la directiva de Cosmos; conseguimos cerrar un excelente acuerdo. Sin embargo, ese mismo día, al contrario de mis planes de continuar con la búsqueda, tuve que volar a Italia para resolver otra situación de la empresa.

Después de casi diez años trabajando en sociedad con mi hermano mayor, solo esta vez tuve ganas de contrariar su voluntad, quedarme en Brasil y poner São Paulo patas arriba en busca de la Bella Dama.

Confieso que estas cosas nunca me habían pasado. ¿Soñar que estaba teniendo sexo con una mujer? ¿Despertar esperando que fuera ella a mi lado? Jamás. Sin embargo, creo que toda esta locura tiene que ver con mis preguntas sin respuesta.

Admito que ya me había acostado con una mujer sin saber su nombre, había gastado mis energías en puro placer para ambos; no obstante, esta vez me habría gustado conocerla también de una manera más formal. Saber a qué nombre responde la Bella Dama.

—Estás recordando tus últimas conquistas, ¿verdad? —me pregunta Fabrizio con ironía, sentándose en su silla de CEO frente a mí—. Bien, vamos a hablar de…

Llegué hace pocas horas a la empresa y todavía no consigo sacar de mi mente mis ansias de reencontrar a la Bella Dama. Ella me debe explicaciones y, aunque resulte poco práctico de mi parte, deseo escuchar de sus hermosos labios lo que realmente ocurrió. Dependiendo de lo que diga, continuaré exactamente desde donde nos detuvimos. Con ella desnuda en una cama, gimiendo de deseo, mientras yo…

—¿Me estás escuchando, Lorenzo? —me pregunta mi hermano con poca paciencia, sacándome de mis pensamientos poco ortodoxos.

—¿Qué?

Cruza los brazos, recostándose en la silla.

—Estoy hablando de trabajo. He decidido poner a dos personas para ayudar a Andrew en el sector de grandes cuentas…

—¿De verdad quieres hablarme de eso? —lo interrumpo—. Las decisiones gerenciales son tuyas, Brízio. Si consideras que esos

dos son buenos, yo simplemente firmo debajo —afirmo.

Mi hermano asiente con la cabeza.

—Está bien. —Se levanta—. Puedes ir delante de mí. Pediré a los gerentes que los dos suban.

Acepto y me dirijo hacia la recepción, viendo a la hermosa recepcionista. Aquella rubia pasó por mis pensamientos nada decorosos. Es muy bonita; hace un mes habría embaucado a mi hermano, quien instituyó una regla específica para mí: no podía relacionarme con las mujeres de aquí.

Ya noté sus miradas furtivas e incluso sonrisas disimuladas; sin embargo, actualmente no tengo el menor deseo de coquetear con mujer alguna.

—Buenas tardes, señor Ricci —me saluda.

Normalmente le pediría que me llamara Lorenzo o simplemente Enzo, y la rubia diría mi nombre con una sonrisa deslumbrante. No obstante, hoy no pienso hacerlo ni mucho menos quiero. ¿Qué demonios me está pasando?

—Buenas tardes, Ana —respondo, apoyándome en el mostrador—. ¿La sala de reuniones ya está disponible?

Ella se muestra visiblemente cabizbaja con mi cambio de actitud y tarda unos instantes en recomponerse. Luego me dirige hacia la sala, sin demasiadas palabras, abriéndome la puerta.

—¿Desea beber algo? —me pregunta.

—No, gracias —respondo, entrando y sentándome cerca del lugar de mi hermano.

Preferiría viajar de aquí al otro lado del mundo y pasar más de veinticuatro horas en un avión antes que participar en reuniones gerenciales de True Security. Sin embargo, estos dos nuevos empleados deben ser conocidos por toda la directiva. Serán responsables de los mayores clientes de la empresa, trabajarán

durante el día y estarán disponibles de forma exclusiva para resolver cualquier situación en caso de problemas.

La puerta se abre y entra el primero. Saluda a cada uno de los seis presentes. Falta solo mi hermano, que…

—Disculpen el retraso… —ve al hombre que entró—. Sea bienvenido, Gaspar.

¿Gaspar? Era lo único que me faltaba para perder la concentración en una reunión que ni siquiera ha comenzado. Oír ese nombre me remite a aquella que nunca sale de mi mente.

¿No podían haber elegido a alguien con un nombre diferente?

—¿Por qué no me dijiste que el nombre de uno de ellos era Gaspar? —le pregunto a mi hermano en voz baja, en nuestro idioma natal, cuando se sienta a mi lado.

—¡Porque no quisiste saberlo, carajo! —responde—. La otra es una mujer, así que compórtate, Enzo. Es una excelente profesional y ya nos está generando beneficios en los pocos meses que lleva contratada.

Echo la cabeza hacia atrás, sin paciencia.

—No estoy interesado en ninguna mujer en este momento, y mucho menos en una empleada de la que ni siquiera sé quién es —replico.

—¡Perfecto! —responde—. Entonces, lee sobre los dos mientras no empiezo.

Me entrega dos informes de Recursos Humanos y el primero que abro es el de Gaspar. Veo sus evaluaciones y los entregables que ya presentó. Su formación es amplia y sólida. A pesar de ese nombre, es un buen profesional.

—¿Qué te pasó en Italia, Enzo? —pregunta mi hermano, sacándome de la lectura.

Suspiro, evitando responder. Si digo la verdad, afirmará que me estoy rindiendo a una sola mujer, lo que jamás será cierto. Por eso, pienso en decir que tiene que ver con un nuevo trabajo, pero, cuando voy a responder, él declara al levantarse:

—Ella llegó.

Vuelvo la vista hacia la puerta, esperando a una nerd sencilla, de baja autoestima, buena con… ¡Carajo! Es ella. Mi Bella Dama. Pasé tres semanas buscándola para encontrarla en mi empresa. ¿Cómo puede el destino jugarme una broma así?

Los ojos de la bellísima mujer se cruzan con los míos y de inmediato me reconoce. Sin embargo, en lugar de una sonrisa o incluso un saludo, se encoge en la silla, aparentando estar nerviosa por algo.

—Buenas tardes, Diana y Gaspar.

Diana. Así que ese es su nombre. Sin embargo, no creo que combine con el de Gaspar. Ese debería mantenerse bien lejos de ella. Si es posible, en otro continente.

—Creo que ambos me conocen, ¿correcto? —les pregunta—. Sé que los dos fueron contratados hace poco, pero soy Fabrizio Ricci, el CEO de la empresa.

—Un placer, señor Ricci —dice el tal Gaspar, estrechando la mano de mi hermano, y la bella Diana hace lo mismo.

—Ahora les presentaré a los demás miembros de la directiva.

Mi hermano va mencionando a cada uno de los hombres y sus funciones y, como soy el último, prefiero presentarme yo mismo.

—Soy Lorenzo Ricci —me presento, prestándole más atención a ella—. Director comercial de la empresa.

—Enzo también es mi hermano menor —explica Fabrizio—. Está conmigo desde la fundación de la empresa.

Capítulo 12

Diana

¿Cuál es la probabilidad de que el Sr. Seductor, alias mentiroso y traidor, sea el hermano menor del dueño y uno de los propietarios de la empresa donde trabajo? Pensándolo ahora… ¡maldita sea! Ni siquiera logro proyectar una respuesta. Sobre todo con él observándome y desnudándome con esos ojos verdes. ¡Y qué ojos!

Tengo que confesarlo. Hasta su nombre es seductor. Lorenzo Ricci. ¡Dios! ¿Dónde consiguen los italianos… eso? El señor Fabrizio también es muy atractivo. Sin embargo, ese enorme anillo en su dedo anular deja claro que tiene dueña.

A diferencia del seductor de pacotilla que está aquí. Han pasado más de tres semanas y aún tiene el descaro de mirarme como si fuera a caer otra vez en su cama en cuanto lo pidiera. ¡Nunca!

—Pasemos entonces al motivo por el cual los he convocado a ambos —comienza el señor Fabrizio—. Están siendo invitados a una gran promoción laboral en True Security.

¡Dios del cielo! ¡Al menos eso! Una promoción. Tres meses de trabajo y un reconocimiento enorme. Debería estar saltando de alegría, pero no puedo. Sobre todo aquí, por estar demasiado cerca de ese italiano que altera demasiado mis sentidos. Intenté de todas las maneras sacarlo de mi mente, pero sigue presente en mis pensamientos.

—Por lo que vi en el expediente laboral de ambos, les gustará bastante el nuevo desafío —comenta el seductor y su voz, incluso hablando de trabajo, eriza el cien por ciento de mi cuerpo.

—Coincido, Enzo —dice su hermano—. Será un trabajo arduo, pero estarán bien remunerados para desempeñar la función y…

¿Enzo? Hasta su apodo da ganas de… Mejor salir de esa línea de pensamiento. Necesito recordar que, como mínimo, está comprometido, por más que no lleve anillo.

—Espero que les haya gustado la propuesta —el dueño de la empresa me devuelve a la realidad—. Tienen hasta mañana, al final del día, para responder…

—Disculpe la intromisión, señor Ricci, pero acepto la promoción —responde Gaspar, sorprendiéndome.

—Diana, no se sienta presionada. Puede pensar el asunto hasta mañana, al final del día. Si desea conversar de manera más reservada sobre el tema, sepa que mis puertas están abiertas. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza. En ese mismo instante, mi teléfono emite un sonido avisando de mi entrega. Dios. Aún está esa cuestión de… Mejor no pensar en eso.

—Le agradezco la invitación, pero necesito pensarlo.

—Puede retirarse sin problema, Diana. —Me despide y luego agradezco, me despido y camino a paso acelerado hacia la recepción.

Mi vida se está convirtiendo en una tragedia griega y cómica. Salgo con un desconocido seductor y delicioso, descubro que está comprometido, hago todo lo posible por no reencontrarlo y reaparece en mi vida de la forma más loca de todas. Y todavía puedo estar… Necesito sacarme esa duda de la cabeza para ayer.

—Diana, llegó tu entrega.

La rubia de recepción me entrega el paquete, que guardo con prisa en la mochila y corro al baño. Esa duda está aumentando mi ansiedad en un cuatrocientos por ciento.

Sin embargo, mi situación empeora cuando me topo con la puerta cerrada; hay un cartel de mantenimiento en el baño femenino.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta.

Miro a ambos lados, fijándome en la puerta del baño masculino. Sé que podría bajar en el ascensor, pero no sé si es la desesperación por el test que está en mi mochila; mi vejiga está tan llena que sé que no podré esperar para ir a otro piso.

Así que miro rápido a los lados y entro lentamente, esperando no encontrar a ningún hombre aquí dentro. Cierro la puerta observando el suelo, buscando algún par de zapatos, y cuando confirmo que estoy sola, entro en el primer cubículo.

Apretando las piernas, saco el maldito test y lo coloco en posición. He escuchado tantas veces a Giovanna y Alessandra hablar del tema que ya sé cómo prepararlo. Orino un poco en el palito y luego, por fin, vacío la vejiga. ¡Dios, qué alivio!

Sin embargo, mi ansiedad está en un seiscientos por ciento y no bajará mientras no vea una sola rayita en ese test. Tiro de la cadena y me siento sobre la tapa cerrada, esperando que pasen los minutos.

Dicen que el tiempo corre cada vez más rápido, pero cuando esperas el resultado de un test, cinco minutos se parecen a cinco meses. Me levanto, camino de un lado a otro dentro del cubículo, tomo el teléfono, reviso las redes sociales, estiro las piernas… y el tiempo no pasa.

Cuando suena la alarma, con el corazón en la garganta, giro el resultado hacia mí. No son rayas, sino…

—¡Ay, Dios mío!

Totalmente en estado de shock, salgo del cubículo y me echo agua en el rostro. Lágrimas nerviosas brotan de mis ojos. Dios.

Ni siquiera sé cómo será mi vida y… no sé ni qué pensar, así que llamo a una de mis hermanas.

—Alê, necesito hablar contigo y con Gio hoy en casa —digo sollozando—. Es urgente.

—Di, ¿qué te está pasando? ¿Qué voz es esa? —mi hermana se preocupa.

—En cuanto llegue a casa, estén allí. Por favor. Es muy importante.

La escucho suspirar.

—Está bien. Allí estaré.

Cuelgo el teléfono y lo apoyo en la encimera. ¡Dios del cielo! ¿Cómo es que…?

—¿Te encuentras bien?

Esa voz la reconocería en cualquier lugar. ¿Tenía que ser él justo ahora? ¿El Sr. Seductor? En este momento en el que ni siquiera sé qué estoy pensando…

—Sí… —respondo, echándome agua en el rostro. Necesito disimular las lágrimas.

—Bella Dama, me gustaría…

Se acerca y mi primer impulso es alejarme, pero luego recuerdo el test sobre la encimera y digo:

—Tengo fiebre. —Pongo una excusa, intentando disimular el envoltorio blanco y azul como si fuera un termómetro—. Mejor no te acerques —aconsejo, tomando de la forma menos llamativa el paquete del test y guardándolo en la mochila.

Salgo disparada del baño y regreso a mi puesto de trabajo. Sin embargo, al llegar, recuerdo mi excusa. Así que le digo a mi gerente que necesito ir al médico y me marcho.

¿Estoy ardiendo? Al cien por cien. Sin embargo, la fiebre no es mi síntoma, sino las innumerables sensaciones que solo la presencia de ese hombre provoca en mi cuerpo traidor, sumadas al resultado de aquel test.

Capítulo 13

Lorenzo

Qué reacción tan extraña. Recuerdo que es bastante tranquila, tímida y deliciosa. No tuvimos muchos momentos juntos, pero parece estar intentando huir de mí. ¿Cuál será el motivo? ¿Podría tener que ver con el hecho de no haberse quedado aquel día? Aún necesito saber qué fue lo que realmente ocurrió.

Está más hermosa que en mis recuerdos, y eso solo incrementa mi deseo de quererla otra vez. Que Fabrizio me perdone, pero no pude resistirme y jamás me resistiré a la Bella Dama. No… a la hermosa Diana.

¿Será verdad que está enferma? Confieso que parecía más bien agitada por algo, y con un notable interés en mantenerme a distancia. Sabe que no lo logrará. Aunque se vaya de esta empresa, la encontraré. Necesito una respuesta para cerrar el vacío que dejó su despedida repentina. Mejor dicho, su segunda salida sin despedirse.

Aún pensando en ella, vuelvo a mis asuntos aquí. Entro en mi despacho, que casi nunca uso, y empiezo a revisar mis próximas actividades. Lisboa y Madrid la próxima semana, y después tendré que ir a Estados Unidos por una larga temporada.

—¡Mierda!

Cuando creo que por fin podré invertir tiempo en mi Bella Dama, aparece más trabajo. Por primera vez, desearía que Brasil fuera uno de los mayores proveedores de equipos tecnológicos, pero lamentablemente no lo es.

Llamo a la secretaria de mi hermano y pregunto por la fecha del viaje. Cuando me informa que aún no ha sido programado, agradezco al cielo en silencio y solicito cinco días, alegando que

necesito presentar algunas informaciones pertinentes a los nuevos contratados del sector de grandes cuentas.

En realidad, no es ni de lejos una de mis atribuciones, pero es un argumento plausible para conseguir quedarme un poco más cerca de la Bella Dama. Ella acepta lo que pido, concediéndome algunos días más aquí.

Ahora todo está listo. Mañana volveré a encontrarme con la Bella Dama, y nada ni nadie me impedirá obtener respuestas a mis innumerables preguntas. Después de eso… bueno… solo el destino lo dirá.

Capítulo 14

Diana

Mi corazón late tan rápido que parece que voy a sufrir algo en cualquier momento. La mochila que llevo pesa como una tonelada, sobre todo por culpa de esa cosa azul y blanca que… Dios del cielo, ¿cómo es que…?

Si yo fuera religiosa, podría pensar que es un castigo, pero no es mi realidad. Aun así, me gané la lotería del mundo de las probabilidades mínimas. Hay tanta gente en este planeta planeando y tratando, y yo, sin querer, estoy…

Hago señas al autobús y subo al vehículo abarrotado, casi llorando de nervios por el torbellino que se arremolina en mi cabeza. Me apoyo en un rincón cerca del torniquete y espero mi parada. En mi campo de visión veo a una mujer con un niño en brazos. Debe de tener más o menos unos dos años y, aun en medio del ruido de la gente conversando, parecen vivir en un mundo aparte. El niño abraza a su madre y ella mantiene la mano sobre la cabeza del pequeño, protegiéndolo de todo y de todos.

No sé si es porque estoy tan sensible, pero el cariño entre ellos me parece tan hermoso que me dan ganas de llorar. No de tristeza ni de alegría, sino simplemente por estar emocionada. Dios. Esto nunca me había pasado y ahora parezco mantequilla derritiéndose por nada.

—¿Está todo bien, señorita? —me pregunta una adolescente que también está apretada cerca de mí.

Solo asiento con la cabeza, sollozando y limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano. Poco después llega mi parada y ya reconozco el coche de mi cuñado en la entrada de casa.

—¡Gracias al cielo!

Cuando entro en casa, no encuentro a nadie, hasta que me sorprenden unos bracitos rodeando mi cintura.

—¡Tía Di! —Mia, la sobrina que la vida me regaló, me abraza.

—Hola, princesa. ¿Todo bien?

Esta preciosa niña de ojos azules y cabello oscuro es hija de mi cuñado, y fue gracias a ella que mi hermana conoció y se enamoró del llamado «Aprendiz de Armario». Es tan despierta que nos preocupa cómo será cuando llegue a la adolescencia.

—Sí, pero mamá quiere hablar contigo ahora mismo —responde, yendo directo al punto—. Ella y la tía Gio te están esperando ahí dentro, en el cuarto.

—¿Dónde está tu papá?

Ella pone los ojos en blanco como si fuera una adulta, aun estando en el auge de sus casi nueve años.

—No está ahí dentro —afirma—. Pero si preguntas por dejarme sola, ni hace falta. La abuela y yo estamos haciendo un pastel de chocolate —declara, despidiéndose.

¿Ves lo que digo? Esta niña no va a ser fácil. Hasta Alê dice lo mismo.

Ahora, volviendo a mi asunto, que es más insano que el futuro de Mia, voy a mi cuarto, que actualmente comparto solo con Giovanna. En cuanto abro la puerta, encuentro a Alessandra sentada en el sillón de lectura de Gio y a la otra en la cama que era de Alê.

—¡Hasta que por fin! —exclama—. ¿Querías ver el parto de tus sobrinos?

—¿Por qué tardaste tanto, Diana? Nos dejas preocupadas y no dices nada —reclama Alessandra.

Sin saber qué responder, empiezo a llorar de nervios. Paso unos minutos dejando que las lágrimas caigan y, de repente, siento

que me abrazan. No recuerdo si alguna vez en mi vida me vi así, pero todo está completamente patas arriba. Sobre todo después de lo que descubrí.

—Di, ¿quieres contarnos qué pasó? —me pregunta Alê.

Sin saber cómo empezar, saco el test de mi mochila y se lo pongo en la mano a Giovanna.

—¿Esto es…? —empieza Alê.

—¿Cómo que…? ¡Esto dice que estás embarazada, Diana! —me pregunta Giovanna, y ni yo misma sé cómo responder.

La verdad es que solo sé llorar de desesperación.

***

Passos, eso es todo lo que escucho. Giovanna, que normalmente es quien logra encontrar solución para todas las situaciones, encajando amor en cualquier hecho, está tensa, caminando de un lado a otro. Y, por increíble que parezca, es Alessandra quien me está reconfortando mientras recibo pataditas de mis sobrinos, que no están muy contentos con alguien encima de ellos durante tanto tiempo.

Les conté casi todo: cómo conocí al Sr. Seductor, la forma en que nos involucramos, hasta aquel encuentro en el que descubrí que está comprometido y que va a tener un hijo con otra mujer. Solo dejé fuera el hecho de haberlo reencontrado mucho más seductor y encantador que antes, y de haber descubierto que responde al nombre de Lorenzo Ricci y que es uno de los directores de la empresa en la que trabajo.

—Aún no logro entenderlo. Si ese tipo no se hubiera cruzado en tu camino, deberías estar saliendo con Gasp en lugar de estar… —comenta Gio.

—La cuestión no es esa, sino cómo papá va a lidiar con su embarazo —argumenta Alê—. Don Afonso no lo va a aprobar…

—Sí, lo sé —responde la primera—. Cuando tú quedaste embarazada, casi mata a Kalel. Claro que fue solo en pensamiento, pero si hubiera tenido fuerza física, le habría dado una paliza. Ahora imagina cómo será la situación de Di, que ni siquiera tiene novio. Va a traer problemas enormes a la familia.

—Es verdad. Papá piensa de una forma muy anticuada. Tal vez sea incluso peor que una simple pelea familiar y…

En ese instante, comprendo lo que quieren decir.

—Si papá quiere echarme de casa, no me va a importar —afirmo, limpiándome las lágrimas—. Puede que esté embarazada, pero no…

—¡Producción independiente! —grita Giovanna.

—¿Qué? —preguntamos Alê y yo al mismo tiempo.

—Lo leí en un libro —declara, como si fuera la mejor idea del planeta Tierra—. Creo que la mejor opción para dejar todo más tranquilo aquí en casa es que digas que quedaste embarazada por una "producción independiente".

—No sé si alguien va a creerlo —argumenta Alê.

—Solo tenemos que dejar claro las tres que sabíamos de esto desde hace tiempo —explica, y luego vuelve la mirada hacia mí —. Tú ya dijiste que el… —hace comillas con los dedos— "donante" no va a querer al bebé porque va a tener un hijo con la oficial que tú ni siquiera sabías que existía, ¿no?

—Sí.

—Entonces, para evitar problemas, diremos que después de que Alê quedó embarazada, tú decidiste que querías tener un bebé —explica—. Por casualidad, en la primera inseminación quedaste embarazada y vas a ser madre soltera por elección. Papá va a

quejarse, pero con el tiempo lo aceptará, porque todas afirmaremos que fue algo planeado por ti y punto. Así evitaremos problemas en la familia Soares.

Me quedo unos instantes mirando a Gio y, sin querer, me da un ataque de risa.

—¿Qué pasa? —pregunta ella, indignada.

Cuando voy a responder, Alessandra empieza a reírse conmigo y ninguna de las dos logra parar. Gio cruza los brazos, molesta con nosotras, pero después de unos minutos riendo, consigo decir que sí, que vamos a seguir ese plan loco. Si todo sale bien, no tendré que buscar un techo para mí ni tampoco para mi bebé.

Capítulo 15

Lorenzo

El reloj ni siquiera sonó y ya estoy despierto. En realidad, ni sé si dormí. Confieso que estoy contando los minutos para reencontrarme con la Bella Dama… No, con la bellísima Diana.

Sin embargo, no recuerdo haber despertado tan bien dispuesto. Hoy no pasa. Voy a tener mi conversación con ella y nada va a impedírmelo.

Salgo de la cama silbando *La Donna È Mobile*, de Pavarotti. No encaja perfectamente con aquella que vive en mis pensamientos, pero combina bastante con mi espíritu animado para hoy.

Me doy una ducha larga y arreglo el cabello de manera sencilla, tarareando canciones de mi tierra. Jamás negaré que Brasil es muy bonito, pero mi Italia es magnífica de innumerables maneras.

Me afeito, todavía tarareando, y elijo mi mejor traje en tono grafito. Me pongo perfume, camisa social gris claro, zapatos negros, y voy hacia la empresa.

Cuando paso por el pasillo de los ascensores, todas las miradas se dirigen hacia mí. Perfecto. Así es como quiero llamar la atención de Diana. Necesito que venga hacia mí con esos labios rojos y dulces que solo la Bella Dama posee.

Pretendo arrancarle no solo respuestas a esa mujer, sino también gemidos, clamores, ruegos y todo lo demás que logre. Entro en el sector de grandes empresas, que es bastante más pequeño que los otros. Aquí solo hay cinco ordenadores de última generación, se mantiene una temperatura bastante baja y la iluminación es media, controlada con luminarias y poca luz externa.

Me siento en una de las mesas y espero a que los empleados empiecen a llegar. El primero es Andrew, el fundador del sector. Es un joven que nos ayudó a conseguir los primeros clientes de este nivel.

Realmente siempre se hizo cargo de todo, pero logramos captar un banco que va a ponernos a prueba para liberar más productos, y eso es lo que buscamos. Fabrizio había comentado el asunto y estuve de acuerdo de inmediato en ampliar este sector. Lo único que no imaginaba era quién sería la contratada.

—Buen di… —Gaspar abre la puerta, sosteniendo una caja de trabajo—. Señor Lorenzo. No lo esperaba por aquí. ¿Será nuestro jefe? —me pregunta.

Gaspar. Cómo no quería que fuera él el nuevo integrante del sector. Sin embargo, no hay mucho que hacer. No voy a desmerecerlo. Mi hermano lo contrató y su historial aquí en el último mes deja claro que es un buen profesional. Por eso digo:

—Por ahora, lo seré.

Presento a Andrew a Gaspar. Así, el primero le va pasando el trabajo al novato. El tiempo pasa y nada de que aparezca la hermosa. Empiezo a ponerme tenso por su demora, pero no voy a ceder preguntando el motivo.

Abro mis correos electrónicos para ver cuáles son mis próximas atribuciones de compras; sin embargo, no logro concentrarme en las palabras que leo. Vine para verla y, hasta ahora, nada.

Son más de las once de la mañana y mi paciencia y preocupación no me permiten seguir esperando sin hacer nada. Entonces, tomo el teléfono fijo del interno que tenemos, pero cuando estoy a punto de llamar a Recursos Humanos, escucho:

—Hiciste una excelente elección, Diana. Este sector es solo para los mejores, por eso fuiste seleccionada.

—Se lo agradezco, señor Fabrizio. Espero que le guste mi trabajo y…

Se queda en silencio en cuanto me ve.

—Lorenzo, ¿qué estás haciendo aquí? —me pregunta mi hermano.

—Vine a saludar a los dos nuevos empleados del sector —aclaro, poniéndome de pie.

Extiendo mi mano hacia Diana. La mujer mueve los brazos, pero antes de tocar mis dedos, se lleva la mano al rostro, que en cuestión de instantes se vuelve pálido.

—Discúlpeme… —declara, corriendo en la dirección opuesta y dejando todas sus cosas sobre la mesa.

Capítulo 16

Diana

¡Dios del cielo!

¿Cuál es la probabilidad de que una embarazada se sienta mareada por el perfume del canalla que donó el material genético de su bebé? Porque eso es exactamente lo que me está pasando. Recuerdo que cuando nos encontramos me encantó dormir sintiendo su olor, pero ahora… ni siquiera consigo acercarme. Dios, si él se queda en mi nuevo lugar de trabajo con un perfume así, no voy a lograr cerrar ni una línea de código sin salir corriendo a vomitar todo lo que comí en el inodoro.

Embarazada. Hace menos de veinticuatro horas que lo descubrí y todavía no consigo creer que haya un bebé creciendo dentro de mí. Por culpa de él, o de ella, pasé buena parte de la mañana con mis hermanas haciendo el primer control prenatal.

Fueron tantas preguntas y menciones de exámenes que tendré que hacer, que tengo la cabeza dando vueltas. Voy a ser madre y estaré sola en este camino. Incluso si aquel hombre fuera soltero, no asumiría a este bebé. Recuerdo con claridad lo que escuché de su propia boca aquella mañana: «No quiero tener hijos. Como sabes, ella siempre quiso un bebé».

Ahora, mi palabra clave es "Producción Independiente". Mi bebé no va a tener un padre, pero será muy amado por mí y por mi familia. Volviendo al asunto, mi mochila está llena de solicitudes de exámenes de lo más complicadas. Sin embargo, confieso que lo que más me interesa es hacerme la ecografía. Sé que los análisis dicen que realmente hay un hijo creciendo aquí, pero quiero ver su cuerpecito desarrollándose en una pantalla.

Dios mío. ¿Cómo iba a imaginar que una sola noche, usando preservativo, generaría una vida? Un bebé que nunca planeé, pero

que será solo mío.

—¿Diana, estás bien?

Me sobresalto al oír la voz del Sr. Seductor. Digo, de mi jefe, Lorenzo Ricci, alias donante de material genético sin saberlo, que nunca planeó tener un hijo con su… como mínimo, novia.

—Diana…

—Estoy bien —respondo al tirar de la cadena.

—¿Estás segura? —pregunta con ese acento seductor.

Pienso: "si me mantengo lejos de ti, todo estará al cien por cien".

Me enjuago la boca, ya que dejé todas mis cosas en la sala, y salgo, encontrándome con el hombre emanando su seducción latente. Si no fuera por el perfume, me sentiría tentada a algo, aun sabiendo que no puedo. Ya caí en sus brazos una vez; ahora, sabiendo la verdad, sería negar todo en lo que creo y convertirme en una amante definitiva.

—¿Puedo pasar? —pregunto, evitando respirar por la nariz. Sé que, si siento su olor, no va a funcionar.

Lo veo suspirar e intento escabullirme, pero vuelve a cerrarme el paso.

—Tengo que irme —argumento.

—Necesito hablar contigo…

—Necesito irme ahora mismo —digo, pasando por debajo de su brazo y saliendo a la calle.

Sé que no es la mejor actitud, pero aún no estoy lista para dar la noticia en mi trabajo. En realidad, necesito despejar la cabeza por unos minutos. Entro en el centro comercial que queda cerca del edificio y empiezo a caminar por los pasillos. Paso frente a una tienda de ropa infantil y me siento tentada a entrar.

Sé que es bastante cara, pero solo quiero ver qué están haciendo para niños. Nunca imaginé entrar en un lugar así por mí, pero lo primero que me invade es el olor a chicle. Qué delicia. Ahora me doy cuenta de que no estoy mareada. Qué extraño, pero agradezco al cielo por sentirme bien.

Voy caminando y descubriendo un mundo que nunca imaginé que sería para mí. Un mar de colores claros combinado con detalles tiernos y muy delicados. La primera vez que entré en una tienda de artículos infantiles fue con Giovanna, para comprar regalos para los gemelos y luego, en Navidad, para Mia. Recuerdo a mi hermana hablando de lo hermoso que sería cuando encontrara a su príncipe y tuviera a sus tres hijos. Yo dije que la maternidad no era para mí y ahora… estoy en las primeras semanas de mi bebé.

—Qué cosita tan linda —comento, mirando un par de zapatitos rojos.

—¿Verdad? —surge de la nada una voz femenina a mi lado.

Me giro de inmediato, pensando que es una vendedora, pero me encuentro con una mujer elegante, de cabello rubio y ojos azules, claramente una clienta adinerada. Todo lo contrario a mí, una simple empleada que debería estar trabajando, pero se mareó y fue a una tienda a mirar ropa en lugar de ir al médico.

—Desde que descubrí que estoy esperando a mi tan ansiado *bambino*, estoy como loca comprando todo lo que encuentro —comenta.

Dios del cielo. Es italiana. ¿Cómo así? ¿Cuál es la probabilidad de encontrar a otro descendiente de la tierra del Sr. Seductor por aquí? Parece que me mudé a Italia; solo me aparece gente de allá.

Para no parecer una loca maleducada, decido comentar algo de lo que me dijo la señora.

—Felicidades por su bebé —digo.

—¿Tú también estás esperando o solo…?

Sonrío.

—¡Lo descubrí ayer!

—¡Qué bendición! Tu marido debe de estar feliz, ¿no? ¿Ya lo sabe? —celebra la desconocida, que con cada frase parece una persona encantadora.

Sin embargo, para esta respuesta tendré que hacerlo distinto.

—En realidad, opté por ser madre independiente.

En ese mismo instante, la expresión de la mujer cambia. Muestra apatía e incluso lástima.

—Tan… revolucionario —comenta, incómoda.

—Sí, pero estoy feliz con mi bebé. Todavía falta para que nazca, pero…

Mi teléfono suena, interrumpiéndome. Veo que es un mensaje de Gio, así que me aparto un poco, todavía con la caja de zapatos en la mano. Abro el audio y escucho la voz de mi hermana.

«Di, ¿estás bien? Gaspar me mandó un mensaje porque te vio sentirte mal cuando te encontraste con tu jefe italiano. ¿Es el bebé? ¿Sentiste algo? Dime de una vez y no me dejes preocupada».

Mierda. Aún no le conté que mi jefe italiano es el Sr. Seductor, al que también llamo traidor desgraciado y donante de material genético. Pero eso es asunto para otro encuentro entre nosotras tres.

Para tranquilizar a mi hermana, hago una llamada.

—¿Di? Dime qué está pasando.

—Todo está bien, fue… solo un mareo. Pero el bebé y yo estamos bien.

Suspira al otro lado de la línea.

—¡Gracias al cielo! Pero… —se queda en silencio y oigo el ruido de una puerta cerrándose—. Hoy vas a tener que hablar con nuestros padres. Mamá está sospechando algo y se quedó desconfiada. Papá ya está de muy mal humor.

—Era lo único que faltaba… —murmuro.

—Sabes que no se puede esconder un bebé para siempre. Tu barriga va a crecer y, aunque uses ropa holgada, llegará un momento en que todos lo verán.

—Sí, pero quería al menos un mes.

La oigo bufar.

—Mira, lo que podemos hacer es distraerlos unos días, pero no te garantizo que logremos hacerlo por todo ese tiempo.

—Pero vamos a intentarlo. En mi trabajo ni siquiera lo saben.

—Entiendo, pero Gasp…

—¿Qué le dijiste a Gaspar, Giovanna? —pregunto, preocupada.

La llamada queda en silencio unos instantes.

—¿Giovanna?

—Él más o menos imagina lo de tu embarazo… —confiesa.

Gruño de rabia.

—¡Gio!

—Lo siento. Pero es una persona maravillosa. Guardará el secreto.

Pongo los ojos en blanco, pensando que tendré que hablar con él en cuanto regrese. Cuelgo la llamada y devuelvo la cajita a su lugar.

—¡Adiós! —se despide la italiana—. ¿No te la llevas? —me pregunta, señalando la caja.

¿Cómo decir que, aunque quiera, ni siquiera traje la cartera para comprarla, y mucho menos tengo límite en la tarjeta para eso?

—La dejaré para la próxima —declaro.

—De ninguna manera. Te la voy a regalar —le dice a una vendedora—. Póngalo en mi cuenta; será para ella.

La mujer hace el paquete rápidamente y me lo entrega.

—Que tu bebé tenga salud —me desea.

—El suyo también. Gracias por el regalo —respondo, saliendo con la bolsa en la mano.

Sostengo la bolsa intentando disimularla junto a mi ropa y regreso a la empresa. Gracias al cielo, el señor Lorenzo no está por aquí, pero Gaspar tampoco. Hablo con Andrew, que a cada instante muestra su desagrado al enseñarme el trabajo. Por suerte, pronto llega el final del día; tengo cosas más importantes que hacer cuando llegue a casa.

Capítulo 17

Lorenzo

—¡Dios del cielo! ¿Qué perfume es ese que estás usando, Enzo? —se queja mi cuñada en el mismo instante en que abre la puerta del despacho de mi hermano, donde estamos en este momento.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto.

Nella intenta dar un paso y regresa de inmediato, alejándose y caminando hacia el baño del piso de la directiva.

—¿Qué le hiciste a mi mujer? —cuestiona Fabrizio, siguiendo a su esposa hacia afuera.

—Ni siquiera me levanté —argumento.

Me quedo esperando y, después de algunos minutos, mi hermano vuelve solo.

—Nella no va a entrar mientras estés impregnado de ese perfume —me informa.

—Lo uso desde hace tiempo…

—Pero mi mujer embarazada se mareó con el olor y ya va camino a casa.

—¿Qué es eso? —pregunto—. Las mujeres con las que me he relacionado siempre amaron ese aroma…

—Sin embargo, tendrás que cambiarlo o reducirlo si quieres frecuentar mi despacho. Nella dijo que, si huelo así, ni siquiera entro en mi casa.

Una risa involuntaria se me escapa.

—Esto es más serio de lo que imaginas. Si sigues oliendo así, cambio tu viaje y tendrás que irte de Brasil hoy mismo.

—¡Eh! —reclamo.

Él no lo sabe, pero aunque no haya logrado hablar con ella hoy, no desistí de mi objetivo. Tengo que hablar con la Bella Dama. Ese es mi objetivo.

—Está bien. Me voy a casa a darme una ducha y vuelvo…

—No hace falta, Enzo —responde mi hermano—. Puedes cerrar el final de tu jornada laboral en casa.

Asiento ante su pedido y me voy.

***

Mientras voy camino a casa, mi mente se transporta a situaciones relativamente similares entre Nella y Diana. Ambas huyeron de mí con solo acercarse. ¿Será que alguien cambió mi perfume a propósito y estoy alejando a mi adorado público en lugar de atraerlo como siempre? No lo sé, pero necesito averiguar qué está pasando.

Lo primero que hago al entrar en casa es deshacerme del perfume. No importa cuánto haya costado. Si fue adulterado, no lo volveré a usar. Después me doy una ducha larga y mando mi ropa a lavar.

Cuando cae la noche, noto un mensaje en mi teléfono y veo que es de Nella. Abro de inmediato el audio.

«Mil disculpas por hoy, cuñado. No pude evitar las náuseas que me provocó tu perfume. ¿Quieres venir a casa? Estoy preparando ese ravioli de pollo que tanto te gusta. Me encantaría verte, pero sin ese olor infernal».

Río al escuchar el final de su mensaje. Menos mal que lo tiré. Nella es una amiga de la infancia que fue criada para casarse con mi hermano; sé que lo hace de corazón, así que acepto su invitación, me arreglo y voy a su casa.

Cuando llego, mi hermano me saluda y camino lentamente hacia la amplia cocina. Lo primero que hace Nella es dar un paso atrás. De manera involuntaria, sonrío.

—Me di una ducha. Puedes quedarte tranquila.

Ella me devuelve la sonrisa y, después de prácticamente olerme, me abraza.

—Ahora sí, Enzo.

Mi hermano me da un golpecito en la cabeza en broma.

—Casi me haces pasar la noche fuera de casa —afirma.

—Tiré el frasco con todo —les declaro a ambos.

—Está bien.

—Creo que alguna mujer cambió la fragancia. Nunca había pasado que una mujer huyera de mí —confieso—. Y no pasó solo contigo.

—¿Qué estoy oyendo? —me pregunta Brizio con ironía—. ¿Las mujeres ya no te quieren?

Nella, que estaba cortando tomates, se detiene para escucharme. Sin embargo, no quiero hablar de ese asunto. Que la Bella Dama se me escape de entre los dedos no es algo que deba relatar, y mucho menos a mi hermano y a mi cuñada.

—Ya pasó. Ahora todo está normalizado —digo, lavándome las manos y ayudando a mi cuñada en la cocina—. La pasta ya está casi en su punto, Nella.

Veo la sonrisa cómplice de ambos, pero la ignoro.

Sigo ayudando en la cocina hasta que nos sentamos a la mesa.

—Enzo, noto que estás evitando el tema…

—Nella…

—Tranquilo, amor mío. —Ella besa el rostro de su marido—. Si la mujer tuvo la misma reacción que yo, tal vez fue simplemente porque no cayó en tus encantos, cuñado.

Se me escapa una risa al saber que eso jamás me ocurrirá. Es más fácil que un río cambie su curso a que una mujer me ignore. Entonces limpio mis labios con la servilleta de lino y respondo:

—Antonella, la dama ya cayó en mis encantos y…

—Ahórranos los detalles sórdidos —pide mi hermano.

—Está bien —respondo—. Pero debo confesar que aún hay asuntos pendientes…

—Si ella se está alejando de ti, para ella los asuntos ya están cerrados —declara Nella, bebiendo su zumo.

Los dos se ríen de mí y pongo los ojos en blanco, volviendo a comer.

—Pero, al final, ¿qué fuiste a hacer a la empresa? ¿Estás buscando trabajo? —le pregunto a ella.

Su sonrisa se ensancha.

—Fui a mostrarle a tu hermano las cosas tan lindas que compré para el bebé.

—No sé si te va a gustar verlas, pero estoy seguro de que Nella te las va a enseñar.

—Claro que sí —afirma—. Ya que mi bebé va a tener padre y tío, tengo todos los motivos para mostrarlas.

De inmediato me resulta extraño lo que dice.

—Para quedarse embarazada hace falta un hombre, Nella…

—Según tu cuñada, hay otra manera —afirma mi hermano, comiendo el último ravioli de su plato.

Frunzo el ceño, sin entender a qué se refiere.

—Es que conocí a una chica que decidió quedarse embarazada de forma independiente. Va a ser madre soltera, por lo que entendí.

Tuerzo los labios.

—Eso suena más bien a que el hombre que la dejó embarazada no quiso al hijo y la mujer va a criarlo sola.

—Dije exactamente lo mismo, Enzo.

—No lo creo. Es una chica hermosa y parecía muy decidida. No mostraba ni una pizca de amargura por culpa de un imbécil irresponsable que solo supo hacerle un hijo. —Brizio y yo la miramos —. ¿Qué pasa? ¿Les parece bien que un hombre abandone a su propio hijo?

—No —respondo—. El niño no tiene culpa de la irresponsabilidad de los padres. El padre debe hacerse cargo.

—Estoy de acuerdo con Enzo, amor mío. Lo que nos llama la atención es tu indignación con los padres desnaturalizados.

Antonella sonríe, dando un sorbo a su zumo.

—Son las hormonas, cariño.

Río mientras bebo mi vino. Que mi hermano se las arregle con esas hormonas desatadas.

Capítulo 18

Diana

Ayer conseguí escapar de papá y de mamá. Sé que están sospechando, pero todavía no quiero hablar del tema. Por eso, me estoy arreglando en el cuarto para salir a último momento, sin dar lugar a conversaciones.

Fue difícil, pero logré resistir el olor de la tarta de manzana de mamá, y solo cuando todos estaban durmiendo conseguí comer un buen trozo. Confieso que me esforcé en comer solo un poquito, pero me dio un hambre de esas tremendas. Tal vez tenga que ver con el bebé, pero la comida de mamá está por encima de la media de lo irresistible que es.

—¿Di, vas a desayunar en el trabajo? —me pregunta Gio.

Asiento mientras me pongo el pendiente en la oreja. Ella me da una galleta, que guarda en el cuarto.

—Mejor come esto. No queremos que vuelvas a sentirte mal.

Agradezco y me como un trozo en el acto. Vaya, ni siquiera había notado que tenía hambre.

—Qué rico —declaro.

—Qué asco, Diana. Eso es una galleta de agua y sal.

—Tengo hambre…

Ella frunce los labios.

—Creo que vas a tener un niño. Alessandra está comiendo como una excavadora y está esperando dos hijos.

En ese mismo instante, me recorre un escalofrío. ¿Y si nace igualito al padre? Ojos verdes, labios encantadores, con ese mentón tan típico de su familia. Dios, ni por decreto van a creer que de

verdad es un embarazo independiente y no un hijo bastardo y desconocido de Lorenzo Ricci, que está comprometido y va a ser padre de otro niño que tampoco desea.

¡Dios del cielo! Si mi bebé se parece a él, tendré que desaparecer de la empresa antes de que la madre de la "tal vez novia" me eche, llamándome rompehogares. Ojalá no pase eso. Si todo sale bien, mi bebé saldrá a la familia de mi lado y, quién sabe, tal vez sea una niña. Sí. Lo mejor. Una hermosa niñita con la personalidad de Giovanna y que ame los libros y las historias románticas. Nada de parecerse a Alessandra. Ella está muy loca y recuerdo bien lo difícil que fue crecer con ella, toda alborotada por la casa.

—Espero de verdad que estés equivocada —respondo, comiendo otra galleta.

Ella se ríe al salir y termino de vestirme. Vaya, mis pechos están creciendo tanto. ¿Será que voy a quedar como una vaca lechera, igual que mi hermana? Faltan dos meses para que nazcan los gemelos y sus pechos se duplicaron de tamaño. Alê nos contó que Kalel quedó encantado, llamándolos frutas apetitosas, pero ella dijo que no lo está dejando tocarlos mucho porque le duelen.

Vaya. ¿Cómo será el sexo estando embarazada? ¿Será bueno o raro? ¿La barriga estorba? ¿Será que…? Mejor sacar ese tema de mi cabeza. La última vez que decidí acostarme con alguien fue con un seductor y… no necesito repetirlo.

Ahora está decretado. ¡De esa agua no beberé! Ese italiano guapísimo y seductor puede pedírmelo de rodillas… nunca más va a pasar. Aprendí la lección. Que se quede con su novia y con el hijo de ellos.

***

—Quiero un sándwich caliente con extra de huevo, un café con leche grande, dos panes dulces, un paquete grande de papas fritas, ese bizcochito de vainilla relleno, un *berlín* y un jugo de fresa en caja —pido en la panadería que queda cerca del trabajo.

El chico se queda mirándome, atónito, durante unos segundos antes de anotar mi pedido. Pago con tarjeta y espero algunos minutos a que me entreguen las bolsas. Cuando entro al comedor de la empresa, me como de inmediato el sándwich con el café. Me encanta. Definitivamente, aquella galleta no fue suficiente para aplacar mi hambre. En realidad, ni siquiera el pan. Solo después del bizcochito y de uno de los panes dulces empiezo a sentirme satisfecha.

Entonces, antes de la hora, voy a mi sala de trabajo. El tal Andrew ya está allí, pero es con Gaspar con quien necesito hablar. Antes de llegar aquí, Gio me recordó por mensaje nuestra conversación de ayer y estoy contando los minutos para que él aparezca.

Mientras eso no ocurre, vuelvo la vista a la pantalla, intentando empezar a trabajar en el mantenimiento de mi antivirus. Abro el código fuente, analizando los *bugs* de los últimos días, y cuando voy por la tercera corrección, escucho que la puerta de la sala se abre.

Gracias al cielo, es él. Me levanto de inmediato, llamando su atención.

—Diana…

—Necesito hablar contigo —afirmo, agarrándolo del brazo y arrastrándolo hacia afuera.

—Di…

—Es que…

Antes de terminar la frase, choco contra alguien. Giro el rostro y me encuentro con nada menos que el señor Ricci. No el

dueño de la empresa, sino el Sr. Seductor. Qué suerte la mía.

—Buenos días, señor —lo saluda Gaspar.

Él no responde; solo entrecierra los ojos en mi dirección. ¿Qué le pasa a este hombre para mirarme así?

—Buenos días, señor Ricci. ¿Podemos pasar? —pregunto, aún sujetando el brazo de Gaspar. Este no se me escapa.

Lorenzo cruza los brazos, visiblemente contrariado.

—¿Por qué? ¿Es algún asunto que yo deba saber? —cuestiona.

—No. Es totalmente personal.

No sé por qué, pero parece que el hombre se enfurece aún más.

—¿Personal en horario laboral?

—Señor… —empieza a decir Gaspar, pero es interrumpido por la mano extendida de Lorenzo.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—¡No! —exclamo al instante.

—Entonces no están autorizados —responde—. Ambos deben cumplir su horario. Si quieren conversar, sea lo que sea, tendrán que hacerlo a la hora del almuerzo o al final del día. ¿Entendido?

Qué ganas tengo de darle un puñetazo en la cara a este italiano. Gaspar se libera de mis dedos y regresa a su lugar. Yo, en cambio, me estoy conteniendo para no gritarle en la cara a este hombre. Si yo fuera como mi hermana menor, ya lo habría puesto en su lugar y habría resuelto mis asuntos con este italiano engreído. Pero tengo un hijo en camino y todavía necesito este sueldo para pagar las cuentas.

Así que desisto de responder y vuelvo a mi sitio, fulminándolo con la mirada. Ah, Lorenzo Ricci, me las vas a pagar.

Capítulo 19

Lorenzo

¿Hablar de asuntos personales con ese tipo delante de mí? Jamás. Ella siempre está escapando de conversar conmigo y quiere hablar con tal Gaspar con una urgencia fuera de lo común. De ninguna manera.

Hoy vine preparado para hablar con ella. No usé perfume, solo loción para después de afeitarme. Tenía la expectativa de encontrarla sola, en su nueva mesa de trabajo, pero choca de frente conmigo sujetando el brazo de ese tipo. ¡Carajo! Ahí no. Definitivamente no.

La Bella Dama me debe respuestas y va a tener que responder a mis preguntas sobre ese tipo también.

El tiempo pasa y, en medio de la asignación de tareas a los tres, siento su mirada fulminante clavada en mí. Si supiera que se ve aún más hermosa cuando está irritada…

Tengo ganas de guiñarle un ojo, pero no puedo hacerlo por dos motivos. Primero, estamos en la empresa de la que soy uno de los socios. Segundo, Gaspar está dentro de mi campo de visión y la duda de si realmente hay algo entre ellos me está volviendo loco.

Cuando llega la hora del almuerzo, los tres se levantan y se van sin mirar atrás. Como destino, quien sale última es ella. Entonces me pongo delante.

—¿Y ahora qué? —pregunta, cruzándose de brazos—. ¿Perdí mi derecho a la hora de almuerzo?

—Necesito hablar contigo…

—¿Es por trabajo, señor Ricci? —cuestiona, manteniendo los brazos cruzados.

Respiro hondo, odiando haber sido interrumpido.

—No…

—Entonces no hay nada de qué hablar —declara, saliendo por la puerta.

Maldición. ¿Cómo puede actuar así?

—Diana…

Me ignora, caminando delante de mí. Acelero el paso, pero no se detiene.

—Te estoy hablando, mujer —digo, pero parece que solo las paredes me escuchan.

Me apresuro y la sujeto, llevándola al cuarto de productos de limpieza.

—¡Déjame salir o voy a armar un escándalo! —exclama.

—Necesito hablar contigo a solas.

—¡Pero yo no! —replica, furiosa.

Respiro lentamente, intentando comprender toda esa rabia. Jamás me permitiré pensar que tenga que ver con la prohibición de más temprano. No creo que prefiera a ese hombre antes que a mí.

—Dime por qué te fuiste aquel día. ¿Qué pasó?

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—¿Eso es lo que quieres saber? —pregunta, clavando los dedos en mis brazos; aun así, no entiendo el motivo de su revuelta —. Me fui porque descubrí tu asqueroso secretito. Te dije desde el principio qué tipo de mujer soy, pero nunca imaginé que tú fueras así.

—¿De qué estás hablando, Bella Dama…?

—¡No me llames así! —retruca—. Olvídame de una vez por todas. Lo que pasó fue un error y no te preocupes, yo voy a cargar

con las consecuencias de mis elecciones, señor Lorenzo Ricci.

Sigo sin comprender de qué habla y me quedo sin saber qué hacer cuando se suelta, abre la puerta y se va.

***

Planeé muchas cosas, pero ninguna de ellas se resume a la conversación que tuvimos en aquella sala hace unos días. La Bella Dama estaba —y sigue estando— furiosa conmigo por muchos motivos, y no logro comprender ninguno de ellos. ¿Qué secreto sucio cree ella que tengo? ¿Cuándo la traté mal al punto de que quisiera alejarse de esta manera?

No quiero distanciarme; sin embargo, mi viaje está programado para mañana. Tendré que irme dejando el camino libre para ese Gaspar. ¡En qué fantasma se convirtió ese hombre en mi vida!

Cómo me gustaría arrancarle de sus hermosos labios aquello de lo que tanto me acusa con la mirada. Todos los días huye de mi acercamiento y, a la distancia, me fulmina con los ojos. El problema es que no tengo con quién hablar del asunto. Mi hermano querrá mandarme a Egipto a negociar tecnología con un faraón solo por haberme metido con su empleada estrella.

Nella… Bueno, sé que en medio de una conversación terminará confesándolo todo a mi hermano, y será como si yo mismo se lo hubiera dicho. Pensándolo bien, lo que necesito es sacar de los labios de la Bella Dama aquello que imagina que hice.

Estoy completamente seguro de que está equivocada, pero primero necesito saber qué está pasando.

Ring, ring.

Miro el teléfono y veo el número de mi hermano.

—Enzo, cambio de planes. Tendrás que irte hoy, a la hora del almuerzo. Surgió un problema en la empresa de placas de computadoras. El CEO falleció y necesitamos que vayas a establecer los precios acordados con los nuevos representantes.

Suspiro, frustrado.

—Está bien —respondo, mirándola—. Voy a casa a preparar mis cosas.

Capítulo 20

Diana

Está por nacer el hombre más desubicado que Lorenzo Ricci. Engañar a la madre de su hijo y todavía preguntarme cuál es el problema… Si no hubiera escuchado aquella llamada, tal vez aún estaría en su cama sirviéndole de amante.

Por suerte me libré a tiempo. Está bien, quedé embarazada teniendo sexo con preservativo, pero no voy a correr detrás de un hombre comprometido ni mucho menos pedirle nada a un tipo que no quiere ser padre.

Gracias al cielo, después de aquel día, entendió el mensaje de que no lo quiero cerca de mí. Jamás negaré que mi corazón latió más fuerte cuando me vi en aquel lugar, sola con él, pero me hice la fuerte recordando que tiene a otra mujer embarazada de él. Solo así logré resistir a su aire seductor, su porte galante y ese acento que me llama a sus brazos, sobre todo ahora que sabe mi nombre. Nunca pensé que "Diana" sonaría tan sensual en su voz.

Si no fuera ese patán seductor que tiene a otra, tal vez estaríamos juntos y… ¡Uf! ¿A quién quiero engañar? Nunca existiría un futuro para mí con un hombre como Lorenzo Ricci. Soy una mujer sencilla, que realmente aprendió a disfrutar del sexo después de conocer a un ricachón guapo y seductor. ¿Cuándo algo así podría funcionar? Solo en los libros románticos de Giovanna.

Ahora estoy enfocada en el trabajo y, gracias al cielo, Lorenzo desapareció. Para ser específica, hace una semana que no aparece. Al margen de él, el trabajo sigue fluyendo. Andrew asumió el liderazgo por ser el veterano y estamos aprendiendo el oficio con él.

No logro entenderlo, pero claramente no le caigo bien. Mejor dicho, no le cae bien ninguno de nosotros. Sin embargo, creo que

conmigo la situación es más complicada.

—Diana, mándame la cuenta del banco del gobierno —me pide Andrew.

Lo hago de inmediato y se la envío.

—Di, llegó un mensaje sobre tu antivirus —me avisa Gasp.

Sí. Ahora somos amigos. Es el único fuera de la familia que sabe de mi embarazo y, como mi hermana me aseguró, guardó el secreto.

En casa, mis padres llevan días intentando hablar conmigo, pero he logrado pasar las noches con Alê, poniendo como excusa que la estoy ayudando con el cuarto de los gemelos. Sin embargo, hoy no voy a poder escapar. Ayer mi hermana habló conmigo y explicó que es mejor dejar de huir y poner todo en claro para evitar consecuencias y especulaciones. Así que, aun preocupada por su reacción, junté mis cosas y, al final del día, opté por volver a casa.

Cuando bajo del autobús frente a casa, veo a mi padre esperándome. Su expresión no es nada amistosa y, siendo él de pocas sonrisas, resulta muy difícil verlo así.

—Diana, necesitamos hablar —me avisa—. Tu madre ya te estaba esperando.

Solo asiento con la cabeza, completamente segura de que hoy no pasa. Pensándolo bien, la probabilidad de que esta conversación no ocurra es del 0,0000001 %. Así que mejor empezar de una vez.

Apenas cruzo la puerta, mi padre me manda a la cocina. Mi madre saca del horno un pan casero y se me hace agua la boca de hambre. ¡Dios del cielo! Hoy comí como una excavadora y ya estoy hambrienta otra vez. Pero ahora no. Tengo que esperar un poco antes de comer una de las delicias que mamá prepara en la cocina.

—Diana, ¿te acordaste de que tienes casa? ¿Dejaste de importunar a tu hermana embarazada? —empieza mi madre.

Dejo la mochila en la silla antes de responder.

—Estaba ayudando con la organización…

—¿Crees que tu padre y yo nacimos ayer, niña? —me interrumpe mi madre.

Me asusta su tono. ¿Qué estará pasando por sus cabezas?

—Mamá…

—Cuéntanos de una vez la razón por la que estuviste tanto tiempo lejos de aquí. Andas esquivando las comidas, pasando la mayor parte del tiempo en tu cuarto y…

Si no hablo, va a seguir insistiendo, así que digo:

—¡Mamá, estoy embarazada!

¿Saben cuando dicen "pasó un ángel"? Es exactamente eso lo que está ocurriendo. Un silencio absoluto, del que podría oírse caer un alfiler en medio de la sala, y en ese momento mis padres me miran como si me hubiera salido un cuerno en la frente.

—¿Qué dijiste, Diana? —me pregunta mi padre, que es de pocas palabras.

—¿Cómo que estás embarazada? —grita mi madre, haciéndome casi saltar de la silla—. ¿Quién es el padre de esa criatura?

—Mamá…

—La culpa es tuya, Vitória —acusa mi padre—. Estas chicas están cada vez peor. Primero fue Alessandra, que quedó embarazada sin estar casada, y ahora Diana, que ni siquiera tiene novio y…

—Déjenme hablar…

—Afonso, tenemos tres hijas. Yo no las crié sola. Tú eres el padre y también tienes responsabilidades. No vengas a echar la culpa…

¡Dios del cielo! Ahora están peleando. No recuerdo haber visto a estos dos discutir. Mamá siempre fue más enérgica y papá, demasiado tranquilo. Pero esto… jamás había pasado.

Fue un error mío, no de ellos. No puedo dejar que sigan así.

—¡Yo quise quedar embarazada! —alzo la voz, intentando hacerlos parar.

—¿De qué estás hablando, Diana? —pregunta mi padre.

Respiro hondo y digo la idea loca que me dio Gio.

—Me hice un tratamiento para quedar embarazada. —Cuanto más explico, menos real parece—. Voy a ser madre independiente. Solo el bebé y yo.

¿Habrá colado? La idea es la peor de todas, pero es la única que tengo por ahora.

—¿Cómo así, hija mía? —pregunta mi madre—. ¿Quieres tener un hijo sola?

—Sí —afirmo—. Hice lo que llaman inseminación artificial.

Mi padre se pasa la mano por la cabeza.

—Estas modernidades —murmura.

—¿Por qué, Diana? —pregunta mamá, preocupada—. Un bebé es muy costoso. Él o ella va a necesitar todo el apoyo familiar. Necesita un padre…

—Diana, dime la verdad —los ojos oscuros de mi padre se clavan en mí—. ¿Te abandonó un patán y vas a tener que criar a este hijo sola?

—¡Hola! ¡Buenas noches! —grita Giovanna desde la entrada de la sala, salvándome de tener que mentirle a don Afonso.

—Giovanna, estamos teniendo una conversación seria con tu hermana —explica mi madre.

—¿Sobre el nuevo nietecito de ustedes? —pregunta al entrar, tomando una taza de café y sentándose frente a mí.

—¿Tú lo sabes? —pregunta mamá.

—Sí, lo sé. Fui con Di a la clínica para hacer el procedimiento de inseminación.

Mi padre se pone pálido al instante.

—¡Qué irresponsabilidad de ustedes dos! —reclama—. Diana por arreglárselas para tener un hijo sola, y Giovanna por apoyar la idea.

—Papá, era el deseo de Di…

—Estoy seguro de que Alessandra también estaba metida en esta historia. Ustedes tres juntas solo traen problemas. Qué irresponsabilidad. Criar a un hijo no es tan simple como creen. Hay muchos gastos, dolores de cabeza, preocupaciones…

Papá sigue argumentando, pero percibo que lo peor ya pasó. Gio me guiña un ojo mientras toma su café y solo entonces consigo comer el pan que hizo mamá.

Un problema menos. Mis padres ya lo saben y no me echaron de casa. De una forma u otra, punto para mi hermana romántica.

Capítulo 21

Lorenzo

—Todo está arreglado, señor Ricci. Entregaremos en Brasil en una semana —responde el CEO de la empresa, estrechándome la mano.

Salgo del edificio, casi huyendo de Madrid. Mi intención es hacerlo todo lo más rápido posible y regresar a Brasil. Esta vez ni siquiera fui a la propiedad de la familia; hice todo lo posible para cerrar lo que tenía pendiente y tomar el vuelo de regreso.

Cuando entro en la habitación del hotel donde me estoy hospedando, recibo una llamada. Miro la pantalla y veo el nombre de Isabel. Suspiro, ignorando la llamada. Arreglo mis cosas y, cuando estoy a punto de salir hacia el aeropuerto, escucho que alguien llama a la puerta.

Si no fue anunciado, es alguien del hotel. Así que la abro de inmediato, encontrándome a la española Isabel frente a mí. Es una hermosa morena de piel bronceada, cuerpo bien delineado, pechos abundantes, trasero levantado, ojos color miel y estatura mediana.

—Hola, Enzo. ¿Estás muy ocupado? —hace toques sutiles en su ropa, dejando ver, desde el interior de su abrigo beige, una lencería roja.

Hace poco más de un mes, la habría jalado hacia dentro de la habitación y la habría follado con fuerza detrás de la puerta, como a esta mujer fogosa le encanta. Sin embargo, hoy no tengo ganas. Por eso, respondo:

—Tengo un gran problema que resolver. ¿Puedes darme permiso? —pregunto, casi empujándola hacia afuera y cerrando la puerta de la habitación.

Sus dedos intentan tocar mi rostro, pero no lo permito. Realmente, he perdido el interés en esta mujer. Entonces, le sujeto la mano.

—No va a suceder. Busca a otro hombre para que te folle. De mí no vas a conseguir nada más —aclaro.

Ella se enfurece, intentando agredirme, pero se lo impido.

—¡No puedes hablarme así! —reclama.

Pongo los ojos en blanco.

—Fui simple y directo, como siempre, mujer —replico, mirando el reloj—. No tengo tiempo para discutir contigo. Me voy.

Tiro de mi maleta y voy a la recepción del hotel. Como es un lugar donde siempre me hospedo cuando vengo a España, presento una queja, prohibiendo que cualquier persona suba a mi habitación sin ser anunciada. Atienden mi solicitud y se disculpan; dicen que, en mi próxima estancia, estaré en la suite presidencial y que el traslado de ahora correrá por cuenta de ellos.

***

Acabo de llegar a São Paulo y me quedaré solo unos dos días antes de ir a los EE. UU. para una temporada larga. Es la mitad del horario en el que la empresa se detiene por el almuerzo, así que, cuando llego, subo a la dirección y dejo todos los documentos sobre el escritorio de mi hermano.

Después, voy al sector de grandes cuentas y reviso qué han estado haciendo. Cuando el intervalo está casi por terminar, empiezo a oír pasos y risas. Me giro hacia el sonido y la rabia comienza a hervir dentro de mí cuando veo a Diana riendo, acompañada de nada menos que de ese tipo.

—Señor Lorenzo. Supimos que viajó. ¿Fue bueno su regreso? —me pregunta Gaspar.

Lo que tengo ganas de decir es que fue tranquilo hasta verlo cerca de la Bella Dona.

—Buenas tardes, señor —me saluda ella.

No sé por qué, pero mi cuerpo hierve de nervios al verla acompañada de ese tipo. Había tantos que… No. Incluso si fuera otro hombre, lo odiaría. Sin pensarlo dos veces.

—Buenas tardes, Diana —digo, viéndola alejarse—. Fue un buen viaje, pero es parte del trabajo.

Él solo asiente y vuelve a sus tareas. El día va avanzando y les repaso a los tres algunas informaciones que recibí de uno de los bancos que estamos protegiendo. Andrew, que está coordinando a los novatos, reparte las asignaciones.

Cuando el día está a punto de terminar, él mismo me envía un informe que aclara cómo hemos funcionado en los últimos días. Veo el porcentaje de rendimiento de ambos, pero el más discrepante es el de Diana. Parece que casi no trabajó en esos días. Al menos no estuvo cerca de Gaspar, que presenta respuestas en niveles mejores.

Mi mirada pasa por ellos y Andrew me hace una seña, confirmando lo que dijo en su informe. Me vuelvo hacia Diana, que está concentrada en su pantalla. Era lo único que faltaba. Ella mantiene en su mente innumerables pensamientos inconexos sobre alguien que no soy yo. Si entro en ese asunto laboral, pensará de inmediato que la estoy persiguiendo. Sin embargo, es mejor que yo hable con ella a que mi hermano la despida.

—Diana, antes de irte, necesitamos hablar —informo.

Sus ojos se crispen hacia mí, pero no rebate. Vuelvo mis ojos a la pantalla, revisando compras y entregas mientras no llega la hora.

La jornada termina y Andrew es el primero en levantarse para irse. Luego se levanta Gaspar, que le pregunta a ella:

—¿Quieres que te espere, Di?

¿Di?

¿Desde cuándo tiene la confianza de llamarla así a mi Bella Dona?

—No hace falta, Gasp —responde—. Hoy voy en autobús.

Él asiente, sonriéndole, y se va.

No tengo cómo digerir algo así. Di y Gasp. Ahora sé el motivo por el cual se fue. Diana seguramente está relacionándose con ese hombre.

—¿Qué desea, señor Lorenzo? —me pregunta ella en cuanto Gaspar cierra la puerta.

Cierro los ojos, intentando concentrarme en el problema del trabajo y no en lo que ese hombre pudo haber hecho con mi Bella Dona. No soportaría verlos besándose, y mucho menos…

—¿Señor Lorenzo?

Abro los ojos con las venas ardiendo por un sentimiento que hasta hoy no conocía —y que tampoco sé nombrar—.

—¿Tú y Gaspar están en una relación? —La pregunta se me escapa de los labios.

Ella se queda en silencio por unos instantes y su rostro empieza a ponerse rojo.

—Me voy —declara, tomando su mochila.

Cierro la puerta con mi cuerpo.

—Dímelo, Diana.

—No te debo explicaciones sobre mi vida personal…

—Entonces, ¿qué fueron esos apodos entre ustedes dos? —cuestiono—. ¡Necesito saber la verdad!

Ella echa la cabeza hacia atrás.

—¿Nunca me contaste la verdad y esperas que yo lo haga? —reclama.

—No entiendo de qué mierda estás hablando. Sé clara. ¿De qué me acusas?

Diana me señala con el dedo, pero pierde el equilibrio con sus propias piernas, obligándome a sostenerla. Sin que yo lo espere, sus ojos se cierran y la mujer se desmaya en mis brazos.

—¡Diana! —la llamo.

Grito más fuerte, dejando traslucir mi desesperación al verla así. Cuando me doy cuenta de que no servirá de nada, la tomo en mis brazos y bajo en el ascensor hasta mi coche. Acelero por la vía rumbo al hospital, loco de preocupación por lo que pueda haber sucedido.

—Estarás bien, Bella Dona.

Capítulo 22

Diana

Solo recuerdo haber sentido tanta rabia hacia aquel italiano… y después todo se apagó. Ahora estoy despertando en un ambiente de sonido contenido y también… que se mueve.

Tardo un poco en abrir los ojos y me doy cuenta de que estoy en un coche… ¿Cómo vine a parar aquí? Dirijo la mirada hacia quien conduce y me dan ganas de desmayarme de nuevo. Lorenzo Ricci.

—¡Grazie Dio! Te despertaste —sonríe, con un alivio que no me llega a los ojos—. ¿Cómo te sientes, *Bela Dona*?

—Ya te dije que no me llames así, Lorenzo —respondo.

—Está bien. Pronto llegaremos al hospital y…

—¿Hospital? —pregunto.

—Sí, te desvaneciste en mis brazos.

¿Hay un lugar peor para desmayarse?

—Pero ahora estoy bien. ¿Puedes dejarme aquí? —aviso y le pido, observando dónde estamos.

—¿Estás loca? Necesitamos saber qué tienes…

—¡Estoy perfectamente! —lo interrumpo.

Aún no quiero que sepa que estoy embarazada. ¿Y si se enfada por haber dejado embarazada a la amante y me manda al demonio solo para que nadie descubra nada sobre mí y mi bebé?

—Diana…

—¡Quiero irme a casa! —afirmo.

Su respiración se vuelve lenta y noto cómo sus dedos aprietan con más fuerza el volante.

—Necesitamos saber qué tienes, mujer…

—Si me llevas al hospital, no voy a entrar —afirmo—. Tú no eres nada mío y no puedes obligarme.

¡Dios del cielo! Necesito salir de este coche. Percibo que su furia va en aumento.

—Era mucho más fácil cuando tus "No sé" formaban parte de la conversación —confiesa, tras unos minutos de silencio.

Antes de que pueda responder, detiene el coche en el semáforo.

—¿Quieres bajar? Puedes irte —dice, abriendo los seguros.

No tardo en hacerlo y voy hasta la parada de autobús.

Diez minutos después de que aquel coche importado se fuera, comienza a caer una tormenta. En cuestión de instantes, los relámpagos iluminan el cielo. La lluvia, acompañada de viento, empieza a empapar mi ropa y el autobús no pasa.

Empiezo a castañetear de frío mientras espero casi sola a que llegue mi transporte. Un rayo cae con fuerza cerca de aquí y tomo el teléfono para pedir un conductor por aplicación. No tengo dinero, pero voy a tener que vender alguna parte de mí para llegar a casa.

Sin embargo, cuando enciendo la pantalla del aparato: 2 % de batería. ¡No puede ser! ¿Cuál es la probabilidad de quedar atrapada en una situación así en medio de una tormenta? Debería haber ido con el Sr. Seductor hasta el hospital. No habría entrado, pero estaría más resguardada que…

Kraka-bum

—¡Ay! —grito, casi cayéndome del banco de la parada, donde estoy de pie en este momento.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que la gente se ha ido; estoy sola aquí. ¡Dios del cielo! Sola, embarazada y sin teléfono. Dime si no es una situación horrible. No puedo creer que lleve media hora con el cielo desplomándose sobre mi cabeza.

—¡Diana! —escucho mi nombre a lo lejos.

Busco, pero con el ruido y el agua subiendo en la parada de autobús, no logro encontrarlo.

—¡Diana!

Esta vez consigo ver de dónde viene; veo a Lorenzo completamente empapado, de pie sobre un montículo y mirándome. No sé ni qué decir ante eso. Solo sé que volvió por mí sin saber que venía por nosotros.

—Lorenzo…

—Quédate quieta, voy a buscarte —grita.

Enseguida entra en el agua sucia con sus zapatos de cuero y su traje de marca, y avanza lentamente hacia mí. Tarda unos minutos en alcanzarme, pero logra tomarme en brazos y llevarme a salvo hasta el terreno más alto.

—Graci…

—No te quedas en este lugar ni un instante. Vas a mi casa y no se habla más del asunto.

Me sujeta del brazo, tirando de mí hacia una zona más alta donde está su coche. Abre la puerta para mí, me coloca el cinturón de seguridad y vuelve al lado del conductor.

Tardamos unos diez minutos en llegar a su casa, pero todos los recuerdos de aquella noche me asaltan cuando cruzo su puerta.

—Voy a buscar ropa seca para ti. Puedes ducharte en ese baño de ahí —indica, alejándose hacia su dormitorio.

¿Será que esa ropa seca es de la otra? Mejor no pensar en eso ahora. Tengo que cuidarme. Como me dijo mi hermana, no hay

nada peor que resfriarse estando embarazada. Por eso, me quito la ropa y entro bajo el agua caliente del baño de la habitación de invitados.

Paso algunos minutos relajándome en la ducha y casi me olvido de que estoy en su casa. Sin embargo, cuando cierro el grifo y me pongo un albornoz, recuerdo que no estoy en la mía.

Sobre la cama encuentro algunas prendas masculinas que tengo la certeza de que son suyas. Siento alivio por no obligarme a usar ropa de otra mujer.

Cuando salgo del cuarto, ya vestida, él está recién duchado, sin camisa y viendo la televisión. ¿Qué imagen es esta? Lorenzo parado así provoca una agitación fuera de lo común en mis alborotadas hormonas de embarazada. Él con traje en el ambiente de trabajo ya es una seducción, pero sin camisa… Debería quedarme tranquila en mi rincón, cultivando rabia; sin embargo, está difícil hacerlo.

—¿Te quedaron bien las prendas? —me pregunta, pillándome in fraganti.

Asiento con un simple "Ajá". Me quedan un poco holgadas abajo, pero la camisa marca demasiado mis pechos, que están más hinchados.

—Siéntate aquí. Espera a que pase la lluvia y te llevo a casa.

Asiento mientras camino, pero en ese mismo instante mi estómago ruge.

Casi muero de vergüenza, pero Lorenzo se ríe.

—¿Aceptas una cena, Diana?

Le dije que dejara de llamarme *Bela Dona*, pero tiene un acento tan sexy que incluso mi nombre de pila suena como un llamado íntimo e indecente.

—¿Cocinas? —pregunto.

Él me sonríe de ese modo seductor que no deja margen a dudas. ¡Dios del cielo! Estoy en la boca del lobo y solo el hecho de que me mire hace que mi cuerpo lo desee. ¿Cómo voy a hacer para que la razón tome la delantera en esta lucha interna tan desleal?

—¿Aceptas un vino? —pregunta.

—Hoy no —respondo de inmediato, sorprendiéndolo.

—¿Estás segura?

Solo asiento con la cabeza.

—¿Entonces un zumo? —pregunta.

—Acepto.

Me sirve un zumo de naranja y todo en mí parece estar más intensificado. Le pido que me sirva más sin darme cuenta de que me observa con extrañeza.

—Si quieres, puedo prepararte más —aclara.

Me detengo de inmediato.

—No. Es suficiente —respondo.

Una sonrisa pícara aparece en sus labios y empieza a cocinar un espagueti para nosotros. Me quedo impactada por lo bueno y rápido que es en la cocina. En menos de media hora todo está listo y me siento famélica ante el plato.

—Dime si te gusta.

Tomo un bocado y gimo de placer. ¡Una pasta digna de los dioses! Que mamá me perdone, pero es el mejor espagueti que he comido en mi vida.

—¿Debo asumir que te gustó, *Bela*…?

—Está delicioso —afirmo, volviendo a comer—. Ni me imaginaba que supieras cocinar.

Él se ríe.

—Aprendí con mi *nonna* y con un amigo de toda la vida.

—Transmítele mis felicitaciones a ambos, porque esto es simplemente irresistible.

Una carcajada escapa de sus labios, pero poco me importa y disfruto de la comida.

Después de terminar, lavo los platos mientras él guarda las cosas en el armario. Cuando acabo, nos sentamos en el sofá del salón y la lluvia no da señales de detenerse. Nos quedamos viendo la televisión hasta que termino quedándome dormida, pegada a su cuerpo caliente.

Capítulo 23

Lorenzo

Apasionante. Esa palabra no sale de mi cabeza. Sobre todo al sentirla otra vez junto a mi cuerpo, pero esta vez dormida y vestida. Mi memoria no fue fiel a sus detalles. Su aroma es mucho mejor de lo que recordaba. Solo su peso ha aumentado un poco, pero creo que tiene que ver con cuánto ha estado comiendo últimamente. No es que me importe; esté *Bela Dona* delgada o gorda, aun así voy a desearla.

Paso la mano por su cintura intentando despertarla, pero sigue durmiendo.

—Diana.

Ella murmura.

—¿Quieres que te lleve a la cama?

Asiente con la cabeza. Bien que me gustaría llevarla a mi cama para continuar desde el punto en que nos detuvimos. Sin embargo, aún no entiendo qué fue lo que realmente ocurrió. Necesito que me lo diga.

La tomo en brazos y la coloco en la habitación de invitados. Cuando estoy cubriendo su cuerpo, ella sujeta mi brazo y murmura:

—¿Por qué me hiciste esto?

—¿De qué hablas, *Bela Dona*?

Sin decir nada más, vuelve a sumirse en el sueño. Y yo me encuentro, una vez más, frustrado, sin respuestas.

***

Antes de que el día despierte, tomo la llave de mi apartamento y la guardo en mi ropa. De ese modo, jamás podrá huir sin hablar conmigo. Voy a su habitación y la veo dormida, desparramada sobre el colchón.

Maldita hora en que vine a verla. Uno de sus pechos se ha salido de la blusa y no consigo evitar mirarlo. Sé que debería ser un caballero, pero después de haber chupado esos pechos, resulta difícil no desearlos.

Están más grandes de lo que recuerdo, pero no haré nada. Solo cierro la puerta y huyo de allí. Voy a mi baño a aliviar la erección que me invade y regreso a la cocina, intentando relajarme. ¿Qué mierda está pasando conmigo? Nunca necesité recurrir a los dedos y ahora estoy enloqueciendo solo por ver parte del cuerpo de *Bela Dona*.

Voy a la cocina a preparar algo para nosotros mientras evito mirar hacia su habitación. Un tiempo después, escucho una llamada en su cuarto. No consigo oír lo que dice, pero sale de allí alarmada.

—Necesito irme —afirma.

—No vas a huir, Diana… —declaro.

—No estoy huyendo, Lorenzo. Mi padre está furioso porque dormí fuera de casa.

Suspiro.

—Yo te llevo, pero come primero. Debes haberte desmayado por haber comido poco ayer por la tarde.

Me doy una ducha breve y me visto con ropa más casual. Cuando regreso, ella está comiendo con la misma voracidad de ayer. No sé por qué, pero me gusta saber que disfruta de mi comida.

Me siento frente a ella y mis ojos caen en sus pechos. Se mojó la blusa con agua y los pezones quedaron visibles.

—Diana, tu blusa… —señalo, y ella se sonroja de inmediato.

—¡Dios del cielo!

—Ya he visto mucho más que eso. —Las palabras se me escapan y me arrepiento al instante.

Su expresión cambia.

—Eso no debería haber ocurrido, fue un error desde el principio —argumenta.

Entonces la rabia empieza a subirme. Ni imagino lo que pasa por su mente, pero está completamente equivocada si piensa así.

—No creo que haya sido un error, Diana… —empiezo.

—Lorenzo…

—Lo que hicimos fue consensuado y te di más placer del que podrías imaginar. Recuerdo que incluso pediste más.

Ella traga saliva.

—Creo que es mejor parar aquí.

—No tenía ni tengo interés en parar. Por mí, estaría chupando tu dulce coño, que estoy seguro de que está empapado solo de oírme hablar.

Diana deja de comer de inmediato. Luego se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Dame la llave, Lorenzo —exige, nerviosa.

—Te la doy, pero tiene un precio.

Ella entorna los ojos, pero percibo el rubor en su rostro. No es rabia, es excitación.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Sonrío antes de decirlo.

—Iba a pedirte una respuesta, pero quiero algo que me permita saber la verdad. —Me acerco, cercándola—. Un beso. No uno simple, sino de esos que incendian a una mujer y excitan a un

hombre. Que es casi una relación sexual entre labios y lenguas. Que, cuando termina, ambos desean continuar, mientras la ropa desaparece y solo el placer se apodera de sus cuerpos —susurro en su oído—. Eso es lo que quiero, *Bela Dona*.

Sus ojos chocan con los míos mientras su respiración se mantiene acelerada. Espero su reacción y obtengo el pago de mi propuesta cuando sus dedos se hunden en mi cabello y sus labios devoran los míos. La acerco más, apretando su delicioso trasero contra mi erección. Mi lengua invade su boca y sus dedos arañan mi espalda.

Le quito la camisa, chupando su cuello y descendiendo por sus pechos, que parecen realmente más grandes. Ella se quita la ropa interior que le di, casi exigiendo que la folle. Sin embargo, no consigo hacerlo sin preservativo, ni siquiera con ella.

—Necesito buscar un condón —aviso, intentando apartarme, pero ella no me deja.

—Fóllame, Lorenzo. Entra en mí ahora —me suplica al oído y no consigo evitar obedecer su orden.

Me meto en su coño caliente y apretado sin pensar en nada más. Nunca había follado así, pero se siente tan correcto. Siento como si la marcara como mía.

Es tan deliciosa que, si no me concentro, puedo acabar corriéndome dentro de ella, y eso no puede pasar. La llevo al sofá y seguimos follando lentamente. Unos minutos antes que yo, logro hacerla correrse. ¡Joder! Nunca me cansaré de ver el placer estampado en su rostro. Cuando siento que estoy a punto de eyacular, salgo de dentro de ella y me corro sobre su vientre.

Nos besamos y la llevo al baño para que se dé una ducha de verdad. Me pongo otra ropa y tomo una camisa social grande para ella, junto con otra prenda interior mía, y nos vamos rumbo a su casa.

Capítulo 24

Diana

Dicen que equivocarse una vez es humano y dos veces es estupidez, pero parece que no aprendo. ¿Cómo es posible que haya vuelto a acostarme con Lorenzo? Y esta vez, sin preservativo. Debo haber enloquecido. El problema es que cuando empieza a decir esas cosas con ese acento italiano seductor, no consigo resistirme.

Tengo todos los motivos para no acercarme y mucho menos quedarme cerca de él. La culpa fue de la tormenta de ayer. Si hubiera ido a mi casa y no me hubiera quedado aislada en una parada de autobús, no habría caído en la tentación de… ¡TODO LO QUE PASÓ!

—¿Diana, estás bien? —me llama cuando llevo unos quince minutos en silencio, con los brazos cruzados, esperando a que lleguemos.

No. No se dirige a la casa de mis padres. En realidad, va a dejarme lo suficientemente cerca como para que me quede sola y piense en las tonterías que estoy haciendo con mi vida.

Voy a ser madre sola y parece que mis errores siguen persiguiéndome. Sería tan bueno que, cuando una mujer descubriera que está embarazada, de repente se activara una grabación en nuestra cabeza alertándonos para evitar las cagadas antes de que sucedan. Algo así como responsabilidad de maternidad. ¿No sería genial?

—Diana…

—Sí. Solo necesito irme a casa —respondo.

Cuando nos detenemos frente a la panadería que está a dos esquinas de mi casa, él se quita el cinturón de seguridad y se vuelve

hacia mí, intentando besarme. Con tantas cosas en la cabeza, evito sus labios.

—Gracias por el aventón, Lorenzo.

—¿Qué pasa?

—Necesito irme…

Intento abrir la puerta, pero la ha bloqueado.

—¿Para hablar contigo tendré que encerrarte siempre en algún lugar, *Bela Dona*?

Sus hermosos ojos se clavan en los míos. Siento su toque en mi mentón, pero desvío la mirada para no caer en la tentación. Está por nacer el hombre más seductor que Lorenzo Ricci. Si lo mirara demasiado, sería la tercera vez que traicionaría mis principios sobre lo que creo. Me siento en una lucha interna: un 90 % queriendo besarlo apasionadamente y un 10 % intentando convencer al otro lado de que no es correcto por innumerables motivos.

Confieso que está absurdamente complicado y…

Ring. Ring.

Miro el teléfono y veo el número de mi madre. Debe estar desesperada buscándome. No debería, pero me siento aliviada por su llamada. Solo así consigo escapar de sus encantos y salir de aquí con al menos un 1 % de dignidad.

—Necesito atender —respondo, mostrándole la pantalla donde dice *mamá*.

Él solo asiente con la cabeza.

—¡Hola, mamá! —digo al contestar.

—¿Dónde estás, Diana? —grita del otro lado y aprovecho para bajar el volumen. No necesita oír lo que doña Vitória reclama—. ¡Con semejante tormenta y tú desapareces embarazada! Quiero ver cuando tu hijo nazca y desaparezca por el mundo sin darte explicaciones… Entonces entenderás lo que pasé esta noche.

Decidiste ser modernita y quedarte embarazada sola, pero no tienes la responsabilidad de llamar a nadie de la familia para avisar que estás bien. Nadie sabe dónde pasaste la noche ni si estás viva. ¿Cómo quedamos tu padre y yo? Ni parece que seas la más responsable. Te estás pareciendo a Alessandra. ¿Qué te pasó…?

Sigue hablando, pero ni siquiera logro pensar mientras la oigo reprocharme mi falta de responsabilidad. Mi teléfono se descargó y solo llamé hoy por la mañana. Tampoco da para contar que pasé la noche en casa de mi jefe. Espera… sí que da.

—Estoy bien. Pasé la noche en casa de mi jefe…

—¿Quién es ese hombre? ¿Es de buena familia? ¿No se aprovechó de ti, verdad?

Aquí podría responder "define aprovecharse". Pero es mejor no poner a prueba su paciencia, que ya está al límite.

—No, fue muy respetuoso, mamá —respondo, oyéndolo reír a mi lado, sin duda pensando en lo que hicimos. Por eso añado—: Es mayor.

—¿Cómo que mayor? —replica Lorenzo, indignado, pero hago un gesto pidiéndole que se calle.

—Entiendo —afirma mi madre—. Ven ya a casa, que necesitas alimentarte.

—Estoy muy cerca.

—Entonces no tardes.

Aprovecho la ocasión, le pido que abra la puerta y me voy evitando más preguntas.

Cuelgo la llamada y llego a casa en menos de diez minutos. Lo primero que hace mi madre es darme un gran trozo de pastel con zumo.

—Necesitas prestar más atención a tu alimentación, Diana —advierte—. Si quieres comer algo más, puedes pedirlo.

Luego se da la vuelta para ir a preparar el almuerzo. Aparece mi padre. Confieso que su mirada me intimida más que una hora de sermón de mamá. Le explico lo ocurrido y él solo asiente con la cabeza antes de irse.

Estamos en sábado y estoy de descanso. Bueno, más o menos. En este nuevo sector, si ocurre algún problema, tendré que ir. Los tres quedamos de guardia, pero al menos no necesito estar allí ahora.

—¿No vas a comer, Diana?

—Sí —respondo.

Sin embargo, cuando voy a dar el primer bocado, oigo vibrar el teléfono y veo que es un mensaje de un número desconocido.

"Todavía tenemos que hablar de muchos asuntos. Uno de ellos es sobre haber dicho que soy mayor. Tengo la absoluta certeza de que dejé claro lo discrepante de tus palabras y que vigor no me falta, *Bela Dona*."

No hace falta decir de quién es. Aun así, tengo que encontrar la manera de alejarlo de mí, ya que resistirme es prácticamente imposible. Pero todavía no sé cómo.

***

El fin de semana pasa y llega el lunes, sin ningún mensaje del Sr. Seductor. Ahora estoy con Gasp camino al trabajo. Terminamos volviéndonos amigos cercanos. Puedo confesar que, incluso si nos hubiéramos conocido en el día correcto, jamás seríamos pareja. Él es un encanto, un buen amigo, pero no me provoca esa combustión que Lorenzo despierta con solo una mirada.

Aún es el único de aquí que sabe de mi embarazo. Sin embargo, ya me advirtió que se está notando cada día más.

—Di, ¿ya pensaste en hablar con Andrew sobre tu hijo?

Lo miro de reojo.

—¿Andrew? —pregunto—. Él ya no me soporta. Decírselo sería como decirle al señor Fabrício que me quedé embarazada dentro de la empresa, encima de mi escritorio, con dos hombres, que no sé quién es el padre y que él mismo tiene pruebas de eso.

Frunce el ceño, extrañado.

—Pero no fue así —afirma.

—Sí, pero estoy segura de que diría algo de ese estilo solo para quitarme el ascenso…

—Entiendo, pero creo que se mete contigo por tu rendimiento, que ha bajado por estar embarazada. Las náuseas, las idas frecuentes al baño, el hambre compulsiva. Mi hermana estuvo como tú antes de tener a su hijo.

—Sí, pero…

—Si yo fuera tú, iría al CEO o quizá incluso a Lorenzo, que casi siempre está en nuestro sector, para contar la verdad.

De inmediato, mi cuerpo se estremece. ¿Decirle a Lorenzo que estoy embarazada? Es la peor opción de todas. Mejor hablar con su hermano.

—Lo pensaré —concluyo.

Llegamos a la empresa. Sin embargo, cuando estamos cerca de la entrada, veo que se abre la puerta del lado del copiloto del coche de Lorenzo. Una rubia sale de su interior y, en el mismo instante, reconozco su rostro. La italiana de la tienda de bebés.

Del otro lado sale él, sonriente y galante como siempre, colocando la mano sobre el hombro de la mujer y entrando al edificio. No nos ven, pero están tan juntos como una pareja que pronto va a tener un bebé.

Ahora estoy segura. Ella existe y es una mujer hermosa. Y yo fui la amante que está destruyendo a su familia. Lorenzo es un

hijo de puta, un cafajeste.

—¿Estás bien, Di? —me pregunta Gasp porque me detuve al verlos.

No consigo caminar. Todo mi cuerpo tiembla de nervios. ¿Cómo fui tan tonta de caer en los brazos de ese infeliz traidor?

—Sí, todo bien —respondo a Gaspar.

Capítulo 25

Lorenzo

Necesito recuperar mi teléfono. Nella lo tiró y la pantalla se quemó. Pedí uno nuevo, pero pasé el fin de semana intentando no pensar en *Bela Dona*. ¿Quién dijo que lo conseguí? Lo que me dan ganas es de volver a Panamby y golpear puerta por puerta buscándola, pero sería demasiado. Puedo hacerlo hoy revisando sus datos del departamento de recursos humanos.

Fabrício tuvo que viajar a la capital y Nella decidió ver la empresa de cerca y ayudar en la ausencia de su marido. Confieso que no tiene muchas formaciones, pero conversa bien y sabe convencer a la gente como pocos.

—Enzo, ¿me ayudas hoy? —me pregunta en nuestro idioma natal.

—Sí, Nella. Haré lo posible. Primero necesito revisar el sector de grandes cuentas. Después subo.

Ella asiente. Nos detenemos en la puerta de la empresa, en la plaza reservada para la directiva. Subimos en el ascensor. Yo bajo dos pisos antes y dejo que Nella vaya sola a la directiva.

Saludo a Andrew y me siento en el escritorio que utilizo cuando estoy en la ciudad.

Abro el ordenador y, mientras la pantalla se inicia, miro hacia la entrada y los veo entrar juntos, de la mano.

—Di, ¿estás segura de que…?

—¡Buenos días! —lo interrumpo, llamando la atención de ambos, y Gaspar es el primero en soltarse de ella.

Sus ojos se crispan sobre mí una vez más, pero esta vez soy yo quien tiene derecho a enfurecerse. Esta mañana estaba dentro de

ella, haciéndola correrse, y ahora Diana está con otro. No con cualquier otro, sino con el tipo con el que debería haberse encontrado cuando la conocí.

—Buenos días, señor —me saluda Gaspar, totalmente ajeno a lo que ocurre—. Di…

—Necesito… ir al baño —declara, girándose en dirección contraria.

—¿Quieres ayuda? —pregunta él.

—No, Gasp —responde.

Él pasa junto a mí y se sienta en su mesa. Lo que me dan ganas es de ir tras ella y exigir explicaciones. Sin embargo, está claro que los dos están juntos. Mi *Bela Dona* también se acuesta con él.

Golpeo con fuerza el ratón contra la mesa y llamo la atención de los hombres aquí presentes.

—¿Está todo bien, señor? —me pregunta Andrew.

—Sí.

Pero no voy a conseguir quedarme cerca de ellos con la cabeza así. Por eso vuelvo a la directiva para ayudar a Nella. Necesito poner mis pensamientos en orden, y este no es el mejor lugar.

Llego al piso de arriba y voy a mi despacho de director, cerrando la puerta con fuerza. Tengo ganas de romper algo, pero no puedo golpear al ingenuo cornudo de Gaspar. Jamás disputaría a la mujer que quiero de esa manera. Sin embargo, la equivocada es ella. Diana nos está usando a los dos.

Toc, toc.

—Enzo —escucho la voz de Nella—. ¿Puedo entrar?

Qué momento para lidiar con mi cuñada. Me gustaría estar en cualquier otro lugar del mundo, y no aquí. Sin embargo, prometí

ayudarla, y eso haré. Me siento en la silla y echo la cabeza hacia atrás, intentando olvidar este problema que responde al nombre de Diana Soares.

—¿Enzo, estás ahí?

Me levanto y voy hasta la puerta, abriéndola para ella.

—¿Todo bien? —me pregunta, entrando en la sala.

—Mejorará, pero dime, ¿qué deseas?

Ella me extiende una bolsa.

—Tu teléfono. Hablé con la chica de recepción y encargó uno nuevo rapidísimo.

—Te lo agradezco. ¿Solo eso? —pregunto.

—No. ¿Recuerdas a aquella chica de la que te hablé que va a ser madre independiente?

Frunzo el ceño, intentando recordar. Hay tantos problemas dando vueltas en mi cabeza que tardo un poco en entender de qué habla.

—Sí, dime —le digo para que continúe.

—Trabaja aquí y vino a hablar con Fabrício. Probablemente para contarle lo del bebé.

Extraño. ¿Cómo así?

—¿Empleada de True Security? —indago.

—Eso mismo. Se llama Diana.

Empiezo a sentir un escalofrío por la espalda.

—¿Diana qué? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Ahora no recuerdo —responde, torciendo los labios—, pero está en recepción. Aún no me ha visto.

Apuro el paso hacia allí, sintiendo el corazón latir acelerado. La empresa es grande, otras Dianas trabajan aquí. No debe ser ella y…

—¡Hola, Diana! —la saluda Nella.

No lo puedo creer. Es ella. *Bela Dona*.

Veo el terror en sus ojos cuando me ve. Aun así, se pone de pie. Pero casi de inmediato se desmaya sobre el sofá.

—¡Dios del cielo! —exclama Nella.

La sostengo, preocupado, sintiéndola fría al tacto.

—Traigan algo con olor fuerte. Es normal que esto ocurra con las embarazadas.

Está embarazada. Todavía no puedo creer que esté llevando un hijo. Con toda seguridad es de ese cornudo. Diana va a tener un bebé con Gaspar y, a pesar de todo, no consigo sacarla de mi cabeza, ni mucho menos dejar de desearla.

—Enzo, déjame ayudar —mi cuñada se acerca, aplicando el aroma de un perfume fuerte.

Diana abre los ojos casi de inmediato, apartando el rostro del olor.

—¡Despertó! —celebra Nella.

Sale de mis brazos como si hubiera tocado un brasero encendido.

—Hola, señora…

—Ricci. No necesitamos formalidades. Me llamo Antonella, pero puedes llamarme Nella —la saluda enseguida.

—¿Te sientes mejor? Yo tuve muchos episodios así, pero ahora está pasando. Menos mal que Enzo te ayudó.

—Entonces, ¿estás embarazada, Diana? —no consigo evitar la pregunta. Necesito oír la verdad de su boca—. ¿Lo supiste hace

mucho tiempo? ¿El padre está contento?

Toda la rabia que siento se cuela en esas preguntas.

—Señor… —empieza ella.

—Creo que será mejor que conversen en el despacho de Brízio —advierte Nella—, tendrán más privacidad.

No necesito privacidad. Ella sí. Por eso hago lo que haría mi hermano y voy al despacho del CEO de la empresa. Nella nos deja a solas, yendo al mío.

—Doña Antonella no va a venir…

—No es necesario —respondo—. ¿Por qué no hablaste? Tuviste muchas oportunidades, pero…

—Señor Lorenzo, este bebé es mío…

—No fue hecho sola…

—Voy a ser madre independiente. Él o ella es solo mi responsabilidad.

—El padre no quiere asumir, ¿verdad? —lo digo sin rodeos—. Habla, Diana.

Ella no responde nada más y se levanta, dirigiéndose a la puerta.

—Mi parte ya la hice, señor Ricci. Informé a la empresa sobre mi condición. Tendré consultas médicas con más frecuencia y voy a tener a mi bebé sola.

—¿De cuántos meses estás? —pregunto, interrumpiéndola.

—Casi dos —afirma.

—¿Por qué no hablaste antes?

—Esperé mi momento. Es mi embarazo y mi hijo. Espero que lo haya entendido.

Sin decir nada más, sale de la sala y se va. Tomo un vaso que hay en el despacho y lo arrojo lejos, lleno de rabia.

Está embarazada, y es de otro.

Capítulo 26

Diana

¿Cómo se atreve a preguntarme quién es el padre de mi hijo? Si pensara solo un poco, sabría la verdad. Pero incluso es mejor que no piense. Si pudiera, presentaría mi renuncia hoy mismo, pero ahora tengo un bebé no planeado y ya amado que mantener.

Qué idiota fui. Lo preguntó a propósito. ¿Qué hombre quiere que su amante quede embarazada? Ninguno. ¿Pero hacía falta restregarme en la cara que el padre no quiere al hijo? Debería haber sido más fuerte y haberle arrojado la verdad a la cara, y luego contárselo a Nella, que es una persona demasiado buena para ser engañada por ese hombre.

Mi principal problema es que estoy enamorada de ese italiano, aun sabiendo que tiene otra mujer que también está embarazada de él. Dios. Dos hijos con meses de diferencia de nacimiento.

Qué horror. Cuando me vio, lo primero que quise fue cavar un agujero y meterme dentro. Pero tuve que enfrentarlo, así como a sus preguntas, que parecían más una acusación por un crimen que no cometí. Ahora lo sé. El único equivocado en todo esto es Lorenzo Ricci. Solo él.

***

—**Diana Soares** —escucho que llaman mi nombre para el examen.
—Vamos, Di —me llama Giovanna.

Hoy vamos a hacer la primera ecografía. Hace dos semanas conté de la peor manera posible a todos en la empresa que estoy

embarazada. Desde ese día, mi vida dio un vuelco total. Andrew empezó a tratarme como si hubiera contraído lepra, no como si fuera a tener un hijo. Algunas personas me felicitaron y me dieron regalos; otras enviaron mensajes; ya ciertas figuras me miraron con extrañeza o incluso con lástima.

Para empeorar todo, nada menos que Antonella Ricci, la señora Ricci, se autoproclamó mi nueva amiga. Cada vez que está en la empresa, pasa por aquí para verme. Ya me regaló algunas ropitas preciosas y no sé cómo actuar delante de ella en medio de todo lo que soy dentro de su cuento de hadas roto.

Menos mal que no tengo que lidiar con Lorenzo, que volvió a viajar. Por su expresión la última vez que nos encontramos, sé que tampoco le gustó saber que voy a tener un hijo. En resumen, todo es una locura y solo ahora consigo agradecerle a mi hermana, que tuvo la idea descabellada de la maternidad independiente.

La profesional me entrega un albornoz y me quito la ropa.

—¿Lista para ver a tu bebé? —me pregunta la médica cuando regreso.

Solo asiento con la cabeza, recostándome en la camilla. El examen comienza y la profesional va explicando lo que está viendo. Entonces, mis ojos se llenan de lágrimas de emoción cuando dice:

—Aquí está el feto de poco más de ocho semanas.

—Di, mira qué lindo es tu bebé.

Parece una mancha blanca en una pantalla oscura, pero es mi hijo el que está creciendo aquí. Toco mi vientre, que todavía es pequeño, pensando que, incluso estando sola en este camino, tengo a mi compañero o compañera de toda la vida. Por mi bebé, haré hasta lo imposible.

Capítulo 27

Lorenzo

Entro en el hotel de Nueva York y veo una gran afluencia de personas en la recepción por un curso de turismo. Hay gente de todas las nacionalidades aquí y el centro de atención es una hermosa morena que luce un precioso anillo de compromiso. Las demás mujeres se acercan como abejas a la miel para admirar la joya.

Matrimonio. Una palabra muy fuerte, que nunca me atreví a pensar para mí. Siempre me vi soltero y dispuesto a llevar a una mujer hermosa a la cama, pero después de probar a *Bela Dona*, no consigo acercarme a ninguna. Puede ser una miss, la reina de la sensualidad, cualquiera. No ser Diana ya es motivo suficiente para rechazar la propuesta. La quiero solo a ella y nada más.

Parece una locura, pero ni siquiera mi polla reacciona ante otras mujeres. Antes de conocerla, era fácil llevar a una o dos a mi suite y divertirnos hasta el amanecer. Ahora, mi deseo se reduce a una sola mujer y, aun estando embarazada de otro, no deja de ocupar mis pensamientos las veinticuatro horas del día. ¿Qué carajo me está pasando?

Por suerte, mañana regreso a Brasil. Las cosas aquí han sido tensas, pero conseguí todo de manera favorable para nosotros. Incluso logré un contacto con un empresario llamado Brian Hamilton Smith, dueño de una empresa de inmuebles de alto lujo. Hasta me hizo un descuento en una mansión por haberlo ayudado con un problema de seguridad en un software interno. De verdad estoy pensando en comprarla y no quedarme más en un hotel cuando venga aquí, pero no quisiera estar solo. Diana sería la mejor compañera de todas.

Me doy una ducha, me arreglo rápidamente y voy a un bar. Pido un vaso de whisky, porque el vino no será suficiente para que olvide un poco los problemas y esta cosa extraña que siento en el pecho.

—¿Problemas de amor? —me pregunta el bartender en inglés cuando pido la tercera copa.

Niego con la cabeza, con vehemencia.

—Es solo una *Bela Dona* que no sale de mi cabeza —confieso, apurando el tercer vaso.

Él se acerca con la botella y le pido que me sirva de nuevo.

—¿Quieres hablar de tu *Bela Dona*? —pregunta, pronunciando su nombre con mi acento italiano.

Vuelvo a negar con la cabeza, pero en menos de media hora empiezo a contarle toda nuestra historia. Incluso el momento en que la vi de la mano de aquel tipo y descubrí que está embarazada.

—¿Entonces tú tenías una reunión de negocios y ella, una cita a ciegas? —asiente él—. ¿La mujer no quería follar y aun así lograste que cambiara de idea?

—Sí. Pero estoy casi seguro de que el tipo que la embarazó fue el que debería haber ido a la cita. ¡Gaspar! —afirmo, furioso—. Esa mujer estaba conmigo y con él. ¿Puedes creerlo?

El bartender pasa un paño por la barra antes de continuar la conversación.

—¿De verdad crees eso? —pregunta—. Piénsalo. Si ella no quería hacerlo con nadie y se acostó contigo, ¿por qué iría tan rápido a los brazos de otro?

—No sé. ¿Quién sabe?

Suspira.

—Solo si te mintió desde el principio y era más experimentada de lo que te dijo…

—No lo era —afirmo, recordando—. Nunca vi a una mujer tan entregada y deseosa de placer.

—La otra opción es que estés enamorado de tu *Bela Dona* y no sepas cómo lidiar con tus celos.

¡Ja!

—Yo no me enamoro. Esas cosas no son para mí.

Él ríe mientras seca unos vasos.

—Estoy casado desde hace seis años y, desde que conocí a mi mujer, puede aparecer la más hermosa de todas que la rechazo. La que yo quiero es la madre de mis hijos. Incluso cuando discute conmigo, se queja de mis manías y de todas las otras cosas malas que trae un matrimonio… es a ella a quien regreso todas las noches.

Jamás lo diré en voz alta, pero no imagino cómo lo logró. Dio en el blanco. Solo hay una dueña de mis pensamientos y, aun así, me pregunto: «¿De verdad estoy enamorado de Diana?».

Se aleja para atender a otro cliente mientras yo tomo otra copa de whisky.

Unos minutos después, pido la cuenta; necesito reflexionar sobre todo esto. Dejo unos billetes en la barra y me levanto.

—Antes de que te vayas, quisiera hacerte una pregunta. ¿Ya pensaste que ese hijo podría ser tuyo?

Sonrío.

—Esta vez te equivocas. Siempre uso protección…

—Una de mis hijas llegó por un preservativo vencido. Tal vez no sea tu suerte.

—Pero…

Levanta las manos, deteniéndome.

—Solo piénsalo. Si tengo razón, vuelve aquí con ella para que pueda conocer a la famosa *Bela Dona*.

Asiento, agradecido, y regreso a mi habitación. Me quito el traje y me tumbo en la cama usando solo una ropa interior. Que llegue el mañana. Que vuelva a Brasil.

Capítulo 28

Diana

Ring. Ring.

Es tarde por la noche y el sonido llama mi atención. Abro los ojos y veo que es el teléfono de Giovanna. Mi hermana tiene el sueño más pesado de todas nosotras. Por eso, voy a ver su aparato.

Me pongo las pantuflas y camino hasta su cama. Veo el nombre de Kalel y contesto de inmediato.

—Giovanna. Es hoy —avisa, con la voz agitada—. Estamos en el hospital. Los niños van a nacer.

—Kalel, soy Diana. Voy a llamar a la familia. ¿En qué hospital están?

Me responde y, en pocos minutos, consigo despertar a todos.

Mi padre toma el coche de servicio de la mansión en la que vivimos y nos lleva a los cuatro al hospital. Cuando llegamos, encuentro al amigo de mi cuñado, que también es luchador, llamado Arthur, pero a quien todos llaman Art. Está con Mia, que casi duerme en sus brazos.

Sin embargo, apenas nos ve, despierta, viene a abrazarnos y nos quedamos entreteniéndola mientras esperamos que pase el tiempo. Después de más de dos horas de espera, escuchamos el grito de Kalel:

—¡Nacieron! ¡Son dos niños, joder!

Nos abraza y toma a Mia en brazos, que está más que feliz de tener a sus hermanitos.

—¿Vamos a ver a mamá y a tus hermanos, princesa? —le pregunta, y ella da saltitos en sus brazos.

Tras un tiempo, todos logramos ver a los niños, que se llamarán Miguel y Mauricio. Alessandra está radiante y Mia está pegada a ella, mientras uno de los bebés, que llevará el nombre de Miguel, descansa en sus brazos.

—Mau Mau es tan lindo —declara Giovanna, y las dos nos quedamos embobadas con el recién nacido que se llamará Mauricio.

—Me quedo pensando en cuándo nazca mi bebé. No son gemelos, pero ya estoy ansiosa.

—Dentro de algunos meses, ella o él estará aquí y todos volveremos a reunirnos para conocer a tu *baby*, hermana.

Trago saliva, intentando controlar la emoción. Si todo fuera diferente, el verdadero padre de mi hijo también estaría conmigo en este día. Sin embargo, sé que eso nunca va a suceder.

—¿Y toda esta gente aquí? —se queja una enfermera—. Pueden irse. La mamá necesita descansar y los bebés deben quedarse en las cunas.

Llevo al pequeño Mauricio a la cuna y todos dejamos a los cinco en familia.

—Te amo muchísimo, mi Audaz —declara él, besando a su prometida.

—Yo también, mi Aprendiz de Armario. Tú y nuestra hermosa familia.

Que sean muy felices.

***

Cuando estamos llegando a casa, empiezo a ver el sol naciendo en el horizonte. Pasamos la noche en vela, pero valió la pena para conocer a nuestros hermosos sobrinos.

Ayudo a mamá a preparar el desayuno. Ya no habrá tiempo para dormir y Gio y yo tenemos que trabajar. Me doy una ducha y me aplico crema hidratante —algo que mi hermana me enseñó a hacer—. Siento una especie de bolita dura en el vientre y llego a sonreír al pensar en cómo mi barriga va a crecer. También estoy ansiosa por el día en que nazca mi hijo o hija. Tenerlo en mis brazos, oír su llanto, sentir su aroma delicioso.

—Ya quiero conocerte muchísimo, bebé —digo tocando mi vientre, que todavía parece muy pequeño—. Te amo demasiado, mi amor.

Me arreglo, tomo un poco de café y voy a la empresa. Cuando llego, tengo que lidiar otra vez con Andrew, que evita acercarse a mí. ¡Qué rechazo me provoca ese hombre!

—Vamos a trabajar, Diana —murmuro para mí misma—, antes de que decidas agredir a un hombre hoy.

Empiezo a revisar las empresas que llegaron a mi correo electrónico, reenviadas por el tipo complicado que trabaja conmigo y evita hablar con la gente. Cuando estoy casi terminando la última, llega un mensaje sobre un bug en mi antivirus.

—Voy a tener que revisar mi programa.

—Diana, termina lo que te pasé y después arregla tu antivirus.

—Andrew, es muy rápido, ya vuelvo —respondo, abriéndolo.

—Diana…

—Solo un instante —insisto—. Listo.

Vuelvo a la pantalla de trabajo, pero puedo sentir su odio. No sé por qué me detesta de esa manera, pero tampoco voy a perder mi tiempo esforzándome para ser aceptada. Que él cambie su forma de pensar. Yo seguiré siendo la misma persona.

Cerca de la hora del almuerzo, aparece la señora Ricci, trayéndome a la memoria quién soy en toda esta situación: la amante de su marido, que es uno de los dueños de la empresa.

—Diana, mi linda.

—Hola, señora…

—Nada de señora. Llámame Nella. Soy un poco mayor que tú, pero tenemos un asunto muy importante en común. Hijos.

—Está bien, Nella —declaro, probando su apodo.

—Me encantó. Hablo tanto de ti con mi marido que nos está invitando a almorzar. Vamos en trío. Todo lo que las embarazadas pueden comer. ¿Aceptas?

¡Dios del cielo! Tengo tantos motivos para decir "No acepto", como por ejemplo:

• "No puedo ir, soy la amante de tu marido";

• "Ni hablar. ¿Sabes mi bebé? No vino de una inseminación artificial, sino del padre de tu hijo";

• "Lamentablemente no se puede, tuve un caso con el mismo hombre que te dejó embarazada".

Sin embargo, antes de que diga algo, su teléfono suena.

—Te llevo conmigo, *amore mio* —dice.

¿*Amore mio*?

Ella toma mi mochila y me quedo impedida de rechazar ese encuentro total y completamente equivocado. Dios sabe que no quiero encontrarme con su marido. Ver a Lorenzo, que ni siquiera sabía que había regresado, besando a su esposa y declarando amor, sabiendo que hace unas semanas estaba conmigo, es la peor de las pesadillas. Bien podría desmayarme ahora y huir. ¡No! Ni eso puedo.

Antonella Ricci sabe cómo hacerme volver en mí rapidísimo y me llevará al mismo lugar.

Pensándolo bien, aunque el 100 % de mí diga que no vaya, tengo que enfrentar esto.

Salimos de la empresa y entramos en un coche con chofer. La puerta se abre y soy la primera en entrar; después viene Antonella.

—Vamos adelante, él nos encontrará allí. Tuvo un pequeño problemita con el hermano, pero vendrá.

El coche empieza a andar y ella va hablando de los últimos exámenes que se hizo y de la fiesta que darán para revelar el sexo del bebé —a la que, por cierto, estoy invitada—. ¡Dios! Cómo quisiera estar tan natural como Antonella, pero ¿quién dijo que puedo? Hay demasiados secretos y ella quiere, de cualquier manera, acercarse a mí.

—¡Llegamos! —avisa, abriendo su puerta—. ¿Vienes, Di? ¿Puedo llamarte Di?

Asiento con la cabeza.

—Entonces, siempre vengo aquí con mi marido. Tienen unas carnes maravillosas. Como no podemos comer mariscos, este lugar es la mejor opción.

—Entiendo —respondo, entrando al lugar hermoso en el que estamos.

Es muy bonito; la iluminación da un toque acogedor al ambiente. Todo es de alta clase. Nella lleva un hermoso vestido floral que resalta su vientre. La única que desentona soy yo, con una camisa negra y unos vaqueros gastados —que están apretados en la cintura, ya que también estoy embarazada—.

—Señora Antonella, su lugar favorito está disponible —el *maître* nos guía hasta una mesa con una hermosa vista a un parque. Tiene asientos acolchados, como un sofá en forma circular.

Me siento de un lado y ella del otro. Pocos minutos después, traen el menú. En cuanto veo los precios, me llevo un susto.

—No te preocupes por los valores. Estamos invitadas; él pagará la cuenta. Come a gusto —me avisa sonriendo.

Entonces pido una carne con salsa madera que parece muy buena. Luego espero a que ella pida para la pareja. Dios. En unos minutos, Lorenzo va a entrar y sentarse frente a mí. Qué ganas de desaparecer y…

—*Amore mio* —escucho la voz masculina acercarse y besar a la esposa.

Sin embargo, contra todo lo que imaginaba, no es Lorenzo, sino el CEO de la empresa, Fabrício Ricci, su hermano mayor.

¿Pero cómo así, *amore mio*? ¿Ella no es la esposa de Lorenzo?

—Buenas tardes, Diana.

—Señor Ricci… —se me escapa un murmullo.

—No necesitas llamarlo así, Di. Si quieres, llámalo solo Fabrício…

—Sí —asiente él—. No hacen falta tantas formalidades. Yo mismo no las incentivo.

Asiento, intentando entender qué está pasando. Yo misma vi a Antonella y a Lorenzo juntos. ¿Será que tienen un matrimonio abierto o son lo que llaman un trío? Dios, me voy a volver loca ahora. ¿Quién será el padre de este niño? ¿Lorenzo o Fabrício?

—Diana, cuéntame más sobre ti. Nella me dijo que vas a ser madre independiente.

—Sí, yo… —pienso unos instantes qué decir—. ¿Puedo ir al baño un momento? —pregunto y me giro hacia Nella—. ¿Puedes acompañarme?

Ella asiente y me sigue al baño, que parece una suite de lujo. Hago mis necesidades y espero a que Antonella se acerque.

—Di, perdóname por Brízio —me pide mientras se lava las manos—. Está muy curioso por ti y por lo de ser madre soltera. Te voy a decir algo, pero por favor, no lo comentes. Él y Enzo juran que el padre de tu bebé no quiso asumir y que tú lo inventaste todo. —Se retoca el labial—. Estos dos Ricci…

Si supiera lo acertados que están… Pero necesito saber esta respuesta. La cuestión es cómo voy a conseguirla de ella.

—Ustedes son… bastante unidos, ¿no? —pregunto.

—Sí, todos crecimos juntos en Italia —revela—, pero desde temprano mi corazón tuvo dueño. Brízio y yo estábamos destinados a estar juntos.

Finjo lavarme el rostro para ganar tiempo.

—¿Y Lorenzo también? Forma parte de tu familia.

Ella me mira, extrañada.

—Claro. Dicen que cuñado no es pariente, pero yo veo a Lorenzo como el eslabón necesario de nuestra familia. Siempre está en mi casa.

¿Eslabón necesario?

¡Dios del cielo! Cuanto más pregunto, más dudas tengo. ¿Qué quiso decir? ¿Que los tres tienen relaciones fuera del matrimonio o que son una pareja de tres? Ya no puedo seguir siendo indirecta. Así que decido ser directa.

—Nella, tú… —miro a la rubia en el espejo— ¿tienes un matrimonio abierto?

—¿Abierto? —pregunta.

Ya está. Tendré que preguntar sin rodeos.

—No te molestes, pero tengo una duda en la cabeza que solo tú puedes aclararme.

Se gira hacia mí, apoyándose en el lavabo.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Di. Somos amigas.

Respiro hondo y digo:

—¿Tienes una relación de a tres con tu Fabrício y con Lorenzo, o algo así?

Se queda inmóvil, asimilando mis palabras; luego se muerde los labios, cierra los ojos y empieza a reír compulsivamente.

—Nella…

—*Aspetta un momento* —dice en italiano; entiendo que está pidiendo un momento.

Y sigue riendo sin parar.

—Señora Ricci —una empleada del restaurante abre la puerta—. Su marido pregunta si todo está bien.

—Sí. Ya vamos —se abanica el rostro y dice—: No, Diana. Enzo es el hermano de mi marido y nada más que eso. Nada distinto de eso, pero volvamos a la mesa.

Vaya. Un peso del tamaño del mundo se me quitó de encima, pero otro ocupó su lugar. Si él no está casado con Nella, ¿de qué bebé hablaba aquel día? Esa respuesta solo él podrá dármela.

Capítulo 29

Lorenzo

Llego a São Paulo con la cabeza aún más llena de dudas de lo que me fui. Antes, toda mi furia se concentraba en Gaspar y en el hijo que él no quiere asumir. Sin embargo, regreso preguntándome si ese niño puede ser mío.

Nunca pensé en tener un hijo en mi vida, pero con Diana… el asunto es muy diferente. Necesito encontrarla de inmediato. Por eso, voy directo a la empresa. Subo al piso de su sector, pero me informan que Antonella se la llevó a almorzar.

Suspiro con pesar. Aun así, también necesito obtener una información de una persona que está aquí. Llamo a Gaspar diciendo que necesito algo y le pido que me acompañe hasta la directiva.

Ya en mi despacho, le pido que se siente en mi silla. Él abre el acceso habilitado para su sector y revisa la máquina.

—¿Cuál es el problema, señor Ricci?

Resoplo, pensando qué inventar. Estudié toda esta parte de datos. Si fuera necesario, podría hacerlo solo. Sin ideas, voy directo al punto.

—Quiero que seas honesto conmigo y me respondas…

—¿Si tengo algo con Diana? —completa mi pregunta.

Gaspar me mira.

—¿Cómo lo supo? —pregunto.

Nunca le conté a nadie sobre mi relación con ella. Solo nosotros dos lo sabíamos. O acaso ella lo contó.

—Está escrito en el rostro de ambos. No sé qué pasó, sobre todo con la cuestión de que ella decidiera ser madre por maternidad

independiente.

—¿Todo eso lo supiste por quién? —pregunto.

—Por su hermana. Pero solo porque somos amigos y Giovanna intentó juntarnos como pareja. Lo que responde a su pregunta: nunca pasó nada entre nosotros.

Suelto un aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Entonces…

—Por lo que sé, solo usted está intentando conquistarla.

Me levanto de inmediato.

—Pero eso es extraño. Hace poco me acusó por mis secretos. ¿De qué hablaba? Yo no tengo secretos…

Lo veo rascarse la cabeza.

—En cuanto a eso, va a tener que hablar con ella. Dentro de poco debe volver. Si quiere, puedo pedirle que suba apenas llegue —propone—. Así ustedes arreglan sus asuntos y yo ya no tengo que lidiar con usted fulminándome con la mirada cuando estoy cerca de Diana.

Río al pensar cuánta verdad hay en sus palabras.

—Está bien. Pídale que suba cuando llegue. Mi hermano me va a matar si se entera, pero me arreglo con él después.

Gaspar asiente con la cabeza y se va.

***

Los minutos pasan. En mi mente resuena todo lo que escuché desde otra perspectiva de mi historia con *Bela Dona*. En verdad, ella no tiene nada con Gaspar. Fue el maldito celo —que jamás había sentido— lo que me hizo ver cosas donde no las había. Celos que solo me llevaron a una única verdad…

Toc, toc.

—Señor Ricci.

Que amo a mi *Bela Dona*.

Me levanto de la silla y voy a abrir la puerta, y con solo saber que está del otro lado, mi corazón late más rápido. Hace dos semanas que no la veo y la nostalgia que siento no cabe dentro de mí. Sé que es cursi, pero solo quiero a mi *Bela Dona*, y llego a sonreír cuando la veo abrir la puerta.

—Pasa, Diana.

Está recelosa, como la primera vez que nos encontramos y descubrió que yo no era la persona que buscaba. Pero ahora es distinto. Completamente inusual. Ya no somos aquella pareja que tuvo una aventura y lo mantuvo todo en apodos de *Bela Dona* y *Sr. Seductor*; ahora somos Diana y Lorenzo, y además está el hijo que ella espera.

—Gaspar me dijo que deseas hablar conmigo.

—Sí. Acabo de llegar de viaje y no conseguí dejar de pensar en ti ni un solo instante.

¿Para qué rodeos? Solo una mujer logró conquistarme y no quiero perder más tiempo luchando contra mí mismo. Hubo dudas, pero ahora sé que, sea lo que sea que pienses de mí, son solo ideas de tu cabeza.

—Lorenzo…

Le tomo la cintura, atrapándola contra mí.

—No digas que quieres alejarte o que necesitas irte lejos —absorbo su aroma delicioso que me excita—. No lo permitiré. Te quedarás cerca de mí y… —me acerco para tomar sus labios, pero ella se aparta, haciéndome suspirar.

—Necesito que me respondas algunas preguntas —argumenta, interponiendo la mesa entre nosotros.

Si está interesada en jugar a lobo y presa, acepto la invitación con gusto.

—Yo también tengo algunas. Si aceptas hacer lo mismo, aceptaré tu pedido, *Bela Dona*.

Para evitar interrupciones, cierro la puerta con llave y me la guardo.

—Por precaución —explico, guardándola.

Veo una sonrisa discreta en sus labios.

—Está bien. Yo respondo, pero empiezo preguntando. ¿De acuerdo? —indaga.

—¿Esa contó como una? —pregunto.

—¡No! —replica, haciéndome reír—. Lorenzo…

—Pregunta lo que quieras, *Bela Dona*. Soy un libro abierto en tus hermosos dedos.

Respira hondo y aprieta las uñas contra las manos antes de preguntar. Aprovecho para intentar acercarme, pero se me escapa entre los dedos.

—¿Vas a tener un hijo?

Me quedo helado al instante.

—¿Eso es una pregunta o una afirmación? —pregunto, confuso.

—Pregunta. Responde, por favor.

Tuerzo los labios antes de decir:

—Hasta donde sé, no. ¿De dónde sacaste esa historia?

—¿Esa es tu pregunta?

Tengo muchas más cosas que quiero saber, pero necesito una respuesta. Tal vez responda a mi duda principal. Así que asiento con la cabeza.

Diana se apoya en la mesa de un modo que me provoca ideas completamente libidinosas. Pensándolo ahora, sería perfecto follar con Diana sobre mi mesa de trabajo y…

—¿Puedes dejar de mirarme así? —se queja.

—Responde a mi pregunta, *Bela Dona*.

—Está bien —su mirada se desvía antes de continuar—. Te escuché hablar de un hijo en italiano aquel domingo por la mañana, cuando…

—¿Cuando follamos por primera vez? —pregunto, y ella solo asiente.

Intento recordar algo de antes de que se fuera y, en pocos instantes, recuerdo la conversación que tuve.

—¡Máximo!

—¿De qué estás hablando? —pregunta, confusa.

—Estaba conversando con mi amigo Máximo ese día.

—Dijiste "*bambino*". Pensé que era tu hijo. Luego entendí que no lo querías y que la madre había insistido en quedarse embarazada. Lorenzo, pasé dos meses pensando que ella era tu amante —aclara.

Ahora entiendo el motivo por el cual huía tanto de mí. Aun así, no consiguió resistirse a nuestro último encuentro. Qué locura la que vivimos por suposiciones equivocadas. Si no hubiera aclarado mis dudas, quizá nunca habríamos logrado entendernos. Habría innumerables preguntas sin respuesta.

Para zanjar esta situación de una vez por todas, tomo mi teléfono y llamo a Máximo.

—Dime, Lorenzo. ¿Qué quieres hablar?

—Máximo, dime en portugués lo que conversamos cuando supe del embarazo de Nella.

—¿Por qué quieres recordar una conversación de hace meses? ¿No tienes nada más que hacer? ¿Falta trabajo en su empresa?

—Deja de quejarte y respóndeme en portugués —protesto.

—Está bien —suspira y comienza a hablar en su idioma—. Que yo recuerde, te llamé para hablar del hijo de tu hermano y de que la familia aquí en Italia ya lo sabía todo. Dijiste que te parecía precipitado y que no pretendías tener hijos nunca en tu vida. ¿Listo? ¿Resuelto? Ya sabes que tengo otras cosas que hacer.

Asiento y cuelgo, pero lo que veo en su rostro llega a asustarme.

—Entonces, tú no… —su mirada se aparta de la mía— quieres tener hijos. ¿Fue por eso que llamaste a tu amigo? ¿Para decirme eso?

—¡No! —respondo, apresurado, preocupado por el rumbo de esta conversación.

—Sabes que estoy embarazada. Ese bebé no va a desaparecer, y mucho menos voy a deshacerme de él aunque tú quieras y…

—Nada de eso, *Bela Dona* —afirmo, callándola—. Jamás te pediría algo así.

—Lorenzo, este hijo es tuyo —declara, limpiándose las lágrimas del rostro.

Me quedo paralizado ante sus palabras. Imaginar que podía ser mío era una cosa; ahora, saber que…

—No iba a decírtelo porque supe desde aquel día que no querías ser padre, pero ahora mismo tu amigo confirmó que nunca fue tu deseo —argumenta, sollozando—. Sin embargo, no necesitas preocuparte: asumiré sola a mi hijo. Mi familia ya sabe que voy a ser madre independiente, pero decidí decírtelo de una vez y…

—¡Basta!

—Me hice los exámenes y…

—Diana, guarda silencio —exijo—. Necesito unos minutos para asimilar lo que me dices.

Entonces, tal como aquel bartender me había dicho, este hijo es realmente mío. No de un desconocido en un banco de semen congelado ni de Gaspar, sino el fruto de aquella noche en la que me enamoré perdidamente de ella.

No sé cómo ocurrió, pero parece que el destino me está uniendo un poco más a mi *Bela Dona*. Sé que, si hubiera sido planeado, jamás habría sucedido de la forma en que ocurrió. Incluso habiéndola encontrado en una situación inusual y fuera de todos los parámetros, es más que apasionante.

Capítulo 30

Diana

«Que no pretende tener hijos nunca en su vida».

Esas palabras me atravesaron el corazón como un puñal al rojo vivo. Saber que son verdaderas duele aún más. Aunque seamos opuestos y de universos distintos, podríamos intentar. Pero con un bebé… jamás tendré la certeza absoluta de que realmente lo va a amar o incluso de que quiera a su propio hijo.

Maldición. No debería haber dicho la verdad. Ni siquiera mi familia sabe todo. Mis hermanas tienen más información, pero no imaginan que el verdadero padre de mi hijo es uno de los dueños de la empresa en la que trabajo.

Me equivoqué al hablar. Lo mejor habría sido que nunca supiera de la paternidad de este niño. Lorenzo está claramente impactado por lo que dije y, al haberme pedido silencio, creo que su respuesta es evidente.

Me giro hacia la puerta, pero entonces recuerdo que la llave la tiene él.

—Lorenzo…

—Voy a asumir a nuestro hijo, Diana —afirma, mirándome a los ojos—. Ninguno de los dos planeó este bebé, pero voy a ser el mejor padre del mundo para él o para ella.

Trago saliva ante la intensidad de su mirada. Quiero creerle, pero un treinta por ciento de mí presiente que no todo es tan bonito y feliz.

—Yo… —cierro los ojos—. No quiero que prometas lo que no pretendes cumplir. No tengo intención de pedirte manutención ni…

—¿Quién está hablando de manutención, Diana? —se levanta, pasando los dedos por mi rostro—. Quiero que seamos nosotros. Tú, yo, nuestro hijo en mi casa, y nada más.

Siento su contacto y me esfuerzo por creer, pero aún hay un veinte por ciento que me recuerda que debo ser racional. Sin embargo, su mano en mi cintura, sujetándome contra él, dificulta bastante mi razonamiento.

—*Bela Dona*, dime que aceptas —su voz seductora aparece junto a mi oído y prende fuego a todo mi cuerpo.

—Enzo… —mi voz sale ronca.

¿Qué hacer, si el cien por ciento de mí ya sucumbió a su seducción, dejándome completamente enamorada de Lorenzo Ricci?

—Prométele a tu Enzo que serás solo mía, Diana —me pide, mordisqueando delicadamente mi oreja.

Abro los ojos y miro su rostro, tan hermoso que parece irreal. Cómo quisiera que fuera de verdad «mi Enzo».

Por eso me suelto de sus brazos, creando distancia.

—No vamos a lograr entendernos solo con sexo, Lorenzo —declaro.

—Pensé que ya nos habíamos entendido, *Bela Dona* —afirma con esa sonrisa seductora que siempre me enloquece—. Te vas a venir a vivir conmigo, vamos a follar casi todos los días y a criar a nuestro hijo. Perfecto, ¿no?

Suspiro.

—No va a ser tan fácil —argumento.

—Lo sé. Tú nunca te permites un "sí" simple. Siempre estás dudando y planeando demasiado…

—Lorenzo…

—Enzo —me corrige.

—Está bien. Enzo. No va a ser tan bonito como piensas. Todavía tengo dos meses…

—Y sigues deliciosa —me interrumpe.

—¡Déjame hablar! —protesto, y Lorenzo levanta las manos en señal de rendición—. Voy a engordar, a sentir náuseas, mi barriga va a crecer más y…

—Sé lo que es una mujer embarazada, *Bela Dona* —afirma —. Sin embargo, es la primera en la que fui yo quien engendró al niño.

Busco extrañeza o desagrado en sus palabras, pero no encuentro nada. Ni alegría ni miedo. Solo se muestra como si fuera algo cotidiano y común. Nada de lo que veo se parece a un hombre que acaba de descubrir que va a ser padre.

Recuerdo la alegría estampada en el rostro de Kalel cuando supo de los gemelos de Alessandra, y nada se asemeja a Lorenzo. Ni siquiera parece haber entendido que el hijo que está creciendo dentro de mí es suyo.

Toc, toc.

—Enzo, necesito hablar contigo —se oye la voz del señor Fabrício del otro lado de la puerta.

—¡Ya voy! —responde él, alzando la voz—. Diana, nuestra conversación aún no ha terminado. Quiero llevarte hoy mismo para que resolvamos todo.

—Lorenzo, yo…

Toc, toc.

—¡Enzo! ¿Con quién estás ahí dentro?

—¡Mierda! Necesito terminar con esto hoy —argumenta—. Dime que me vas a esperar, *Bela Dona*.

Está apremiado por la presión del hermano al otro lado de la puerta, así que solo asiento con la cabeza. Sus dedos tocan mi nuca

y su boca toma la mía con deseo. Siento que me derrito, con mi cuerpo pegado al suyo.

Toc, toc.

—¡Enzo! —el dueño de la empresa golpea la puerta, interrumpiéndonos.

—Quisiera mucho más que este beso, pero aún tendremos bastante tiempo para eso, *Bela Dona*. Ahora necesitas irte.

—Pero…

—No te preocupes por Fabrício. Yo mismo hablaré con él.

Su mano aprieta mi cintura y vuelve a tomar mis labios una vez más.

—¿Qué demonios estás haciendo? —reclama su hermano—. ¡En el ambiente de trabajo!

—Puedes irte, Diana —dice con cariño. De ese modo, salgo de la sala—. Entra, Brízio.

Miro hacia atrás y solo veo la puerta cerrándose tras sus palabras. Ni siquiera sé qué esperar de la conversación entre esos dos.

Capítulo 31

Lorenzo

—¡No puedo creer que hayas hecho esto, Lorenzo! —se queja mi hermano—. Te dije que no te involucraras con las empleadas de True Security, ¿pero decidir tener un affaire con una embarazada de aquí? ¡Esta vez te superaste, Lorenzo!

Dejo que se queje como imaginé que lo haría.

—Ya te he visto con más de dos mujeres en la misma noche. Algunas modelos, actrices, influencers, ¿pero con una gestante? Eso es demasiado incluso para ti.

Fabrício está rojo como un tomate de los nervios.

—Ella va a tener un hijo y tú solo quieres follar. ¿Ya pensaste en lo que va a pasar cuando te canses de ella? Diana va a renunciar al darse cuenta de que te aprovechaste de su momento de fragilidad.

Se pasa las manos por el cabello.

—¿No piensas en las consecuencias de tus actos?

Mi hermano deja de quejarse por unos instantes.

—¿Vas a dejarme hablar ahora? —pregunto.

Aparece una sonrisa irónica en sus labios.

—Nada de lo que me digas te va a proteger de la furia de tu cuñada. A ella le encanta Diana y, cuando descubra lo que estás haciendo con esa mujer…

Sabía que iba a ser complicado.

—El bebé que espera Diana es un Ricci —declaro.

Se apoya en la pared y frunce el ceño, desconcertado.

—¿Cómo que un Ricci? ¿Qué primo nuestro que…?

—¡Es mi hijo, carajo! —afirmo, sintiendo celos solo de pensar que otro hombre realmente tocó a mi Diana—. La embaracé sin saber que era nuestra empleada. ¿Satisfecho ahora?

—¡La puta madre! —exclama, totalmente impactado por lo que digo—. ¿Y hablas con toda esa tranquilidad? ¿Como si fuera algo tan simple como decidir qué plato vas a pedir en un restaurante? ¿Si quieres pescado o pollo? —ironiza, imitándome—. Prefiero pescado y de regalo voy a tener un hijo dentro de algunos meses. —Luego me señala con el dedo—. ¿Tienes idea de lo que te espera? Ahora entiendo la expresión de Diana cuando salió de aquí.

—¿Qué viste en ella? —pregunto, confundido.

—Tú no quieres al niño, ¿verdad? —Su pregunta me sorprende.

—Claro que lo quiero —afirmo—. No lo planeé, pero la quiero a ella y a nuestro hijo.

—Con ese entusiasmo, no parece que lo quieras de verdad, hermano.

—Yo… —cierro los ojos e intento imaginar cómo sería mi vida con Diana y el bebé. Imagino nuestro apartamento y… ¡mierda! Aún no parece una buena ecuación.

—Enzo, es mejor que pienses bien antes de embarcarte en una realidad como esa —me observa—. Nella me está volviendo loco más de lo habitual y Diana no será diferente. Primero, confirma que ese hijo es tuyo…

—Estoy seguro de que lo es —afirmo—. Pero…

—Te aconsejo que no la veas hoy —declara—. Acabas de llegar de horas de viaje, descubriste que vas a ser padre y…

Asiento con la cabeza.

—Lo entendí.

—Si realmente quieres intentar algo con Diana, tienes que entender que deberás demostrar algo más que deseo sexual. Ella va a necesitar mucho más a un compañero para todas las horas que a un amante.

Cierro los ojos y pienso por un instante.

—Me enamoré de esa mujer —confieso—. Nunca imaginé que eso me pasaría y ahora… —respiro hondo y me vuelvo hacia Brízio— la quiero en mi vida para siempre. A ella y a nuestro hijo.

Él arquea las cejas.

—¿Ves cómo ocurren los imposibles? —bromea, y termino riendo en acuerdo—. Diana es muy hermosa, pero va a necesitar protección contra el mar de mujeres que te quieren soltero.

Por increíble que parezca, es una verdad absoluta.

***

El final del día llega y pido que un chofer la lleve a casa, dejando el aviso de que tuve un problema que resolver. Ella ni siquiera lo cuestiona.

Sin embargo, la tarde que pasé en mi despacho fue positiva para organizar mis ideas. Mi hermano tiene razón: estoy pensando en mi hijo como si fuera algo muy simple de catalogar, pero va a cambiar por completo todo mi plan de vida.

Creí que nunca tendría una familia que no fuera la de mi hermano, y ahora no consigo sacarme de la cabeza otro asunto que no sea Diana, el niño y nuestro futuro juntos.

Sigo camino a casa y lo primero que hago es pedir que vayamos a un centro comercial. Camino por los pasillos, perdido en mis pensamientos sobre lo que voy a necesitar hacer para convertirme en el hombre que ella necesita. Diana necesita de todo y quiero ser ese todo. Tendré que cambiar un poco mis actividades.

¿Te imaginas si el bebé nace y yo estoy viajando? De ninguna manera. También voy a…

—¡Eso, Lorenzo! —escucho que dicen mi nombre y me detengo de inmediato, intentando descubrir de dónde viene.

La voz se repite y veo a un hombre con un niño pequeño en un área infantil. El pequeño apenas se mantiene en pie de lo joven que es, pero quien parece ser el padre lo anima a patear la pelota hacia el arco.

—¡Otro gol de Lorenzo! —bromea, apretando al niño entre sus brazos.

De manera involuntaria, sonrío y me acerco para observar la dinámica de ambos. Jamás imaginé contemplar algo así, pero parece que estoy empezando a entender.

—Marcos, no muevas a Enzo porque acaba de mamar —aparece la que parece ser la madre detrás de la reja.

—Está bien, amor. Nada de sacudir demasiado al pequeño Enzo, que será el futuro goleador de la selección —dice, levantando al niño en brazos—. ¿Verdad, hijo? Pero primero vamos a tener que cambiarte el pañal. No se puede estar así; las niñas no te van a querer oliendo de ese modo.

El hombre sale con el niño, toma un bolso junto a su esposa y se lleva al pequeño.

Ahora empiezo a comprender qué es lo diferente que va a suceder en mi vida. *Bela Dona*, yo y todos los pros y contras de tener un hijo. Parece una locura y solo ahora comienzo a entender que todos mis planes fueron alterados. Si antes ya pensaba en asumir una relación seria con Diana, ahora la situación es otra. Quiero todo lo que la vida pueda traerme con ella y, si tengo suerte, será para siempre.

Capítulo 32

Diana

No vino. Me pidió tanto que lo esperara y puso el trabajo como excusa, dejándome sola con su chofer. Estuve a punto de decir que tenía cómo volver con Gaspar, pero sería como provocar al lobo con una vara corta.

Hablando de eso, Gasp me contó que Enzo lo acorraló y le preguntó si teníamos algo. Llegué a reírme cuando lo supe. En realidad, el único interés romántico de mi amigo es la rubia de la recepción de la directiva.

Algo que ocurrió y que me llamó la atención fue el comportamiento de la mujer. Antes era bastante amable conmigo y siempre me ayudaba en todo lo que le pedía; cuando me vio con Lorenzo, cambió de la noche a la mañana.

Lo noté hoy: cuando intenté hablar con él, ella misma argumentó que había recibido órdenes de no permitir la entrada de nadie. Y mucho menos la mía. ¿Será que fue uno de los affaires de Lorenzo? Con la atención que despierta por donde pasa, no me parece difícil que haya ocurrido.

Sin embargo, lo que me pregunto es el motivo por el cual prometió que quería hablar conmigo… y ahora me despacha así. ¿Será siempre así? ¿Cada vez que yo necesite hablar, cerrará la puerta y no me atenderá?

Tonta. Tonta. Tonta.

Tal vez ahora su hermano lo mandó al otro lado del mundo solo para evitarme. Pero si es así, creo que no será tan malo, ya que de todos modos yo quería criar a mi bebé sola. Aun así, me pregunto por qué duele tanto saber que Lorenzo no tiene ni un mínimo de interés en su propio hijo.

—Di, ¿estás llorando? —me pregunta Giovanna mientras intento hacer un código en el ordenador de nuestro cuarto.

Ni siquiera sé por qué intenté empezar ahora. Estoy tan sensible, y estar embarazada tampoco ayuda.

Ella gira mi silla, alejándome de la pantalla, y más lágrimas caen.

—¿Qué pasó…?

Antes de que termine la pregunta, me lanzo a sus brazos, dejando que el llanto se desborde. Llevo días haciéndome la fuerte, pero hoy no pude. Besar a Lorenzo y ver la falta de sentimientos reflejada en su rostro es el peor de los escenarios.

—Ay, Di. Así me preocupo. ¿Está todo bien contigo y con el bebé?

Cuando logro controlarme, solo asiento con la cabeza. La verdad es que ya pasó el momento de que Giovanna sepa quién es el padre de mi hijo. Incluso me gustaría que Alê estuviera aquí, pero con los gemelos que nacieron hace poco, cada vez se le hace más difícil salir. Mamá es quien se queda allá, ayudándolos.

—No te conté algo sobre el padre de mi hijo.

—¿El adúltero que va a tener un hijo con otra?

Niego con la cabeza.

—No es adúltero. Yo entendí todo mal. El padre de mi hijo es uno de los dueños de la empresa en la que trabajo —declaro, emocionada—. Se llama Lorenzo Ricci y…

—Entonces es una buena noticia, Di —celebra Gio—. Si es soltero, ustedes pueden…

—Lorenzo nunca quiso tener hijos en su vida —afirmo, dejando que las lágrimas sigan cayendo—. Estoy embarazada de él y, aunque diga que le gusto, sé que no quiere ser padre, Gio.

Entonces lloro otra vez, dejando que mi tristeza salga.

—Tranquila, hermanita. Las cosas se van a resolver. Confía, al final todo va a salir bien.

Confieso que no veo luz al final del túnel. Solo me enamoré de un seductor italiano que jamás va a lograr corresponder de la misma manera al sentimiento que tengo.

***

Despierto a la mañana siguiente con el rostro hinchado de tanto llorar. Menos mal que mamá no está aquí; de lo contrario, ya me habría interrogado de mil maneras sobre por qué estoy así. Giovanna me ayuda en la cocina y, al poco tiempo, salimos rumbo al trabajo.

Cuando llego, estoy tan abstraída que tardo en escuchar a alguien llamándome a lo lejos. Me giro en esa dirección y veo que es Lorenzo, irradiando toda su seducción. Cómo quisiera que fuera mío y que pudiéramos ser una familia, pero a cada instante que pasa me doy cuenta de que es mejor estar sola contando con el apoyo de los míos.

—Te estaba llamando —se queja. Luego frunce el ceño y pregunta—. ¿Qué pasó? ¿Tú y el niño están bien?

El niño. Por primera vez logro ver preocupación en sus ojos. No hablamos desde ayer por la tarde, pero algo es distinto en él. ¿O serán solo mis cien por ciento enamorada ganas de convencerme de eso?

—Todo está bien, solo… —no puedo decirle que pasé la noche llorando por él.

—El día amaneció frío, Diana. Es mejor que entres.

Lorenzo coloca la mano en mi cintura, guiándome hacia adentro, y en cuanto cruzo la puerta percibo las miradas sobre nosotros. Los hombres muestran extrañeza y las mujeres, asombro e incluso envidia.

Todo empeora cuando su mano toca mi cintura de un modo posesivo, dejando claro para todos que lo que ven no es solo amistad, sino algo más y… no sé cómo reaccionar ante eso.

Soy consciente de que su hermano descubrió lo nuestro ayer, pero ¿cómo puede este hombre evitarme toda la noche y hoy reaparecer como un caballero galante, como si todo estuviera bien y…? Ya basta.

—Lorenzo, suéltame, por favor —le pido.

Tarda en atender mi pedido, pero lo hace en el instante en que se abren las puertas del ascensor. Aprieto los ojos, intentando no llorar otra vez de rabia. ¿Cómo logra ser tan insensible y tratarme como si nada hubiera pasado? Ayer su hermano nos sorprendió besándonos porque Lorenzo le abrió la puerta. Después de haber dicho que quería hablar conmigo, desistió de todo y ni siquiera me llamó para saber si llegué a casa.

—*Bela Dona*…

—Déjame en paz, Lorenzo —le pido y, sin querer, se me escapa una lágrima.

¡Mierda! No era para estar llorando delante de él. Malditas hormonas.

—¿Qué pasó para que estés llorando, *Bela Dona*?

Sin responder, me encierro en el otro extremo del ascensor, deseando que los pisos pasen rápido. Lamentablemente, no logro expresar con palabras lo que siento. Es una locura esto de amar. Yo lo amo, pero también lo quiero lejos. Mi corazón es suyo, pero también pertenece a nuestro bebé, que sé que él no desea.

—Diana…

Plim.

De inmediato, la puerta se abre en mi piso y Lorenzo me sigue.

—Necesito hablar contigo.

—Déjame trabajar. Tengo que mantener mi empleo —afirmo, sentándome en mi escritorio.

Él se inclina sobre la mesa.

—Hoy, a la hora del almuerzo. Vamos a almorzar juntos, *Bela Dona*…

—¿Para que desistas a última hora y me dejes sola otra vez como hiciste ayer?

Las palabras se me escapan como el agua de una represa. Sé que debería haber filtrado, pero no pude. Percibo que Lorenzo se sorprende por lo que digo, pero no replica.

Se aparta de la mesa, respira hondo y vuelve a inclinarse sobre ella.

—Eso no va a volver a pasar, *Bela Dona*…

—No prometas lo que no vas a cumplir, Lorenzo…

—No soy de hacer promesas vacías…

—Entonces, ¿por qué no apareciste ayer? —pregunto, sin paciencia.

—Necesitaba…

En ese mismo instante entra Andrew por la puerta y se va a su lugar. Como se acabó nuestra privacidad, Lorenzo me dice en voz baja que volverá más tarde y que debo esperarlo.

No confirmo ni niego nada. Simplemente regreso a mi trabajo, sin crear expectativas. Es mejor concentrarme en mis códigos, porque ellos sí pueden darme alguna certeza.

Capítulo 33

Lorenzo

Era justo lo único que faltaba para complicar un poco más mi historia con Diana. Ella no confía en mí. La culpa de todo esto es exclusivamente mía.

Mi principal dilema es cómo voy a solucionar el problema. Nunca me imaginé deseando a una sola mujer, pero mi situación es aún peor, porque no solo me enamoré de *Bela Dona*, sino que además la dejé embarazada.

Necesito ayuda, y el único que puede ayudarme en una situación como esta es mi hermano. Por eso lo llamo, alegando que tengo un asunto importante que tratar. En pocos minutos, me pide que vaya a su despacho.

Entro nervioso y lo encuentro solo, ocupado con sus asuntos. Con solo verlo así, recuerdo cuando la situación era al revés… cuando él me buscaba para conquistar a Antonella y yo le daba trucos de seducción.

Ahora necesito que sea él quien me diga cómo voy a arreglar las cosas con mi *Bela Dona*.

—Esa cara de nervios tiene que ver con Diana, ¿verdad? —pregunta.

Asiento con la cabeza, le explico lo que pasó y le pido que me diga cómo solucionarlo y cómo lograr que confíe en mí.

Cuando termino de hablar, mi hermano mueve la cabeza de un lado a otro, riéndose.

—Como casi-novio, solo sirves para el sexo y nada más, hermano.

—¡Joder, Fabrício! —maldigo, furioso.

—Las mujeres son emotivas y una embarazada lo es aún más. ¿Por qué prometiste llevarla a casa anoche y la dejaste sola con tu chofer? —me cuestiona.

—Tú dijiste que necesitaba aclarar mis ideas…

—Lorenzo, no te oí decir que le habías prometido algo. Diana te cuenta que está esperando un hijo tuyo, descubre por medio de Mássimo que no querías ser padre y, después, no cumples una promesa de llevarla a casa… ¿Qué mujer confiaría en un hombre así, Enzo? —me pregunta mi hermano.

Echo la cabeza hacia atrás, comprendiendo la magnitud de la cagada que hice.

—¡Carajo!

—Que te perdone no va a ser tan difícil —mis ojos se vuelven hacia él, que parece esperanzado—. Pero no creas que solo por mirarte a los ojos va a creer que tus palabras son sinceras. Apostaría la mano en el fuego a que te va a poner a prueba, como todas las mujeres.

—¡La puta madre! —reniego.

—Hermano, eres un seductor mujeriego, nunca quisiste tener una relación seria con nadie. Si fuera al revés, ¿confiarías en ti mismo? Ponte en el lugar de Diana y reflexiona sobre lo que te dije.

Entonces su teléfono suena. Pocos minutos después, mi hermano se va a la sala de reuniones, dejándome solo con mis pensamientos. Tengo un viaje en algunos días, pero no consigo concentrarme en otra cosa que no seamos nosotros dos… digo, tres.

Un hecho es que siempre afirmé que tener descendencia no era algo para mí. No por algún problema familiar, simplemente pensé que no habría un "yo" en ese papel. Niños, pañales, ruido… eso nunca me atrajo. Por eso no fui la persona que saltó de alegría cuando supe del heredero de mi hermano.

Sin embargo, cuanto más me repito que Diana está embarazada de mi hijo, concebido sin que ninguno de los dos lo planeara, un sentimiento nuevo crece dentro de mí. Aún no sé cómo llamarlo y no considero que sea necesario. Pero mi mayor deseo es que ambos se queden conmigo.

***

—Con toda certeza, estaré ahí la próxima semana —afirmo, dando por terminada la llamada que hice a Madrid.

Tuve que acortar la conversación lo máximo posible, pero lo conseguí.

Ahora faltan diez minutos para la hora del almuerzo y no tengo margen para retrasarme. Tomo el teléfono, la cartera y las llaves del coche. Camino apurado hacia el ascensor, pero la puerta se cierra a segundos de que logre alcanzarla.

—¡Mierda! —exclamo.

Me doy cuenta de que no dará tiempo a esperar el regreso, así que bajo por las escaleras, ya que son solo dos pisos.

Desciendo saltando los escalones y, cuando llego, encuentro a Diana esperando el ascensor. Seguramente se iría pensando que, una vez más, la dejé plantada, lo cual no va a suceder.

—¿Llegué a tiempo? —pregunto junto a su oído.

Ella cierra los ojos y respira hondo.

—No necesitamos salir juntos…

—Yo quiero —afirmo—. Necesito enmendarme contigo y demostrarte que no soy como te estás imaginando, *Bela Dona*.

Diana se vuelve hacia mí.

—Lorenzo…

En ese mismo instante, el ascensor se abre y la guío hacia adentro. Marco el piso del garaje. A regañadientes, acepta acompañarme. Abro la puerta para que entre y seguimos el trayecto en completo silencio.

El tiempo hasta llegar al restaurante se va agotando y, mientras tanto, recuerdo los consejos de mi hermano: ser más paciente, consejero, protector. ¡Maldita sea! Va a ser complicado acordarme de todo. Sobre todo cuando mi mayor deseo es ignorar este almuerzo, llevarla a una habitación, besar su boca, declararle lo que siento por ella y hacerla sentirse amada entre mis brazos.

Capítulo 34

Diana

Podría jurar que no iba a aparecer. En realidad, solo un 0,1 % de mí todavía creía en sus palabras de esta mañana. Sin embargo, Lorenzo apareció, sorprendiéndome. El problema es que, aun amándolo, no consigo confiar en él.

Puede ser hermoso y perfecto de muchas maneras, pero no creo que, cuando más lo necesite, esté a mi lado. Cuando tenga antojos, esté de mal humor, durante el parto del bebé… ¿quién me tomará de la mano cuando esté trayendo a este hijo al mundo?

Estar embarazada me vuelve más loca de lo que podría imaginar. Si hubiera sido solo una noche de sexo sin compromisos, seguramente no me sentiría así. Sin embargo, vamos a tener un hijo, y es pensando en él o en ella que acepto acompañarlo. Dependiendo de lo que me diga, terminaré de una vez por todas con esta locura y me alejaré definitivamente de Lorenzo Ricci.

Conduce el coche en silencio y yo permanezco callada, pensando en cómo será mi vida siendo madre. Aunque no quiera ser padre, creo que va a querer que el bebé lleve su apellido. ¿Cómo voy a explicarles eso a mis padres? ¿Por qué Lorenzo querría asumir un hijo que, "teóricamente", es de un banco de semen?

Mis problemas no se acaban y ni siquiera imagino qué haré. Pongo la mano sobre mi vientre, intentando proteger a mi hijo de todo lo que vendrá.

—¿Te sientes bien, Diana? —me pregunta, apartando por un instante la atención del camino.

Asiento y me giro hacia la ventana. No vuelve a preguntar nada hasta que llegamos a un lugar fino y elegante.

Un aparcacoches me abre la puerta y, rápidamente, Lorenzo aparece a mi lado y me conduce hacia el interior. Es un restaurante chic y, otra vez, no estoy vestida de manera adecuada para entrar allí.

Me siento incómoda cuando nos detenemos en la recepción frente a una pelirroja de curvas perfectas.

—Hola, señor Ricci —lo saluda sin mirarme ni una sola vez—. Tiene una mesa maravillosa esperándolo.

—¿Sería para dos? Mi novia y yo vamos a almorzar.

¿Novia?

¿Desde cuándo estoy en una relación con Lorenzo? No fui la única sorprendida por sus palabras: la mujer frente a mí palidece y, por primera vez, me mira, intentando entender qué hago a su lado.

—¿Natasha? —él llama la atención de la chica.

—S-sí —responde, tartamudeando—, hay una mesa para dos.

Avanza delante de nosotros, algo torpe en sus pasos y observándonos juntos. Intento soltarme de la mano de Lorenzo, pero solo se separa para acercar la silla y ayudarme a sentar.

—Una cita en un restaurante. Esto resulta familiar, *Bela Dona* —comenta, pícaro, acomodándose frente a mí.

—¿Cómo olvidarlo? —respondo, evadiendo el tema, mientras recibo el menú del camarero.

Hacemos nuestro pedido y, cuando volvemos a estar a solas, llama mi atención:

—Necesito que me perdones por ayer, Diana —empieza, sorprendiéndome—. No debí ignorar mi promesa contigo y…

—¿A dónde quieres llegar con esto? —pregunto, interrumpiéndolo.

Lorenzo estira la mano sobre la mesa, toma la mía y la besa lentamente, mirándome a los ojos y haciendo que todo mi cuerpo se encienda.

—Quiero ser un hombre mejor para ti. Digo, para ustedes…

—Lorenzo…

—Sé que empezamos mal, pero necesito una oportunidad. Vamos a tener un hijo y…

¡Plaf!

La camarera que traía la bandeja con nuestros platos deja caer todo al suelo, interrumpiendo por completo nuestra conversación.

—Señor Ricci, no se preocupe, ya volveremos a traer su pedido —nos avisa la chica de la recepción.

Él asiente, pero no puedo evitar notar que todo este revuelo tiene que ver con el hecho de que Lorenzo haya venido acompañado.

—Diana —me llama.

—Sí.

—¿Quieres casarte conmigo?

Frunzo el ceño, sin poder creer lo que acabo de oír. ¿Será que…? No. Debe ser una locura de mi cabeza.

—¿Qué me preguntaste? —inquiero, casi gritando.

Por lo que entiendo, quiere una oportunidad para nosotros, pero ¿qué tiene eso que ver con el matrimonio? Ni siquiera nos conocemos y… ¿qué está pasando por la cabeza de este hombre?

—Yo sé que…

—¡No! —respondo de una sola vez.

Lorenzo frunce el ceño, sin creer lo que acabo de decir.

—Tú dijiste que…

Respiro hondo y respondo:

—No quiero casarme contigo, Lorenzo —aclaro—. Estar embarazada no significa que vayamos a funcionar como pareja. Esto es demasiado precipitado. Ni siquiera parece que seas tú…

—Confieso que no esperaba esa respuesta —declara, dejando la servilleta sobre la mesa—. Pensé que esa sería la manera más clara de que confiaras en mí, Diana.

Cierro los ojos y levanto la cabeza.

—Necesitas entender que no es así como va a suceder —explico—. Sobre todo porque, hasta donde sé, no quieres tener a este hijo…

—Vamos a tener a este niño, Diana…

—Pero tú nunca lo quisiste y yo ya lo amo. —Suspiro, sintiendo un nudo formarse en mi garganta—. ¿Cómo podríamos ser buenos el uno para el otro si lo que yo amo tú lo desprecias, Lorenzo? No veo futuro…

—No ocurre de la manera que estás afirmando —declara, nervioso—. Jamás lo despreciaría, y menos a un niño Ricci que lleva mi sangre.

—Pero…

—Diana, nunca me imaginé siendo de una sola mujer, y mucho menos teniendo una familia propia, pero después de conocerte estoy dispuesto a cualquier desafío, siempre que sea a tu lado. —Se acerca y toca mi rostro, haciéndome cerrar los ojos—. Dame una oportunidad. Solo así podré demostrarte que mi pasado jamás influirá en nuestro futuro juntos.

Debería haber huido cuando tuve la oportunidad. Lorenzo se equivoca, pero aun así logra hacerme enamorarme más. Lo amo, pero me siento insegura por nuestro bebé. Por mi hijo, estoy

tentada, en un 60 %, a aceptar intentarlo. Por mí, estoy rendida al cien por ciento por él y muy interesada en esta nueva propuesta, que no será un matrimonio.

—Si te doy una oportunidad, ¿qué seríamos? —pregunto justo cuando traen nuestra comida.

Él sonríe.

—Como rechazaste ser la nueva señora Ricci, podrías ser mi novia que vive conmigo.

—¿Vivir contigo? —pregunto, riendo—. ¿Olvidaste que tengo familia?

—Hablaré con ellos. Será temporal, hasta convencerte de que seas mi esposa…

Río.

—Eres muy seguro de ti mismo, Lorenzo Ricci.

—Soy realista, *Bela Dona*. Dentro de poco tendremos a nuestro hijo y te llevaré a conocer a la *Nonna*, en Italia.

Quiero creerle, pero solo el tiempo me dirá la verdad sobre quién es realmente Lorenzo.

Capítulo 35

Lorenzo

Aún no consigo creer que haya rechazado mi propuesta de matrimonio. Sus argumentos son comprensibles, pero nunca antes había recibido una negativa. Esperaba oír uno de sus habituales "No lo sé", pero nada tan firme como lo que salió de sus labios.

Todo su cuestionamiento se basa en lo que pienso sobre los hijos. Maldita la hora en que llamé a Mássimo. Si no hubiera dicho aquello —que, de hecho, es verdad—, tal vez ahora estaríamos mejor.

Ella sigue frente a mí y, aun así, prácticamente aceptó mi propuesta. Pero necesito confirmarlo.

—¿Aceptas ser mi novia y venir a vivir conmigo?

Diana deja de comer y me mira.

—Acepto la primera parte, pero tendrás que convencer a mi familia de que mereces sacarme de casa para vivir contigo… —levanta el dedo—. Sin decirle a nadie que estoy esperando un hijo tuyo. Mis padres y todo el mundo creen que hice una inseminación artificial, y jamás podrán saber la verdad.

Inmediatamente, mi mandíbula cae al suelo. ¿Inseminación…? ¡Jamás!

—Ten en cuenta que mi hijo llevará el apellido Ricci…

—No voy a impedirlo, pero tendrás que convencer a mis padres de que mereces a su hija.

Me resulta extraña su forma de hablar, pero mi teléfono suena y me saca del tema. Miro la pantalla y veo el nombre de Isabel. ¿Por qué esa mujer decidió llamarme? Hace semanas que no

la veo y dejé claro que no volvería a pasar nada entre nosotros. ¿Por qué sigue insistiendo?

—¿Vas a contestar?

Rechazo la llamada de inmediato.

—No es relevante.

Y realmente no lo es. Prefiero estar con Diana antes que perder tiempo hablando con Isabel.

Continuamos con el almuerzo mientras, en mi mente, ya defino la llave que necesitaré para Diana, el clóset que mandaré limpiar, la habitación que separaré para el bebé y…

—Viajaré dentro de cuatro días a Madrid. Podrías mudarte mañana a mi casa y…

—¿Olvidaste que tendrás que hablar con mis padres? No pienses que será tan fácil.

Le sonrío.

—Puedo hacerlo hoy. Avísales que me reuniré con ellos para…

—Recuerda que no…

—Sí. No puedo decir que estás esperando a mi hijo, solo que nos queremos y que deseamos vivir juntos. ¿Perfecto?

La veo mover la cabeza de un lado a otro mientras ríe.

—Puedes hacer la llamada —afirmo—. Iré contigo a tu casa y, como soy un buen negociador, hoy mismo estarás desnuda y ardiente en mi cama.

Su rostro se sonroja, lo que me confirma aún más que conseguiré lo que más ambiciono: que Diana sea mía.

***

El final del día llegó, y ella exigió que no hiciéramos público nuestro relacionamiento hasta que yo convenciera a sus padres de que soy un buen partido. Percibí que en la empresa hay algunos que desconfían de nosotros, pero por ahora tengo que abstenerme de hacer comentarios.

No lo expresé con palabras, pero algunas mujeres con las que ya me relacioné me enviaron mensajes buscando confirmación de los rumores de que estoy saliendo con alguien. Sin embargo, las estoy ignorando por completo, esperando el momento de llevar las cosas de Diana a mi casa y contarle al mundo a quién pertenece.

Recojo mis cosas y, cuando salgo, ya la encuentro esperándome en la recepción. No consigo contenerme y le robo un beso de esos labios deliciosos.

—¡Lorenzo!

—¿Qué pasa, Bella Donna? Aquí arriba todos parecen saber lo nuestro y… —Me detengo, pensativo.— ¿Por qué no entraste en mi oficina?

Su mirada se aparta de la mía ante mi pregunta.

—Diana…

—La recepcionista dijo que no podías ser molestado —confiesa, evitando mirarme.

—Tú no me molestas —afirmo.

—Lorenzo…

La ignoro, irritado, y voy directo a hablar con la mujer.

—¿Por qué motivo no avisaste que Diana me estaba esperando?

—Señor Ricci…

—Explícate de una vez, Ana —exijo.

La rubia mira hacia los lados y se inclina sobre el mostrador, hablando en voz baja:

—No es la primera mujer que lo busca. En todos los casos, el señor Fabrízio me indicó que no lo interrumpiera y…

—Diana es diferente —aclaro.— Mi hermano sabe que ella es mi novia. No le impidas la entrada a mi oficina. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Asiento, llamo a Diana y, enseguida, salimos en mi coche rumbo a su casa. Ella permanece en silencio, pero yo me siento tranquilo. Nunca tuve este tipo de conversación, pero pienso que será como una negociación. Ellos tienen una hija hermosa y deseable que está esperando a mi hijo, y yo la quiero viviendo conmigo. Solo necesito convencerlos de que soy un buen partido. No debería ser tan difícil.

Los minutos pasan y nos detenemos frente a una mansión, junto a un portón bajo de madera. Hay un BMW blanco en la entrada y me pregunto de quién será.

—Kalel también está aquí —comenta ella, aprensiva.

—¿Quién es Kalel? —pregunto, mirándola a los ojos.

¿Eso es nombre de persona? ¿Será un ex de Diana que descubrió que puede perderla? Sea quien sea, no va a interponerse en mis objetivos.

Salgo del coche y ella me acompaña, sujetando mi mano mientras caminamos por lo que parece ser el garaje de la mansión.

—Puedes ir preparando tus cosas. Creo que en media hora resolveremos esta situación.

—Es admirable tu confianza —comenta, riendo.

—Soy un gran negociador —respondo.— Deberías considerarme mejor. Siempre conseguí todo lo que quise y tú…

—¿Quién es usted? —me pregunta un hombre delgado, de estatura media, deteniéndome.

—Papá, este es… —me mira antes de continuar— mi novio, Lorenzo. Él fue quien pidió hablar contigo y con mamá.

Así que este es mi futuro suegro. La situación no es tan complicada como ella imagina. Será más fácil de lo que preveía.

—Diana, menos mal que… ¿Quién es este guapetón? —pregunta una mujer de cabello largo y castaño. Lleva un bebé en brazos y viene de una casa que parece de los cuidadores.

—¡Alê! —Diana suelta mi mano y abraza a la mujer.

—¿Qué dijiste, Osada?

Entonces, un hombre enorme, lleno de músculos, sale por la puerta cargando otro bebé.

¡Joder!

—¿Quién es ese trajeado?

Se acerca rápido y no puedo evitar retroceder. El tipo parece un luchador, con brazos del tamaño de troncos. Con él no puedo ni pensar en una pelea. Podría noquearme de un solo golpe y…

—¿Este es el Lorenzo?

Otra voz femenina llama mi atención, pero ni siquiera me atrevo a mirar. No es buena idea apartar la vista de un tipo así, aunque esté cargando a un bebé frágil en brazos.

—Gio, deja de asustar al novio de tu cuñada —dice alguien.

—¿Novio? —pregunta él.

Así que ese es Kalel. Al menos no es un ex de mi Bella Donna.

—¿Qué es todo este alboroto aquí afuera? —una voz femenina más firme se impone desde la entrada de la casa.— Diana,

no puedes estar tomando el sereno. Alessandra y Kalel, mis nietos se van a enfermar si siguen aquí afuera. Entren.

—Ya vamos, suegra —dice el grandote, llevando a la primera morena hacia adentro.

—Lorenzo, ¿entramos? —me pregunta Diana, y yo sigo impactado con lo que acabo de ver.

Definitivamente, no va a ser tan fácil como imaginé.

—Di, ¿es él el que…?

—Secreto, Giovanna. Papá y mamá no imaginan nada y Lorenzo no va a tocar el tema —dice, y luego se vuelve hacia mí.— ¿Verdad?

No sé qué decir y solo asiento. Ahora pienso: ¿por qué no hablé de esto con mi hermano? Me habría dado algunos consejos y estaría un poco más preparado para enfrentar a esta gente.

Cuando cruzo la puerta, todos me miran fijamente. En ese instante, me doy cuenta de que, aunque soy un excelente negociador, va a ser difícil conseguir lo que quiero. Podría irme y no volver jamás, pero no soy un cobarde. Si quiero a Diana y a nuestro hijo, enfrentaré lo que sea.

—Buenas noches a todos —saludo.— Me llamo Lorenzo Ricci y…

—¿Es italiano? —pregunta la mujer que carga a un bebé.

—Parece abogado. No me gustan esos trajeados —afirma el grandote, entrecerrando los ojos.

—Un extranjero con mi hija. No sé si me gusta esta historia. ¿Qué es lo que quiere realmente? —pregunta una mujer que parece ser la matriarca.

Miro a Diana; no sé si sonríe para animarme o si es ironía ante mi arrogancia de creer que todo sería tan fácil.

—Es simple, señora. Diana y yo estamos saliendo y quiero que se venga a vivir conmigo…

—¡Dios mío!

—¡Ni de broma vas a sacar a Di de esta casa!

—¿Escuché bien eso?

—Mi hija es una chica de familia, no cualquier cosa.

—¡Saquen a este extranjero de mi casa o yo…!

¡Dios mío! ¿Qué locura es esta familia?

—Diana, sal de la sala. Vamos a tener una conversación con este flacucho de la tierra de la pasta —dice el grandote.

—Giovanna, tú vas con ella —ordena la mujer.

—Mamá…

—¡Despídete de él, Diana!

Ella suspira y me suplica con la mirada que no la deje sola.

—Diana…

—Tengo que irme, Enzo… —Me da un beso breve y se va con su hermana.

Ahora estoy solo y tengo que salir victorioso de la mayor negociación de mi vida.

Capítulo 36

Diana

Es una situación trágica y cómica al mismo tiempo. Lorenzo siempre fue un seductor imponente, pero claramente le temblaron las bases cuando Kalel lo miró fijamente. Incluso con mi cuñado sosteniendo a uno de mis sobrinos, quedó claro cuánto asustó a mi novio.

¿Quiero ir a vivir a su casa para intentar ver si podemos funcionar? Sí, claro que quiero. Sin embargo, sabía desde el principio que no sería algo sencillo. Mis padres tienen pensamientos y costumbres antiguas, nunca lo permitirían con facilidad, y creo que eso era lo que Lorenzo imaginaba.

Da ganas de reír solo de pensar en la idea. El Sr. Seductor diciendo: "Voy a llevarme a Diana a mi casa", y mi madre y mi padre aceptando de inmediato. ¡Nunca sería así!

Un hecho es que Lorenzo Ricci tendrá que convencer a mis padres de que será un buen compañero y de que pretende casarse conmigo algún día. Sin eso, recibirá una gran negativa.

Sí. Ya me pidió matrimonio, pero no creí que fuera por los motivos correctos. Por eso lo rechacé. Si soy sincera, creo que solo después de un tiempo conviviendo juntos podré creer que sus palabras son verdaderas y que lo que quiere para nosotros es real.

En resumen, sí quiero ir a vivir con él. Lorenzo me vuelve loca de muchas maneras, ya tiene mi corazón y también quiere estar conmigo. Veremos hasta dónde llega todo esto.

—Diana, ese hombre es guapo de una forma sexy y ardiente. ¿Cómo pensaste que era Gaspar? —pregunta Giovanna, que está conmigo en la habitación.

—No lo sé —le confieso, tomando una bolsa de viaje—. Yo solo fui a ese restaurante al que me enviaste y él estaba allí.

Pensándolo ahora, parece una locura de esas. Gaspar es casi pelirrojo y Lorenzo es ese mar de seducción con ese acento que moja bragas y quita el aliento.

Recojo mis cosas y empiezo a preparar lo básico.

—Si tu hijo sale al padre, pobre de la próxima generación de chicas —ríe, pero luego se detiene, sujetándome el brazo—. Te vas de verdad, ¿no?

Me vuelvo hacia ella y asiento. Sus ojos empiezan a brillar y solo en ese instante entiendo que Giovanna se quedará sola en la habitación que compartíamos las tres.

—Gio, yo…

—Di, nadie planeó que fuera así, pero sabíamos que algún día esta habitación se quedaría solo con una de nosotras, y la elegida por el destino soy yo.

La abrazo y las lágrimas nublan mis ojos.

—Hermana, no lo tomemos como una despedida. Siempre estaré cerca, igual que Alessandra, que vive aquí casi siempre con sus tres hijos.

Ella asiente, secándose las lágrimas.

—Además, aún está mi sobrino o sobrina que va a nacer —asiento—. De verdad espero que Lorenzo te haga feliz.

—Yo también —declaro—. Estoy apostando todas mis fichas a que podemos funcionar, pero…

—No pienses en el "pero" —me interrumpe—. Él te admira de la misma forma en que Kalel mira a Alê. Ese italiano guapísimo te ama, hermana —sonríe, animada—. Encontraste el amor, Di.

Ella lo celebra y me abraza.

—Sé que algún día conocerás a tu príncipe, Gio —comento —. Serás feliz, tendrás tus hijos y serás la última en cerrar la puerta de esta habitación.

Seguimos llorando.

—Mi príncipe anda perdido por el mundo, pero algún día se cruzará en mi camino —dice con una sonrisa nostálgica—. Anhelo mucho ese día.

—Y sucederá —nos abrazamos y seguimos guardando mis cosas.

Después de casi una hora, Alessandra entra en la habitación.

—Ese italiano guapísimo está rendido ante Diana —comenta.

—¡Te lo dije! —dice Gio.

—Alê, dime. ¿Resistió? ¿Consiguió convencer a papá y a mamá?

Ella ríe.

—En realidad, papá todavía lo mira un poco de reojo, pero aceptó con la condición de que vengan a pasar todos los domingos con nosotros.

Mi sonrisa se ensancha.

—Termina de guardar tus cosas, porque te vas de casa con el padre de tu hijo, hermanita —dice Gio, emocionada.

Entonces las tres terminamos de guardar mis cosas en otras dos maletas y salimos. Cuando veo a Lorenzo sentado en el sofá de la sala, parece más bien que hubiera corrido una maratón que haber tenido una conversación con mis padres. Mira al vacío, como si mi cuñado lo hubiera noqueado en algún momento.

—Lorenzo —lo llamo, pero está demasiado distante.

Insisto una vez más y solo a la tercera me escucha.

—Bela Dona…

—Ya guardé mis cosas. ¿Me ayudas a ponerlas en el coche? —le pido, y se levanta para ayudarme. Pobrecito. Tan distinto del hombre que entró. Aun así, lo hace, llevando mi computadora y todas las demás cosas que son mías. Lo más pesado se quedará aquí por ahora.

Cuando llegamos a su casa, que ahora es nuestra casa, noto lo cansado que está.

—¿Estás bien?

—Sí, Bela Dona —responde en italiano, dejando mis cosas en el centro de la sala y dejándose caer en el sofá—. Necesito descansar unos minutos.

Asiento y tomo unas prendas para darme una ducha. Sé que es mi nuevo hogar, pero aún tardaré en sentirlo como tal. Tal vez cuando esté más cerca de Lorenzo sea más fácil.

Cuando salgo, lo encuentro profundamente dormido en el sofá. Hasta quisiera despertarlo, pero parece tan relajado que lo dejo allí, tomando solo una manta del armario.

Como ahora somos novios oficiales, elijo dormir en su cama, que guarda su delicioso aroma. Sé que podría ser diferente, pero nada mejor que descansar la cabeza sabiendo que él luchó por nosotros tres… y venció.

Capítulo 37

Lorenzo

«¿Crees que mi hija es cualquier cosa?»

«¿Sabes que está embarazada de otro?»

«¿Piensas casarte algún día con Diana?»

«Si la lastimas, tendrás que vértelas conmigo.»

«¿Quieres sacarla de cerca de la familia para llevártela a Italia?»

¡Joder! Fueron muchas más preguntas, y tuve que extremar el cuidado para no revelar la verdad; demostrarles a los cuatro que amo a Diana y que la quiero a ella y a nuestro hijo —que para ellos es fruto de una inseminación— a mi lado.

Necesité explicar de manera minuciosa a qué me dedico y quién soy. Hablé de la familia Ricci y de la empresa que tengo con mi hermano. Tuve que dejar claro que durante algunos días no estaré cerca por motivos de trabajo, pero que mantendré mi agenda de viajes cerrada para cuando nazca el bebé, al que considero como mi hijo. Sí, el hijo es mío, pero debido a todo aquel malentendido que vivimos, ellos creen que no lo es.

Afirmé más de una vez lo que siento por Diana y que hoy mismo ella rechazó mi propuesta de matrimonio por creer que primero deberíamos vivir juntos y después dar ese paso.

En cuanto a hacerle daño, prefiero perder un miembro antes que hacerla sentir de esa manera. Daré lo máximo para que entienda que, aunque no haya planeado ser padre, seré el mejor de todos para ella y para nuestro hijo.

Después de todo eso, conseguí la aprobación de los cuatro. Lo confieso: mi cuñado es duro de roer, pero después de que su esposa dijo algo, incluso empezó a ayudarme a convencer a doña Vitória y a don Afonso.

Admito que fue la conversación más difícil que he tenido en mi vida. Pero saber que Diana se irá conmigo hoy me trae alivio al alma.

Unos minutos después, la hermana menor, que descubrí que se llama Alessandra, entra para llamar a mi *Bela Dona*.

En qué nido de locos me metí… Pero, si fuera necesario, lo haría muchas veces más para quedarme con ella.

Cuando Diana me llama para llevar sus cosas, ya empiezo a sentir las señales del cansancio. Me mantengo concentrado, vamos a casa y la ayudo a meter las cosas.

Solo diez minutos de sueño… eso es lo que necesito para recomponerme y poder llevar a cabo mis planes para esta noche, que se resumen en sexo sudoroso con mi *Bela Dona* por todo mi apartamento y…

***

—Amor, ven a ver a tu hija —me llama Diana.

Estamos en una habitación de hospital bellamente decorada y mi *Bela Dona* está maravillosa, sosteniendo en sus brazos un pequeño bultito.
Temeroso, me acerco y veo un pequeño rostro rosado mirándome. No consigo describir lo que estoy sintiendo al verla.

—Es hermosa, *amore mio*. —Beso los labios de mi amada y tomo con todo cuidado a mi joya más preciada.

—Nuestra niña tiene tus ojos, Enzo.

Siento cómo las lágrimas de emoción nublan mis ojos. Mi hija es demasiado perfecta y llena mi corazón de alegría y amor. ¿Cómo no amarla…?

—Sé que es solo un sueño, pero no quiero despertar.

—Cuida de nosotras, mi amor. Te necesitamos…

Despierto con el sol naciendo por la ventana. Tardo unos instantes en adaptarme a la luz y…

—¡Joder! —exclamo.

No puedo creer que, en mi primera noche con Diana viviendo conmigo, haya dormido en el sofá sin haber hecho nada. Es como casarse y dejar a la esposa virgen. ¿Cómo pude hacer semejante mierda?

Me incorporo y siento dolor en la espalda por la posición incómoda. Voy a mi habitación y me enojo conmigo mismo por haber dejado a mi *Bela Dona* pasar otra noche sin mí, teniéndome tan cerca. Sin embargo, me desmayé en el sofá.

Miro el reloj del cuarto y veo que aún tenemos una hora antes de levantarnos e ir al trabajo, así que me acuesto detrás de ella y dejo un beso en su hombro. Ella se mueve, como intentando apartarme, pero continúo bajando por su espalda y toco su cintura.

—No puedo creer que no hayas conseguido dormir en ese sofá maravilloso —comenta.

—Tengo algo mucho más interesante que hacer que dormir, *Bela Dona* —le digo al oído y siento cómo su cuerpo se estremece.

Agarro su pecho y ella se arquea contra mi polla, que está desesperada por entrar en el juego. Bajo la mano por su cintura y, cuando voy a apretarla, recuerdo al bebé.

—*Bela Dona*, ¿crees que le hace mal al bebé que…?

—Lorenzo, ya hemos tenido sexo conmigo embarazada. Deja de pensar y continúa —ordena, impaciente.

—Diana, pero el bebé no va a…

Ella se gira hacia mí y se sienta en la cama, visiblemente irritada.

—¿Qué pasa, Lorenzo? ¿Tú… perdiste el interés en mí?

—Claro que no…

—Yo no… —Sus ojos se nublan de lágrimas.

—*Bela Dona*…

—¡Dame un tiempo, Lorenzo! —Se levanta de la cama y va al baño, cerrando la puerta de un portazo.

¡Joder! Menos de doce horas viviendo en la misma casa y ya estamos discutiendo por el tema en el que soy un especialista. Claro que quiero follar con mi *Bela Dona*, pero… estoy preocupado. No quiero hacerles daño a ninguna de las dos.

¿Qué hago ahora?

Me tumbo en la cama, miro el techo y pienso qué decir. Tampoco puedo tardar. Si Diana decide volver a la casa de sus padres, será la peor de mis pesadillas. La mujer que deseo, lejos y furiosa por mi culpa. ¿Puede haber un escenario más terrible?

Entonces, después de unos minutos escuchándola llorar del otro lado de la puerta, recuerdo la conversación que tuve con mi hermano.

«Si de verdad quieres intentar algo con Diana, tienes que entender que deberás demostrar algo más que deseo sexual. Ella va a necesitar mucho más a un compañero para todas las horas que a un amante.»

Compañero. ¿Cómo dejar de ser solo el que la seduce para convertirme en aquel con quien puede contar en los mejores y peores momentos? Quiero ser ese hombre. En realidad, necesito serlo. Estoy loco por ella, y no es solo una relación carnal, ligada al sexo; hay un sentimiento fuerte que nunca había experimentado.

Por eso, me levanto del colchón, me siento en la alfombra junto a la puerta del baño y empiezo a silbar una melodía conocida para llamar su atención.

—Hay otros baños en la casa. ¿Qué quieres? —la escucho decir del otro lado.

—Te quiero a ti, mi *Bela Dona*. No solo en mi cama, sino en todos los días de mi vida. No eres solo hermosa en todo momento. Me encantas fácilmente cuando tus ojos se cruzan con los míos. En las horas en que estás feliz y radiante o incluso cuando estás molesta por alguna insensibilidad mía.

—¿Por qué estás diciendo eso?

—Porque tardé un tiempo en entender lo que sentía, pero hace poco descubrí que estoy completamente enamorado de ti. Es en tu nombre en el que pienso en el primer instante en que despierto, y hasta en mis sueños tu rostro está presente.

El llanto se detiene, pero siento que aún tengo más que decir.

—Me preocupo por las dos. No te lo dije, pero soñé que tendremos una niña —confieso, riendo—. Será hermosa como su madre y tendrá mis ojos. —Suspiro, pensándolo antes de continuar —. Sabes que no planeé tener una hija, pero estoy dispuesto a cambiar todos mis planes para estar a tu lado y ser el padre que nuestra niña merece. Prometo que estaré contigo en todo momento y daré todo de mí para…

Me detengo al escuchar que la puerta se abre y ella sale a buscarme.

—Enzo…

Abro los brazos y ella sale del baño y se abraza a mí, ya que sigo sentado en el suelo. Beso su cabello, atrayéndola hacia mí.

—Te amo, Lorenzo —declara, llenando mi pecho de una felicidad que antes desconocía.

—Tú eres mi amor, Diana. Tú y nuestra joya más preciada.

Tomo sus labios junto a los míos y la tumbo sobre la alfombra. Le quito la blusa, dejo al descubierto sus pechos voluminosos y los chupo con devoción. Siento las manos de Diana guiándome y continúo adorando a la mujer que amo.

Bajo mis labios por el valle entre sus pechos, me detengo en su ombligo y digo:

—Llegó la hora de que papá juegue con mamá, hija.

Dejo un beso en su vientre y le quito el short a mi *Bela Dona*, encontrándola excitada como me encanta. Abro sus piernas y chupo su dulce coño. Gime alto y hasta me preocupo. Pero sé que no puedo parar. Si quiere correrse, haré que llegue a su placer más de una vez.

Hundo mi lengua en su clítoris hinchado y, más rápido de lo normal, llega al clímax. Bebo su sabor y, cuando estoy a punto de empezar de nuevo, Diana me aparta, levantándome el rostro.

—Lorenzo, si no entras en mí ahora, me voy a enfadar mucho contigo.

Me amenaza y no puedo evitar reír.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, *amore mio* —respondo, quitándome el pantalón y sacando mi polla ya erecta—. A partir de hoy, quien manda en este cuarto eres tú.

Mi *Bela Dona* se abre para recibirme y tomo sus labios, hundiéndome en su canal empapado. Sus uñas se clavan en mi espalda mientras embisto con fuerza. Su coño me aprieta deliciosamente y nunca había sido tan bueno follar como hoy, incluso en el suelo de nuestro dormitorio, después de una pelea.

Dicen que hacer el amor después de una discusión es bueno, pero nunca imaginé que correrme dentro de ella después de resolver

nuestro problema sería tan placentero.

¿A quién intento engañar? Amo a esta mujer. ¡Es tan deliciosa, tan hermosa y tan mía!

Capítulo 38

Diana

Cuatro meses después

—Enzo, despierta. —Sacudo a mi novio, que llegó ayer de viaje.— Necesito comer esa pizza de pollo con catupiry.

Lo escucho resoplar contra las almohadas.

—¿Ahora, *amore mio*? —pregunta, mirándome con esos hermosos ojos verdes que amo.

—Sí. Estoy salivando por todo ese queso y el pollo. —Luego me detengo, pienso y pido—: Borde de catupiry. Tiene que tenerlo, ¡Lorenzo! —exijo.

Resopla, irritado, sentándose.

—Es un insulto a Italia llamar pizza a esa comida. Es una invención de los brasileños.

—Pero yo quiero —esta vez me recuesto en la cama, pasando la mano por mi vientre, que está enorme—, yo y tu hija queremos.

Lorenzo ríe y niega con la cabeza, tomando la cartera.

—Les traeré a las dos esas ofensas gastronómicas. —Se inclina sobre mí, me da un beso suave y hace lo mismo en mi barriga.

Se pone una camiseta, un short y sale del apartamento.

Con dificultad, por estar ya de casi siete meses, me levanto de la cama y voy por enésima vez al baño. Mi estómago ruge y acaricio el vientre, hablándole a mi bebé que pronto llegará. Sí, realmente es una niña.

Recuerdo con claridad lo embobado que se quedó Lorenzo al enterarse. Se lo contó a toda la familia en Italia. Su abuela está loca por conocerme, pero acordamos que solo iremos allá después del parto.

El nombre ya está definido: Agatha. Ya gané y compré vestiditos preciosos. La habitación en la que se quedará está amueblada y decorada en tonos de madera marfil, rosa y blanco.

Confieso que Alessandra nos está dando clases de cómo cuidar niños a mi cuñada Antonella y a mí. Alê nos ayudó con lo que realmente vamos a necesitar y con lo que ni siquiera pensaremos cuando nazcan nuestros bebés.

Ahora ya sabemos: el bebé de Nella es un niño que se llamará Matteo. Me pareció hermoso, y fue aún más bonito cuando Enzo me contó que el nombre era el de su abuelo fallecido hace muchos años.

Nella y yo nos volvimos no solo cuñadas, sino amigas. Ella entendió toda mi situación y hasta hoy bromea recordando mi pregunta sobre un trío. Ahora, casi todos los sábados estamos en su casa y, los domingos, con mis padres y mis hermanas.

La única parte mala es cuando Lorenzo necesita cruzar el mundo en un avión y yo me quedo aquí, teniendo que ir a trabajar sola, muriéndome de preocupación por mi novio. Sé que es su trabajo y que el avión es seguro, pero no consigo quedarme tranquila con él lejos.

Sin embargo, cuando vuelve a casa, lo recibo con los brazos abiertos, con muchos besos apasionados. Son solo cuatro meses viviendo juntos; aun así, nos hemos ido entendiendo bastante después de dejar claros todos nuestros sentimientos.

Yo lo amo, él me ama, y vamos a tener una hija que ya es muy amada. ¿Existe alguna probabilidad de que nos vaya mal?

Ring ring

Sigo el sonido y encuentro el teléfono de Lorenzo. Salió tan cansado que terminó olvidándolo.

Miro la pantalla y veo el nombre Isabel, pensando que debe ser una de las innumerables proveedoras internacionales que tiene True Security; aun siendo las dos de la madrugada, atiendo la llamada.

—Enzo, extraño tenerte en mi cama… —susurra una mujer del otro lado de la línea, dejándome de inmediato celosa y hasta desconfiada.

—¿Quién habla? —pregunto con firmeza.

Al instante, la voz femenina se vuelve más dura.

—¿Quién eres tú? —replica.

—La llamada fue tuya. Di de una vez qué quieres o voy a colgar —la intimo.

—No te atreverías a hacer eso, secretaria. Se lo diré a Lorenzo y sé que te despedirá en un instante por la audacia…

Me resultan extraños sus argumentos.

—Yo no soy su secretaria…

—*Amore*, ¿qué está pasando? —me pregunta Lorenzo, entrando en casa con una caja de pizza en las manos.

Estoy tan nerviosa por la osadía de esa mujer que simplemente le entrego el teléfono y voy a la cocina con la pizza.

—Isabel, ¿por qué insistes? —declara él—. Ya te lo expliqué… no vuelvas a llamarme… No importa.

Cuelga la llamada y viene hacia mí.

—*Mi amore*…

—¿Quién es Isabel, Lorenzo? —pregunto, dejando que mi furia se note.

—Una española que conocí en Madrid, pero perdí el interés hace mucho tiempo. Ella insiste incluso después de que le afirmé que no la quiero. Solo eso —explica.

Lo miro a los ojos y no consigo ver mentira ni nada que quiera ocultarme. Se acerca y doy un paso atrás, observando un poco más su actitud.

—Diana…

Sus brazos me aprietan contra su pecho y no consigo apartarme. Siento sus labios en mi cuello y es imposible que mi cuerpo no reaccione.

—*Amore*, mírame.

Evito hacerlo por unos instantes, pero su dedo en mi mentón me obliga a mirarlo.

—Entiende, ella quiere lo que solo mi *Bela Dona* puede tener. —Enzo me besa lentamente, pero como aún lo estoy rechazando, me enciende con un beso apasionado y ardiente para dejar claro que Lorenzo Ricci es solo mío.

Después de separarnos, abro la pizza, sintiendo cómo se me hace agua la boca, y mi novio italiano huye hacia el otro lado del apartamento.

—¿No quieres probar, *amore mio*? —ofrezco en broma.

Lorenzo se acerca y le habla a mi barriga:

—Agatha, yo y tu padrino vamos a enseñarte lo que de verdad es la comida italiana. Tu madre no va a destruir el paladar de los Ricci.

Río mientras como y me deleito con el borde de catupiry cargado de mostaza. Ahora sí, deseo cumplido.

Capítulo 39

Lorenzo

Mi hogar. Yo, Diana y nuestra hija, que aún no ha venido al mundo, se resume en lo que llamo felicidad. Reconozco que no es placentero salir de madrugada para atender sus deseos inusuales, pero lo hago. Aunque no me guste nada de lo que me pide, voy a buscarlo porque las amo.

Sin embargo, por algunos momentos, una sombra de inseguridad se apodera de mí. Faltan solo dos meses para el nacimiento y hay momentos en los que no me siento preparado para lo que vendrá. Sé que en cualquier instante puede nacer mi sobrino y, si mi hermano está con los nervios de punta, imagínate yo, que ni siquiera pensaba en tener hijos.

Indiferente a todo eso, me esfuerzo por hacer lo mejor que puedo. Sigo siendo el amante ardiente que adora seducir a su amada y, siempre que podemos, hacemos el amor como lo permitió su médica.

Fuera de esos momentos, hago todo lo posible por ser su compañero, el padre de nuestra hija, su mejor amigo e incluso su confidente fiel. En medio de nuestras conversaciones, terminé descubriendo varias cosas sobre mis cuñados —aunque sean un grupo de locos, sé que aman profundamente a mi *Bela Dona* y solo quieren lo mejor para ella—.

Kalel, que conoce toda la verdad por culpa de su prometida, se está volviendo más cercano a mí. Claro que, al principio, me metió en un ring de boxeo con un amigo suyo solo para descubrir la razón por la que no asumí a mi hija cuando supe del embarazo.

Debo admitir que, hasta convencerlo, fue complicado. Me llevé algunos golpes en el protector de cabeza, quedé mareado por un tiempo y tuve que jurar que jamás le contaría a Diana lo

ocurrido, o nunca tendría la aprobación de la familia. Menos mal que, al día siguiente, viajé y no tuve que mentirle a mi amada.

Ahora estamos entrando en True Security y me despido de Diana en el ascensor. Aquí todos ya saben que somos pareja y que voy a asumir a la hija que ella espera. Lo que no imaginan es que la bebé es realmente mía.

Voy a mi despacho y reviso los próximos itinerarios que Ana dejó sobre mi mesa. Rebusco entre los papeles y encuentro una invitación a una gala. Tomo el calendario, reviso la fecha y, como estaré viajando y será dentro de pocos días, envío la confirmación pensando en llevar a Diana conmigo. La rutina de mi *Bela Dona* se limita a casa, trabajo y ver a nuestras familias. Una noche fuera de la rutina sería algo bueno para ambos.

—Señor Lorenzo —Ana llama a la puerta con una caja grande en los brazos.

—¿Llegaron más? —pregunto, y ella solo asiente con pesar —. Puedes tirarlo todo o dárselo a quien lo aprecie. Por favor, no permitas que Diana se entere de este asunto.

—Sí —confirma, saliendo del despacho.

¡Era lo único que me faltaba! Desde que se hizo público que estoy en una relación seria con alguien, varias de las mujeres con las que me relacioné comenzaron a buscarme de una manera… peculiar. Afirmo que son intentos insanos de llamar mi atención; jamás imaginé que llegarían a tanto.

He estado recibiendo regalos caros que ni siquiera quiero ver. En recepción no es la primera vez que alguna aparece intentando encontrarse conmigo. Dejé claro a Ana que solo mi novia puede entrar sin ser anunciada. Fuera de ella, ninguna más.

Como no consiguen verme, dejan cajas con relojes, vinos, perfumes de marca, trajes de sastrerías renombradas y, lo que no falta, son bragas perfumadas. La primera vez que lo vi, me llevé un susto con la locura de la carioca que me las envió. Había dejado un

mensaje diciendo que necesitaba participar de mi despedida de soltero y que no aceptaría un "no" como respuesta.

Reuní todas las cosas y pedí que la recepcionista lo tirara todo. Ahora, ella abre el contenido para mí, me avisa de qué se trata y espera mi orden —que se resume en deshacerse de todo—.

¡Qué cansancio esta mierda! ¿Nunca van a entender que cambié? ¿Que solo quiero a mi *Bela Dona* y a mi pequeña Agatha?

Toc, toc

Antes de que responda o vaya a atender, la puerta se abre y entra mi hermano.

—Enzo, ¿todo está bien contigo y con Diana?

Asiento, extrañado por su llegada repentina. No suele venir a mi despacho, por eso me preocupo.

—Brízio, ¿cómo van las cosas? —pregunto.

Tira de la silla y se sienta frente a mí.

—De eso vine a hablarte —suspira—. Tendré que apartarme del cargo de CEO por un tiempo y te quiero en mi lugar…

—¿Cómo así, Fabrício? —pregunto.

—Hermano…

—No puedes abandonar la empresa ahora que…

—Enzo, Nella y yo necesitamos ir a Italia —explica.

Golpeo la mesa, intentando controlar el nerviosismo ante ese cambio inminente.

—La *nonna* pidió que su primer bisnieto naciera en nuestra tierra y…

—Puedo afirmar que este cambio repentino no tiene nada que ver con el deseo de la *nonna* —digo, sabiendo que me oculta algo—. Dímelo, Fabrício.

Suspira y se muerde el labio, evitando mirarme a los ojos.

—¿Recuerdas cuando decidimos montar True Security? —me pregunta, volviéndose hacia mí—. Yo había estudiado Administración y tú hiciste aquel posgrado al enamorarte de la ciberseguridad. —Brízio se pasa la mano por el cabello—. Hasta intenté seguirte, pero seamos sinceros: el profesional que de verdad entiende el negocio eres tú, Enzo. Serías el mejor CEO para la empresa. ¿No lo crees?

Resoplo, preocupado. Sin embargo, no hay mucho que hacer.

—¿Tu deseo es que yo…?

—Es lo correcto. Conoces muy bien nuestro negocio. Vi lo que hiciste en el sector de grandes cuentas, incluso con análisis temporales. Ahora que lograste estabilizarte con una mujer y vas a formar tu familia, ya no necesitas a tu hermano mayor para ayudarte.

Estoy absolutamente sorprendido.

—Por eso, Nella y yo vamos a iniciar un nuevo negocio y estudiaremos en Italia. Después volveremos a Brasil, pero no a True Security.

Sorprendido es poco. Atónito. Fabrício está saliendo de la empresa y tendré que asumirlo todo. Ser el CEO que nunca ambicioné o cerrar las puertas. No. Eso no lo haré, pero ¿cómo resolver todo de la noche a la mañana?

—Brízio, no creo que lo consiga. Vivo viajando y creo que necesitarás traspasarme el cargo. ¿Cuándo planean regresar a Italia?

Mi hermano ladea la cabeza.

—Como máximo, a fin de mes. Unos veinte días. Realmente, Nella y la *nonna* quieren que nuestro Mateo sea italiano.

Me paso la mano por el rostro, pensando cómo voy a contarle esto a Diana. Ya era casi el jefe, pero ahora me estoy

convirtiendo en el CEO de esta empresa y…

—Nada más de viajes por el mundo —murmuro para mí mismo.

—Solo cuando sea estrictamente necesario —aclara—. Sin embargo, tendremos que contratar a un nuevo director para asumir tu función.

Asiento, intentando comprender cómo este cambio afectará mi vida y la de todos los que amo.

Capítulo 40

Diana

¡Dios del cielo! Cómo estoy enamorada de este italiano delicioso que es mío. Nos estamos llevando tan bien que el 99 % de todos los problemas que enfrentamos están prácticamente desapareciendo.

Enzo está logrando demostrarme que, aunque no planeaba tener un hijo, está emocionado con nuestra bebé que está por llegar. Preparó toda su habitación y, de vez en cuando, cuando despierto, lo veo hablándole en italiano a mi barriga. Siempre está dispuesto a conversar conmigo y, cuando está en Brasil, va a la cocina… y cocina de maravilla.

Algo curioso es que el padrino de nuestra hija, ese tal Mássimo Marino, es un gran empresario del sector de restaurantes cinco estrellas; comenzó su carrera como chef y mi novio aprendió mucho con él.

La única cosa que sigue igual en estos últimos meses es mi situación en la empresa. Continúo trabajando con Gaspar y Andrew, pero ahora que soy la novia oficial de uno de los dueños de la empresa, eso no les agradó a todos.

No necesito decir mucho para saber que Andrew odió la noticia. Si antes ya no le gustaba por culpa de mi antivirus —que terminó siendo comercializado y muy bien vendido al gran público—, ahora que estoy con Enzo siento su envidia sobre mí a cada paso que doy. Lo que descubrí es que él también intentó vender un antivirus, pero no obtuvo el mismo resultado que el mío y, por ese motivo, no acepta mi éxito.

No se lo dije a Enzo, pero ya escuché a Andrew comentar que le di un golpe a Lorenzo para seguir empleada después del parto. Las ganas que tuve de agredirlo fueron enormes, pero incluso

estando embarazada no puedo hacer algo así. Por eso, hago mi trabajo con mis nuevos programas independientes, al mismo tiempo que ayudo a los dos con las empresas con las que trabajamos.

Por suerte, todavía tengo a Gaspar, que se ha convertido en un gran amigo para todas las horas. Cuando Lorenzo viaja, él siempre está disponible para ayudarme. Ya sea con compras, viajes e incluso para llevarme a casa de mis padres. Sé que tengo chofer disponible, pero prefiero andar con alguien de mi confianza, y Gasp ha sido increíble.

La verdad es que yo lo voté para padrino de Agatha, pero mi amado italiano argumentó que yo había elegido a una de mis hermanas como madrina, así que el misterioso y reservado Mássimo Marino fue el elegido.

—¡Diana!

Miro hacia la entrada y, hablando de Lorenzo, es a él a quien veo llamándome con un solo gesto. Inmediatamente me resulta extraño su comportamiento más agitado. Algo ocurrió y me preocupo al instante. ¿Será mi cuñada Nella? ¿El pequeño Mateo se adelantó?

Apenas cruzo la puerta, él toma mi mano y me lleva al piso de arriba —más específicamente, a la dirección—. No a su sala habitual, sino a la oficina de su hermano. En cuanto entramos, cierra la puerta con llave, se apoya en ella y cierra los ojos.

—Enzo, ¿qué pasó? Me estás preocupando.

Sus ojos se encuentran con los míos y me pongo aún más aprensiva. Me acerco a él, toco su rostro y beso suavemente sus labios.

—Bela Dona, no sé por dónde empezar…

Mi corazón se salta un latido con su forma de decirlo.

—Puedes empezar con "¿qué estamos haciendo en la oficina de Fabrízio?" —pregunto.

Él asiente con la cabeza.

—Lo diré de una sola vez. —Sus ojos se pierden en la distancia—. Brízio y Nella se van a Italia y van a dejar el negocio en mis manos.

¡Guau!

—¿Vas a ser… el CEO?

Enzo confirma.

—A finales de mes volverán a Italia y… tendré que asumir todo esto. Seremos nosotros, nuestra hija, True Security y todo lo demás que venga. —Toma mi mano y la besa—. Necesito saber si estarás a mi lado, amore.

¡Caramba! ¡Mierda! ¡Joder! ¿Cómo así que mis cuñados se van? Espera un momento. No es hora de entrar en pánico. Él me necesita y estoy con Enzo en esta. Por eso respondo, intentando no mostrar mi nerviosismo ante esta enorme noticia.

—Sí. Claro que sí, amor. —Lo abrazo y él me aprieta con fuerza—. Somos tu familia y vamos a apoyarte.

Su expresión preocupada mejora un poco.

—Te amo, mi amore —declara, devorando mis labios—. A ti y a nuestra joya preciosa.

Poco tiempo después, ya más tranquilos, Fabrízio me explica las cosas y comenta lo importantes que serán mis nuevos softwares. Nos quedamos los tres conversando hasta que, un poco más tarde, Nella llega con casi nueve meses de embarazo.

Extendemos los nuevos planes en un almuerzo de negocios/familia, dejando aún más claro lo bien que Lorenzo y yo nos entendemos también en mi área de formación.

Fueron tantos planes que, cuando nos dimos cuenta, el día había terminado.

—Cuñada, es una pena que esté en Italia cuando Agatha nazca, pero en cuanto Mateo cumpla un año volveremos, o quizá antes —me abraza ella.

—¡Así voy a llorar, Nella! —me quejo con los ojos brillantes de lágrimas—. No me gustan las despedidas…

—A mí tampoco —confiesa, igual que yo.

—¿Por qué están llorando las dos? —pregunta Fabrízio.

—Yo también quisiera saberlo —comenta Enzo, abrazándome —. Diana, no se van mañana. Tenemos hasta fin de mes.

—Lo sé, pero ya voy a extrañarlos.

Unos minutos después, estamos en casa. Voy a darme una ducha y, cuando salgo envuelta en una bata, lo encuentro sentado en la cama con una invitación en las manos.

—¿Vamos, Bela Dona? Ya confirmé nuestra presencia. Será mi primer evento como CEO de True Security.

Un poco aprensiva, tomo el sobre de sus manos y leo. Veo que se trata de un evento benéfico, el fin de semana, y con traje de gala.

—¡Lorenzo! —me quejo.

—¿Dime, amore mio? —pregunta.

Resoplo.

—¿Cómo voy a encontrar un vestido para mí?

—Diana…

—Tengo siete meses, mi barriga está enorme y…

Él se levanta y toma mis labios en un beso.

—Estás más hermosa que nunca, Bela Dona. —Lorenzo toca mi barriga y nuestra niña acaba de dar una patadita—.

Contrataremos al mejor diseñador de la ciudad y estarás maravillosa a mi lado.

Sonrío, mirando sus ojos claros.

—Es en esos momentos cuando adoro tu optimismo.

—¿Solo adoras? —pregunta, decepcionado.

—Amo demasiado. No solo eso, sino a ti por completo, mi novio seductor.

***

—Diana Soares, ¿tú estás… embarazada? —grita el diseñador en cuanto me ve.

Nella concertó mi cita con su diseñador en su atelier. Salí del trabajo con el chofer de Lorenzo y eso fue lo que dijo en cuanto me vio.

—Sí —afirmo—, voy a tener una niña que se llamará Agatha dentro de dos meses.

—¿Y ustedes… están juntos?

Me quedo confundida con la pregunta. ¿Acaso está interesado en mi novio?

—Estamos juntos desde hace algunos meses.

Él hace una escena teatral de desesperación que llega a ser cómica.

—Entonces tú eres la famosa novia del italiano más codiciado de la ciudad.

—¿Famosa? —indago—. Yo solo soy una especialista en seguridad tecnológica.

Se lleva la mano al pecho, con una sonrisa emocionada.

—Y además es humilde. Una ternura. —Dándose la vuelta, añade—: Ven, veamos qué tenemos para cubrir esa barriguita y dejarte maravillosa al lado de ese hombre de ensueño. —El hombre vuelve a girarse hacia mí—. Antonella Ricci debería haberme contado que tú también estás embarazada. Voy a retrasar uno de sus vestidos.

Voy siendo guiada por corredores en tonos off-white, con iluminación indirecta. El espacio es enorme y está lleno de piezas de alta costura. Son tantas salas que termino incluso confundida con todo lo que veo. Por fin, me asignan a una sala y me indican que suba a una tarima.

—Necesito que te quedes solo en lencería; tengo que saber tu talla y evaluar lo que podremos crear. Nuestro tiempo es corto y…

—Señor Costa, ¿le traigo un champán? —pregunta una joven.

—¿Está viendo esta barriga enorme? —afirma, señalándome —. No la consiguió comiendo. Tráigame un agua de coco y un jugo de maracuyá con vodka para mí. Tengo dos días para hacer una obra de arte.

A continuación, se volvió hacia mí y pasé más de media hora siendo medida de innumerables maneras. El llamado Gil Costa probó muchos tejidos para mi tono de piel antes de mandarme de vuelta a casa, y exigió que no cambiara nada. Ni siquiera el color de mi cabello.

Quedamos en que me arreglaría aquí y Lorenzo vendría a buscarme. Ahora, que sea lo que Dios quiera.

Tendré que ser la novia perfecta y embarazada del nuevo CEO de la empresa donde trabajo, que también es el hombre que amo y el padre de mi hija.

Capítulo 41

Lorenzo

No puedo creer que esté pensando esto, pero aceptar la invitación a la fiesta fue una pésima idea. Diana está más nerviosa que nunca. Pasó horas dándole vueltas a lo que no puede resolver, que se resume a si dará o no tiempo a que su vestido esté listo. Además, se quejó en mis oídos de por qué no hablé del asunto antes. También argumentó que está preocupada por nuestra diferencia económica y por si alguien lo notaría… y sabe Dios qué más.

La única frase que realmente me dejó intranquilo fue la referente a mis relaciones anteriores a mi Bela Dona. En dos días, nada cambió y sigo recibiendo correspondencia, llamadas y mensajes no deseados.

Hoy pienso que nuestra vida podría haber sido más fácil si no me hubiera relacionado con tantas, sin embargo, si así hubiera sido, jamás habría seducido y dejado embarazada a mi Diana. Así que, indiferente a todo, es mejor lidiar con aquellas que se volvieron adictas a mi contacto que no tener a la mujer que amo en mi vida.

Ahora estoy terminando de arreglarme y tengo que ir a buscarla en veinte minutos. Llevamos tres horas sin vernos y confieso que ya la extraño. No solo su presencia y sus deseos locos… incluso extraño sus quejas. Lo curioso es que no sé cuándo empezó esto, pero en estos últimos cuatro meses viví algo inusual y también muy placentero. Entre Diana y yo no es solo el sexo lo que seguimos practicando; también existe un sentimiento fuerte que nos une. La amo de verdad. A ella y a nuestra Agatha, que está a punto de llegar al mundo.

Una hija. Voy a ser padre de una niña que estoy seguro será tan hermosa como su madre. Solo la vi en los exámenes, sin

embargo, percibo que reconoce mi voz. En algunos momentos, cuando Diana está durmiendo, hablo con Agatha. En mi idioma natal le digo cuánto la espero y todo lo que quiero mostrarle. Le hablo de Italia y de la familia que tenemos. Ella patea la barriga de su madre respondiéndome, y me siento increíblemente feliz por esta experiencia extraordinaria que la vida me está regalando.

—Es hora de ir a encontrarme con mis chicas —murmuro.

Tomo el perfume y aplico algunas gotas en lugares estratégicos. Descubrí que algunos de mis perfumes están prohibidos. Por eso estoy reduciendo la cantidad que uso. Hoy es una noche importante y nada puede estropearnos.

Abro la caja fuerte para tomar los gemelos de oro y me encuentro con el anillo de esmeralda que compré para Diana. Ella ni imagina que lo compré, pero estoy esperando el momento correcto para hacerle la propuesta. Creo que ya dejé claro que no es solo por nuestra hija que quiero estar con ella, pero no siempre es posible prever el pensamiento de una mujer. Si soy sincero, la mayoría del tiempo es prácticamente imposible. Estando embarazada, es aún peor.

Aun así, sé que llegará el mejor momento en el que podré convertir a mi Diana en la señora Ricci.

Tomo las llaves del coche y me dirijo al atelier de Gil Costa. Lo conozco desde hace tiempo y es un profesional excelente. Aceptó el desafío de crear una pieza para mi amada en solo dos días.

Por todo el prestigio que tiene en la ciudad, concuerdo en que es el mejor para dejar a mi Bela Dona en su máxima expresión.

—Señor Ricci —me saluda una de las recepcionistas con una hermosa sonrisa—. Buenas noches.

Aquí vamos.

—Buenas noches —respondo—. Quisiera saber si la futura señora Ricci, también llamada Diana Soares, está lista. ¿Podría

verificarlo?

La mujer parpadea dos veces antes de empezar a moverse, visiblemente impactada. Luego balbucea pidiéndome que espere y entra al interior. Mientras tanto, me acomodo en uno de los sillones de la recepción.

Pocos minutos después de mi llegada, una joven me trae un champán y otra me ofrece café. También hay algunos canapés, pero rechazo todo. Me concentro en el teléfono, intentando aparentar que estoy trabajando mientras espero.

Casi media hora después, un par de zapatos de tacón aparece en mi campo de visión. Lo ignoro y vuelvo a centrarme en el teléfono, hasta que algo grande empuja mi hombro, casi tirando el aparato. Levanto la vista hacia la mujer y prácticamente me quedo sin palabras al ver quién es.

—¡Bela Dona!

Me levanto de inmediato, admirando el hermoso vestido de tela ligera en tono rojo oscuro, sin tirantes. Su cabello oscuro está trenzado, dejándola como una guerrera griega. Está maquillada como nunca lo hace y su vientre está más visible de lo normal. No puedo resistirme a una belleza como esa. Tomo sus labios.

—Enzo, vas a estropear mi maquillaje…

—Que se joda…

—Nada de eso —me interrumpe, alejándose y limpiando mis labios—. Tenemos que ir —me recuerda, tomando mi mano y llevándome hacia afuera.

Detengo sus pasos, girándome para agradecer al diseñador. A continuación, salgo y le abro la puerta.

Durante todo el trayecto la percibo aprensiva. Mueve las piernas con frecuencia, se gira hacia los lados de manera claramente agitada. Cuando lo hace por quinta vez, no consigo contenerme.

—Amore mio, ¿qué pasa?

Ella suspira varias veces antes de decir:

—Amor, no iba a decirlo, pero… es tu primera aparición como CEO. ¿No te pone nervioso eso?

Frunzo el ceño.

—¿Estás nerviosa por mi causa?

—Sí. Voy a entrar como tu novia, pero… ya no eres solo el hermano del dueño…

Suspiro al oírla decir todo lo que yo mismo ya había pensado.

—Diana, para mí también fue sorprendente la noticia, pero quienes más importan son tú y nuestra hija. En cuanto al resto, lo resolveremos.

Me detengo en la fila de coches para la entrada.

—Tranquila, Bela Dona. Será solo una noche de fiesta, en la que tendré que gastar una fortuna para parecer una buena persona.

—¿Una fortuna de cuánto?

Antes de que pueda responder, llega nuestro turno de entrar.

Abro mi puerta, rodeo el coche por el frente y ayudo a Diana a bajar. En cuanto se coloca a mi lado, veo el terror en sus ojos.

—Enzo…

—Tranquila. Estoy contigo y no hay nada de qué preocuparse, amore mio.

Comienzo a caminar con la mano en la cintura de mi Bela Dona. Nos detenemos en la extensa alfombra roja para ser fotografiados y luego avanzamos hacia la recepción del evento.

Sin embargo, en el instante en que nos dirigimos a la mesa reservada para nosotros, veo a quien juraba que estaba en otro país.

Nada menos que Isabel Alonzo, a quien descarté en España meses atrás.

Capítulo 42

Diana

Hasta ahora, todo bien. El vestido me dejó como un pastel de bodas color marsala, pero sé que el diseñador hizo lo mejor que pudo. Mi cabello está con trenzas tan apretadas que creo que voy a pasar el día con dolor de cabeza. Mis pies realmente me están matando de lo hinchados que están.

Debería haberle pedido que viniera solo. Esta odisea para quedar así estando embarazada y, encima, lidiar con los fotógrafos me está destruyendo. Menos mal que ahora vamos a sentarnos y podré relajarme un poco.

—Lorenzo, no esperaba verte por aquí —comenta una morena de piel bronceada, con un vestido negro superescotado.

Como siempre, ninguna mujer me ve; solo a mi novio. ¿Será una de las que quiere quedarse con él o de las que ya se relacionaron y esperan otra oportunidad? Sé que suena a locura pensar así, pero es el pasado de Lorenzo, y de verdad estoy intentando aprender a lidiar con eso.

¿Mi novio tuvo otras mujeres? Sí. ¿Debería ponerme celosa? No. ¿Consigo hacerlo? Casi nunca. Seamos honestos: ¿cuál es la probabilidad de quedarme quieta cuando aparece una mujer que quiere quitármelo? 0,0000001 %. Pero hoy es diferente. Aunque esté con Lorenzo, también represento a la empresa donde trabajo.

Así que mi plan para hoy es no hacer de Alessandra y mantener la calma, simplemente manteniendo a Lorenzo cerca de mí y lejos de las demás.

—Amore mio, siéntate —me indica una silla que queda al lado de la morena y se acomoda a mi lado, lejos de ella.

—¿Hola, quién eres tú? —me pregunta ella.

—Ella es mi novia, Isabel —responde Enzo.

—¿Novia?

¿Isabel? Ya escuché ese nombre. ¿Será que…?

—¿Fuiste tú la que llamó el otro día para el…?

—¿Enzo? —pregunta la mujer, con una sonrisa que me resulta incómoda.

¿De dónde saca esta mujer tanta intimidad como para llamar así a mi novio? Ay, qué ganas de sacudir a esta vaca solo para que aprenda que…

—Lorenzo Ricci. Qué bueno verte por aquí —lo saluda un hombre, acompañado de una mujer.

—Diana, este es Daniel Santoro, un arquitecto de renombre de Río de Janeiro.

Le sonrío.

—Un placer, Diana. Esta es mi esposa, Teodora Santoro.

La mujer rubia, con una sonrisa amable, extiende la mano y me saluda.

—Qué barriga tan bonita tienes —comenta—. ¿Falta mucho?

—No, estoy de siete meses —declaro, sonriendo y acariciando mi vientre—. Es una niña.

—Felicidades a los dos. Daniel y yo tenemos cuatro hijos.

—¿Cuatro? —me sorprendo.

—Sí. Tres niñas y un niño —comenta—. Pero nos detuvimos en el Danzinho.

Teodora se sienta a mi lado y seguimos hablando de maternidad. Solo en ese momento me doy cuenta de que Lorenzo se ha alejado acompañado por su marido. Recorro el lugar con la

mirada y no encuentro a ninguno de los dos hombres, ni tampoco a la tal Isabel.

—No te preocupes, Diana —la señora Santoro capta mi atención—. Es normal que los empresarios vayan de un lado a otro por la fiesta, haciendo contactos e incluso algunos acuerdos de negocios.

Toma una copa de champán.

—Es mi primera fiesta… digo, él se convirtió en CEO de la empresa hace pocos días y…

—Quédate conmigo y todo irá bien. Este mundo de esposas de empresarios es un poco loco, pero todo saldrá bien.

Tomo un jugo y me lo bebo de una sola vez.

—Estás muy tensa, Diana —comenta Teodora, que ya me dijo que puedo llamarla simplemente Dorinha—. Necesitas descargar esa energía. Vamos a caminar, voy a presentarte a algunas personas.

Acepto la invitación y la acompaño.

Pasamos un tiempo hablando con mujeres que solo saben hablar de marcas, tratamientos estéticos y gimnasio. En cierto momento me cansé de escuchar cuántos meses dura realmente un bótox bien hecho y pedí permiso para ir al baño.

Cuando estaba saliendo, empecé a escuchar la voz de Lorenzo.

—Ya te expliqué más de una vez que no voy a follarte. No sirve de nada enviar lo que sea a mi oficina. Ni siquiera llega a mis manos. Lo descarto antes, porque no te quiero. ¿Ahora lo entiendes?

—Lorenzo, solo puedes estar ciego. Declarar como novia a una embarazada insípida. Solo puede ser una broma.

—Pero no lo es.

—No puedo creer que hayas cambiado nuestras aventuras sexuales por jugar a la familia feliz con esa mujer.

—Elegí una nueva vida…

—¡Invéntale eso a otra! —replica—. Sé que nunca fuiste un hombre capaz de saciarte con una sola mujer. Quiero ver si vas a seguir tan feliz cuando no puedas follar con más de una, como sé que te encanta.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Tres meses, eso es lo que voy a esperar hasta que me llames…

—Eso no va a suceder.

—Ya veremos, Lorenzo Ricci —declara, cargada de sarcasmo —. En el momento en que nazca la prole y tu proyecto de esposa cierre las piernas para ti, estoy segura de que me buscarás para darte lo que ella te niega…

Sin poder escuchar más, me alejo de la puerta con las lágrimas desbordando en mis ojos. Yo lo amo, él dice que me ama de innumerables maneras, pero ¿será que cuando nazca nuestra hija seguiremos tan bien como ahora?

Seguimos teniendo sexo casi todos los días, pero… ¿cuál es el porcentaje real de que funcione? Porque no logro calcular si nuestro sentimiento será lo suficientemente fuerte. O, quién sabe, si Lorenzo me dejará y volverá a ser el seductor que las quiere a todas.

Entonces contengo la respiración e intento controlar el llanto. Lo malo de estar embarazada es que todo se amplifica. Llevo cuatro meses con Lorenzo, aprendimos a confiar el uno en el otro, pero no sé cómo será nuestro futuro. ¿Será que realmente buscará a esa mujer y…?

Ring, ring.

Saco el teléfono de mi bolso de fiesta. Veo el nombre de Fabrízio y atiendo de inmediato.

—Diana, llama a Enzo. El bebé está naciendo. ¡Mateo viene en camino! —grita—. Vamos rumbo al hospital.

Solo confirmo la información y salgo a buscar a Lorenzo. Lo encuentro cerca de una fuente.

—¿Dónde estabas, Diana? Te busqué por…

—Tu sobrino está naciendo. Tenemos que ir al hospital —lo interrumpo, evitando su mirada, y me alejo.

Nos despedimos de Dorinha y Daniel y, a continuación, nos marchamos.

Capítulo 43

Lorenzo

Después de poner a Isabel en su lugar, fui tras mi mujer. Recorrí todo el lugar buscándola y, de la nada, aparece diciendo que mi sobrino está naciendo.

Me despido rápidamente de los colegas, informando lo sucedido, y nos dirigimos al hospital. Durante el trayecto, hago una llamada a Brízio, quien me informa a qué hospital nos dirigimos.

Mientras viajamos y ya no estoy hablando con nadie de fuera, percibo el silencio de Diana. ¿Qué será lo que hice esta vez? ¿Estará molesta porque la dejé sola en la fiesta? Fue un conocido quien me llevó a hacer nuevos contactos. Ella sabe que fue mi primer evento como CEO y… Mejor preguntar de una vez.

—Diana…

Espero su respuesta, pero ella continúa callada. Aun así, necesito aclarar lo que está pasando.

—Daniel Santoro tiene muchos contactos, por eso tuve que…

—¿Quedarte conversando con aquella mujer? —me interrumpe con aspereza—. ¿La tal Isabel que te llamó aquel día en que tuve antojo de comer pizza?

—Diana…

—Si eso fue lo que Daniel te aconsejó hacer… —la escucho sollozar—. Si fue así, no sé por qué está casado con Dorinha y…

—¡Diana! —reclamo, limpiándole las lágrimas del rostro.

¡Cielos! No soporto sus lágrimas.

—¿De dónde sacaste esas afirmaciones, Diana?

Al ver la entrada de un centro comercial, entro al estacionamiento porque no quiero conducir nervioso de esa manera.

—¿Adónde vamos, Lorenzo?

No respondo y subo hasta el último piso, donde hay pocos vehículos. Me detengo bien lejos de todos, apago el coche, me quito el cinturón de seguridad y me vuelvo hacia ella.

—Deberíamos estar yendo al hospital…

—Solo si fuera el nacimiento de nuestra hija iría ahora. Tenemos problemas que resolver en este momento y mi sobrino no va a nacer tan rápido. Dime de una vez qué es lo que pasa por tu mente.

Ella niega con la cabeza, evitando mi mirada.

—No consigo vencer tu inseguridad, pero quiero estar a tu lado…

—¿El sexo es tan importante para ti? —pregunta.

Otra vez Diana y sus preguntas directas.

—Es necesario, pero descubrí que existe algo mejor que ir follando por ahí con cualquiera.

Ella me mira de reojo, pero aún sigue evitándome.

—Creo que escuchaste las palabras inapropiadas de Isabel…

—Esa mujer es…

—Completamente insignificante para mí —afirmo, levantándole el vestido y tocando su pierna desnuda—. Amor mío, entiende que prefiero esperar tu tiempo antes que buscar a otra. Prefiero a la mujer que amo y no a aquellas que no tienen ni un gramo de verdad como la que encuentro en tus ojos. —Toco su rostro, acercándolo al mío—. Tengo un favoritismo por la mujer de mi vida, Diana. Y esa eres tú.

Ella se lanza a mis brazos, robándome un beso. Cuando interrumpimos el beso, Diana clava sus ojos en los míos sin alejarse demasiado.

—Te amo, Lorenzo. Más de lo que jamás podría haber imaginado…

—Yo también, mio amore.

—Déjame hablar —reclama, y me callo—. No soy la más romántica de todas, pero te quiero para siempre en mi vida. No porque hayamos tenido el más loco de los desencuentros, ni porque seas un seductor empedernido y además el padre de mi hija. Te quiero para siempre, Enzo…

—Tú no vas a…

—¿Quieres ser mi marido, señor Seductor?

Cierro los ojos y asimilo su petición, que, por cierto, fue mucho mejor que la mía. Miro a la Bela Dona frente a mí, la dueña de mi corazón, y pienso cómo responder a esa pregunta. Me tomo unos instantes y lo hago a mi manera.

—No existe mujer más hermosa que mi Bela Dona. —Ella me sonríe—. Espero que no te enfades con lo que voy a decir, pero rechazo tu propuesta.

Diana intenta apartarse, pero no se lo permito.

—Digo eso porque ya te considero mi esposa. Podemos casarnos en la Toscana o incluso aquí mismo. Quiero que seas mi mujer ante las leyes de los hombres y de Dios. Solo espero tu sí, amore mio.

Ella se limpia las lágrimas.

—Pensé que no querías —argumenta.

—Jamás. Sin embargo, deseo contarle a la pequeña Agatha que nuestra petición fue hecha en un lugar mucho más romántico. No dentro de un coche, en un estacionamiento de un centro

comercial, después de una pelea por una malamada que vive enviándome regalos.

—¿Regalos? —pregunta.

Suspiro.

—Ya que hablamos de Isabel, te digo que están llegando obsequios de algunas nostálgicas a la recepción de la empresa. —Ella se lleva las manos a los labios—. No me quedo con ninguno. Solo le pido a Ana que les dé un destino.

—No lo imaginaba…

—Amore, no necesitas preocuparte. Creo que en algún momento dejarán de insistir. Sin embargo, no deseo a ninguna de ellas. Solo a la que viene de ti. —Volviendo a nuestro tema—. ¿Te agrada mi propuesta? ¿Lo dejamos todo más color de rosa?

Diana asiente, acariciándose la barriga, y me inclino para darle un beso.

—Nuestra hija va a tener la historia de amor más hermosa de todas, señor Seductor. Puedes estar seguro de eso…

Entonces, mi teléfono suena, sacándonos de nuestra burbuja romántica.

Capítulo 44

Diana

Es un niño tan hermoso. Tiene el cabello claro de Antonella y los ojos verdes de la familia Ricci.

—Se adelantó dos semanas, Enzo —comenta Fabrízio, angustiado, a su hermano—. Dos semanas.

—Pasa. Si mi hija viene antes, no será tan malo…

—Espera al día del nacimiento —lo interrumpe Fabrízio—. Verás que no es nada tan simple como lo estás imaginando, hermano mío.

Fabrízio y Lorenzo. Hermanos, pero de personalidades increíblemente distintas. El lado bon vivant de mi novio… digo, de mi prometido, sigue siendo fuerte. Por eso se sorprende con frecuencia en el camino. Ya sea con mis náuseas, las patadas de nuestra hija —que terminan despertándonos— y mis antojos locos. Aun así, amamos cada una de sus interacciones.

Le entrego el bebé a Nella, que besa su frentecita.

—Mateo, bienvenido a la familia —declara.

Estoy emocionada. ¡Este bebé es tan hermoso! No veo la hora de que llegue mi niña.

—Mi sobrino ya llegó a la familia y tenemos otra novedad para contarles…

—¿Son gemelos? —pregunta Nella.

—¡No! —afirmamos Enzo y yo al mismo tiempo.

Fabrízio se acerca a su esposa, esperando que el hermano continúe hablando.

—Diana aceptó mi propuesta de matrimonio y nos casaremos pronto.

—¿Antes o después de que nazca la bebé? —pregunta Fabrízio.

Nos miramos, sin saber qué responder.

—Amore, ellos no pensaron en eso —responde Nella.

—Lo decidiremos y se los contamos a ambos. Por mí, antes del nacimiento de nuestra hija —afirma.

—Máximo va a querer matarte —dice.

No es la primera vez que oigo hablar de ese amigo de Lorenzo y, por lo que percibo, no es una de las personas más agradables del mundo.

—Es verdad, pero sabe que será mi padrino de boda y también el de mi hija.

Unos minutos después, vamos a casa a descansar. Aún es de madrugada y estoy muerta de cansancio. Termino quedándome dormida en el camino y Enzo me despierta cuando llegamos. Incluso pensé en resistirme a sus besos en la espalda, pero ¿quién dijo que pude? Mi cuerpo reacciona a él de una forma fuera de lo común. Con solo sentir sus manos en mi vientre, empiezo a arder y el sueño se esfuma por completo.

—Te quiero dentro de mí, Enzo —pido, despeinándole el cabello mientras siento sus dientes en la curva de mi cuello.

—Lo tendrás, Bela Dona. Puedes estar segura de ello.

Entramos en casa y su traje elegante desaparece junto con la camisa. Dios. ¿Cómo conseguí a este italiano hermoso y seductor? Aún no lo sé, pero es mi prometido, y lo amo muchísimo.

Esa sonrisa descarada brota en sus labios cuando me toma en brazos y me coloca en la cama.

—Espérame, que ya vuelvo contigo, amore mio.

Entra al vestidor y me siento en la cama, quitándome el vestido. Vaya, es ligero, pero muy voluminoso. Hay tanta tela que… ¡uf! Voy levantando ese mar de tela para pasarlo por mis enormes pechos, pero termino tropezando y…

—¡Diana! —exclama, sujetándome y tirando algo en el camino—. ¿Por qué no me esperaste? Podrías haberte caído y eso es muy peligroso, sobre todo para nuestra hija. ¿No te das cuenta de que…?

Sigue regañando y solo entonces me doy cuenta de que fui imprudente; aun así, no consigo evitar sonreír ante su preocupación.

—Nuestra bebé y yo estamos bien, amor.

Lo veo bufar, mirando a lo lejos. Le tomo el rostro y le robo los labios.

—Vas a matarme, Diana —dice Enzo, dándome un beso y levantándose.

—¿Qué tiraste?

—Nada tan importante como tú.

Me siento en la cama y veo que fue la mesita de noche, donde hay varios paquetes de preservativos cerrados.

—No es nada de lo que estás pensando, Bela Dona —comenta, incómodo.

—No sabes lo que estoy pensando —afirmo.

Su sonrisa se ensancha.

—Ese es tu punto —dice—. Desde que nos reencontramos, no usé ninguno más.

Se arrodilla, toma el cajón y lo coloca sobre la cama.

—Voy a tirarlo todo.

Río y voy a la cocina a buscar una bolsa de basura para ayudarlo. El día está aclarando y el cansancio me vence. Bostezo,

tomo algunos de los envoltorios y me llama la atención algo escrito en ellos.

—¿Qué pasa? —me pregunta, pero no respondo; primero intento confirmar lo que vi.

Camino hacia la lámpara y entonces lo veo con más claridad.

—¡Joder!

—¿Diana?

—Lorenzo…

—¡Dime! —exige.

—Esto está vencido desde hace más de dos años —afirmo.

Frunce el ceño y también lo revisa.

—No puede ser…

—¿Cómo que no?

Enzo vuelve a tirar todos esos preservativos sobre la cama y empieza a comparar las fechas. Mientras lo hace, ahora entiendo por qué me quedé embarazada teniendo sexo con preservativo.

—Diana…

Pasa los dedos por su cabello antes de girarse hacia mí.

—¿Encontraste más vencidos? —pregunto.

Él asiente con la cabeza.

—Esto podría haber pasado antes y…

—Pero no pasó, amor. Y eso es lo que importa —afirmo, casi tropezando otra vez con el vestido.

Lorenzo me ayuda a quitar el vestido, que queda en el suelo, dejándome solo en bragas.

—¿Por qué hice esto? —se pregunta a sí mismo, riendo y besando mis pechos, que están muy sensibles—. ¿De qué

estábamos hablando, amore?

—Lo olvidé en el instante en que tus ojos se posaron en mis pechos —respondo, tirando los preservativos al suelo y recostándome en la cama.

Empiezo a quitarme las bragas y él me ayuda con esa sonrisa descarada que adoro.

—Qué fogosa está mi prometidita —dice, arrodillándose en la cama.

—Es que mi prometido es muy seductor. No puedo resistirme a él.

Siento su lengua en mi cuello y su mano sube lentamente por mi pierna hasta tocar mi centro. Me abro para que continúe masturbándome. Dos dedos se hunden dentro de mí y muerdo el labio, sintiendo cómo mi canal se aprieta alrededor de ellos.

—Sigue, Enzo —le pido, y él ríe, bajando por mi cuerpo y colocando mis piernas sobre sus hombros.

—No voy a parar —murmura, y antes de que tenga tiempo de decir algo más, siento su boca caliente en mi entrada. Me estimula, impidiéndome moverme y salir de la posición.

Tiene urgencia y no me contengo cuando mi orgasmo llega intenso, dejándome sin aliento. Mi respiración está agitada, pero no quiero que Lorenzo se detenga.

—¿Satisfecha?

—No —respondo riendo—. Quiero más, Enzo.

—Sé que quieres.

Se baja el pantalón y expone su miembro, ya erecto. Le pido que se recueste para devolverle el favor. Bajo hasta la línea de su cintura y beso su abdomen, como aprendí que le gusta en los últimos meses. Tomo su polla, que es bastante grande, y la bombeo

algunas veces antes de pasar la lengua por toda su extensión. Lorenzo gime y aprovecho para llevar su miembro a mi boca.

Lo chupo con ganas y él empuja contra mis labios, sujetándome la cabeza hasta pedirme que pare. Enzo me guía para que me siente encima de él. Así, entra lentamente en mi canal empapado.

Sí. Esta es una de las pocas posiciones que podemos hacer con mi vientre grande. Enzo entra y sale de mí despacio mientras acaricia mis pechos. Gimo y siento cómo aumenta el ritmo.

Luego cambiamos de posición, con Lorenzo en cucharita detrás de mí. Besa mi espalda, levanta una de mis piernas y entra profundo. No tardamos en llegar al clímax, prácticamente juntos.

—Bela Dona —me llama después de unos minutos—, debería haber hecho esto antes de tener sexo, pero no pude resistirme a tus deliciosos pechos.

Me giro hacia él y lo veo sosteniendo una cajita de terciopelo rojo.

—¿Qué es eso?

Enzo la coloca sobre mi vientre. La tomo con delicadeza y la abro lentamente, encontrándome con un hermoso anillo de oro blanco con una piedra verde que parece una esmeralda.

—¡Enzo! —exclamo, sentándome en la cama—. ¡Es precioso!

—Ahora sí puedo pedirte en…

—Me caso contigo mañana si quieres —respondo.

Él toma el anillo, lo coloca en mi dedo y deposita un beso.

—¿Qué te parece el mes que viene? —pregunta.

Frunzo el ceño al instante.

—No lo sé…

—Sí lo sabes —responde, recordando lo que siempre digo—. Serás la novia embarazada más hermosa de todas —afirma—. Y tendremos a nuestra hija ya casados. ¿Qué te parece?

¿Cómo negarle algo a este hombre?

—Está bien, amor. Nos casaremos el mes que viene.

Me besa y volvemos a amarnos, ahora oficialmente prometidos.

Capítulo 45

Lorenzo

—Entonces, ¿ustedes quieren casarse dentro de un mes? —me pregunta don Afonso.

—No sé por qué tanta prisa. Todo el mundo sabe que Diana está embarazada por inseminación artificial —aclara su madre.

Las ganas que tengo de gritar que la hija que espera la Bela Dona es mía son enormes. Sin embargo, mi amada me prohibió decir la verdad a mis suegros.

—Sí, mamá. Pero queremos que el bebé nazca estando casados —explica Diana, apretando mi mano.

Doña Vitória cruza los brazos, mirándonos de reojo.

—No sé si me gusta esa idea. ¿Y si el bebé decide nacer justo cuando ustedes estén en el altar?

—La médica de Diana dijo que eso no va a pasar —aclaro—. Todavía tenemos un mes para que Agatha llegue al mundo.

La señora vuelve al interior de la casa.

—Pero, papá…

—Por mí, ustedes dos pueden casarse incluso mañana —afirma mi suegro—. Tu madre lo aceptará con el tiempo.

Diana se abraza a su padre.

—Italiano, cuida bien de mi hija y de mi nieta. Diana es la mayor, pero tiene un corazón de oro.

—Don Afonso, Diana y Agatha son mis tesoros. Puede estar seguro de que daría mi vida por ambas.

Él extiende la mano y la estrecho con firmeza.

—¿Entonces habrá boda el mes que viene? —Giovanna, una de mis cuñadas, aparece en el pasillo.

—¡Sí! —responde Diana, entrando en la casa, donde también logro ver a Alessandra.

Ahora sí, va a empezar nuestra locura.

***

—Enzo, voy a matarte. Tenía un lanzamiento en Brasil, ¡pero no una boda! —responde mi mejor amigo, Mássimo, del otro lado de la línea.

—Va a ser perfecto. Vienes antes, haces tu lanzamiento. Después tu empresa prestará el servicio de catering de la fiesta y serás mi padrino junto con una de mis cuñadas.

Resopla.

—Creo que será mejor que envíe a un equipo…

—Nada de eso. Es mi boda. No puedes faltar.

—Enzo… Tú sabes…

—¿Que necesitas una mujer para desordenar ese tu método tan meticuloso y sacudir tu vida estancada? Sí, lo sé desde hace años.

Resopla del otro lado de la línea.

—Sabes que tengo otras prioridades y que siempre consideré el trabajo mucho más interesante que las mujeres.

—Entonces ven pensando que es solo un contrato de negocios con tu mejor amigo —argumento—. Sin embargo, no puedes faltar. Ni se te ocurra, Mássimo Marino.

—Está bien. Iré. Dentro de quince días llego a Brasil para arreglar las cosas.

Cuelgo el teléfono y veo a Diana sentada frente a un ordenador. Giovanna le muestra en la pantalla lo que pensó para nuestra boda relámpago.

¡Dios del cielo! Giovanna y Mássimo teniendo que trabajar juntos. No lo considero un buen encuentro para ninguno de los dos, pero visto desde otro ángulo…

Capítulo 46

Diana

Llegó el día. ¿Cómo llegó tan rápido mi gran día? No lo sé, pero dentro de menos de diez minutos yo voy a…

—¡Voy a matar a ese infeliz de Mássimo! —grita Giovanna, entrando al cuarto de la novia y cerrando la puerta de un portazo detrás de sí.

—¿Qué pasó, Gio? Nunca te vi así —pregunta Alê, que también está conmigo.

—Diana, por todo lo más sagrado. Por amor a mi sobrina que aún no ha nacido. No me obligues a entrar a la iglesia al lado de ese hombre —argumenta, señalando la puerta.

—¡Joder! ¿Qué pasó entre ustedes dos? —pregunto.

—Parece Alê y Kalel cuando se conocieron… —recuerda Alê.

—Es verdad, se odiaron y… —comento.

—Dejen eso, ustedes dos. Mi mayor deseo es algún día casarme con un príncipe, no con ese "animal" que se cree el dueño del mundo.

—Tía Gio, la chica de la fiesta te está buscando —escuchamos la voz de Mia del otro lado de la puerta.

—Ya voy —responde, abriendo la puerta y saliendo.

Alessandra y yo nos miramos.

—¿Será que…?

—No lo sé, Alê —declaro—. Enzo dice que ese italiano es muy complicado. Solo aceptó venir porque son muy cercanos desde toda la vida y…

Toc, toc.

—Señorita Diana, ¡es hora!

—¡Ay, Dios mío! —entro en pánico, levantándome.

—Tranquila, Di. Estás hermosa, eres perfecta, tu novio te ama y además le pidió permiso a papá para casarse contigo —me anima.

—¿Va a salir bien? —pregunto.

—Ya salió bien, Diana. Tú y Lorenzo van a ser muy felices —nos abrazamos y salimos.

Mi vestido color off-white es completamente de encaje. La falda es amplia y fue confeccionada para cubrir con elegancia y belleza mi vientre de ocho meses. En el busto hay una parte transparente en el escote y mangas decoradas que lo dejan todo delicado y hermoso. En mi cabello llevo una corona de flores blancas y mis mechones están armados en rizos suaves. El maquillaje es ligero, pero me siento la más hermosa de todas, sobre todo por estar viviendo el momento más feliz de mi vida, embarazada de uno de los amores de mi vida.

—Estás perfecta, solo no des a luz en el altar —pide el estilista Gil Costa.

Me río de inmediato.

—Aún falta para que nazca Agatha. No se preocupe.

Mi padre se acerca y esperamos el momento de entrar. La organizadora da la señal y el sol del final de la tarde nos ilumina mientras ingresamos al espacio ajardinado de la hacienda que elegimos para casarnos. Incluso pensamos en hacerlo en el restaurante donde ocurrió nuestro apasionado desencuentro, pero un CEO no tiene pocos invitados y mi familia… bueno… es casi italiana de lo ruidosa que es.

Hablando de eso, dentro de dos meses conoceré a la famosa nonna de Lorenzo. He estado hablando con ella mientras, a duras penas, aprendo a hablar italiano. Hoy sus padres me conocerán y veré cómo está el pequeño Mateo, ya que Fabrízio y Antonella pasan más tiempo en Italia que aquí.

Sin embargo, lo más importante en este momento es mi italiano hermoso que me sonríe al final del pasillo.

—Te amo —declara, moviendo los labios.

—Yo también, amor —repito el gesto.

Lorenzo lleva un traje gris claro, sin corbata; aun así, está más sexy de lo que podría imaginar. Está relajado y, al mismo tiempo, formal; es decir, la mayor locura de mi historia. El hombre de mi vida. ¿Cuáles eran las probabilidades de enamorarme de él? Un 1.000.000 por ciento.

Se acerca, agradece a mi padre y damos algunos pasos hasta el altar.

—Estás maravillosa, Bela Dona.

—Tú más, señor Seductor.

—Ni en pensamientos.

Sonreímos el uno al otro y nos detenemos frente al sacerdote que vino de Italia. El sacerdote va hablando y percibo que su portugués está un poco oxidado. Habla más en italiano y empiezo a sentirme aprensiva.

—Enzo…

—Tranquila, amore mio. Todo está bien.

Siento un escalofrío en la espalda, preocupada por si, cuando termine esto, estaremos casados o no. ¿Qué puede hacer este sacerdote con nosotros?

—Lorenzo Ricci… —entonces empieza a hablar en italiano y no entiendo nada—. ¿Diana Soares?

—Sí —respondo.

—Enzo, no estoy entendiendo nada. ¿Qué aceptaste?

A cada instante que pasa me siento más extraña.

—Solo no digas que no —mira a su hermano—. Brízio, traduce para Diana.

Se separa de su esposa y se coloca al lado del sacerdote.

—Diana Soares —traduce Fabrízio—, ¿prometes amar y respetar, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que…?

—¡Sí! —respondo.

Llega el momento de los anillos y Mássimo los saca del bolsillo para entregárselos a Lorenzo.

—Sabía que no me decepcionarías, amigo mío —afirma mi novio.

Hacemos los votos, por supuesto con Fabrízio traduciendo, y logro entender cuando escucho:

—Puede besar a la novia.

Sus labios se unen a los míos y el coro de aplausos resuena a nuestro alrededor. Pasamos al espacio de la fiesta y celebramos nuestra felicidad. Cuando la noche estaba casi por terminar, esa sensación incómoda que sentí en el altar regresó con más fuerza.

Dejé a Enzo conversando y me senté en la mesa de la familia para descansar un poco. Ocho meses no son ocho días. Incluso usando una faja para sostener el vientre, estoy muy cansada.

Aprovecho ese momento para observar a los invitados. Gaspar está muy animado; trajo a Ana y los dos parecen llevarse bien. Hablando de eso, Andrew renunció en cuanto supo de mi boda con Lorenzo. No puedo decir que no me alegré un poco al saberlo. Que mi marido no me escuche.

Invité a Daniel y Teodora. Enzo trajo a una pareja de amigos del extranjero; supe que ella es brasileña y él, estadounidense. Me los presentaron hace poco, pero parecen buenas personas y…

¡Crash!

Me giro en esa dirección y encuentro a mi hermana discutiendo con el mejor amigo de mi marido. Dios mío, realmente no se entienden. Solo quince días trabajando juntos y viven peleando. ¿Será que algún día se llevarán bien? Solo el destino lo sabrá.

Estiro la espalda, sintiendo otra punzada. Pido un jugo mientras algunos invitados comienzan a despedirse. Mis padres son de los primeros.

Me levanto para saludarlos y el dolor empeora, al mismo tiempo que siento que sale agua de mí.

—¡Diana! —exclama mi madre.

—¡Mamá! —digo, intentando sentarme.

—¿Dónde está tu marido, hija? —pregunta mi padre, alejándose.

—Tranquila, todo está bien —dice doña Vitória, más nerviosa que yo.

—¡Es hoy, mamá! —declaro, sonriendo.

Mis hermanas y cuñados aparecen haciendo varias preguntas, pero prefiero no responder a nadie. El dolor va en aumento, pero me siento tranquila al saber que, a más tardar mañana por la mañana, mi hija estará en mis brazos.

—Amore mio, ¿qué…?

—Está naciendo, italiano —argumenta mi madre—. Tienes que llevarla al hospital.

—Yo te ayudo, cuñado —se ofrece Kalel, tomándome en brazos.

Pocos minutos después, vamos camino al hospital.

—Tranquila, Bela Dona. Todo está bien.

—Amor, estoy tranquila; ustedes son los que están entrando en pánico.

Lo digo, pero él sigue agarrando el volante como si fuera su tabla de salvación en un naufragio. Entonces llega un dolor fuerte que solo ahora sé que es una contracción.

Respiro hondo, agarrándome del tapizado, hasta que pasa.

—¿Te duele mucho, amor?

—Llévame ya al hospital, Enzo —le pido.

Capítulo 47

Lorenzo

Trabajo de parto. Mi mundo se apagó cuando escuché a mi suegro hablarme de Diana. Ahora vamos camino al hospital y veo a mi esposa sentada a mi lado, sufriendo de dolor.

Piso el acelerador y voy lo más rápido que puedo. Cuando llegamos, la tomo en brazos, pidiendo que cuiden de mi esposa.

Paso algunos minutos caminando de un lado a otro en busca de noticias. Justo cuando iba a reclamar, aparece un médico.

—¿Tiene algún parentesco con la señora? —me pregunta un enfermero.

—Soy el prometido… No, soy el marido —digo, señalando mi alianza—. Nos casamos hoy, nuestra hija era para el mes que viene, se adelantó —declaro, nervioso.

—Tranquilícese. Su esposa tiene más de cinco centímetros de dilatación y la bolsa se rompió. Su hija nacerá esta madrugada.

—¿Cinco? ¿Ella pasó toda la boda en trabajo de parto? —pregunto.

El médico me detiene.

—Será mejor que se cambie de ropa y se quede con ella.

Me conducen a un vestuario y me pongo la ropa médica. Me llevan a la habitación de Diana y la encuentro aún con el vestido de novia, caminando de un lado a otro.

—Amore —le beso los labios.

—Enzo, duele mucho —se queja—, necesito quitarme este vestido.

Pido una camisola para ella y la ayudo a cambiarse. Se quita la corona de flores y pasamos horas esperando hasta que llega el momento en que los médicos la llevan a la sala de parto. Mientras tanto, aviso a la familia sobre lo que está ocurriendo.

Justo cuando iba a salir, Diana exige que llame a un médico. En cuanto aparece, la colocan de inmediato en la silla para el parto. En menos de quince minutos, escuchamos el llanto de nuestra hija.

—Nació. Es una niña.

Beso a mi Bela Dona y voy a ver de cerca a nuestra Agatha. Mis ojos se nublan cuando me entregan a mi joya preciosa y, entonces, la llevo para que Diana la vea.

Nuestra niñita es tal como la vi en mi sueño. La belleza de la madre y mis ojos. Una mezcla tan nuestra… la más perfecta de todas. El error más acertado de mi historia. Mi tesoro más valioso en este mundo. Mi hija. Agatha Soares Ricci.

—Es tan hermosa, Enzo —declara ella, emocionada, sosteniéndola.

—Nuestra niña es perfecta, amore mio. Gracias por traerla para nosotros.

—¡Felicidades, papá!

Tomo sus labios con todo el sentimiento que desborda en mi pecho. Permanecemos unos instantes admirándola, hasta que una enfermera se lleva a nuestra pequeña para los primeros cuidados.

Puedo afirmar que seré el padre más baboso de todos los tiempos, porque mi Agatha es la niña más hermosa de todas, tal como la había visto en mis sueños. Ya lo había dicho y lo repito: las protegeré para siempre.

***

—¡Qué bebé tan hermosa! —exclama Giovanna, tomando a nuestra princesa en brazos.

—Mi nietecita más nueva.

—¡Abuela! —reclama Mia, que es la hija mayor de Kalel y Alessandra.

—Es una bebé, Mia. Tú seguirás siendo mi nieta, Agatha también lo es y…

De pronto, mi suegra deja de hablar.

—Afonso, ven a ver a tu nieta —llama a su marido y ambos conversan en voz baja.

—Enzo… —Diana llama mi atención, apretando mi mano.

—Diana, esa niña se parece demasiado a…

En ese instante, Alessandra entra en la habitación con un cochecito de gemelos, interrumpiendo sus palabras. Kalel me felicita y más familiares entran al cuarto. Entonces, una vez más, la enfermera llega y hace que todos salgan.

Tomo a mi joya rara, más preciosa que un diamante, y me acerco a mi hermosa esposa.

—Estoy segura de que no era así como planeabas nuestra primera noche de casados —comenta, y no puedo evitar sonreír.

—Diana, la mayoría de las veces los planes no logran superar la realidad. Cambiaría cualquiera por el día en que nació nuestra hija.

Sonrío y tomo sus labios.

—¿Listo para quedarte sin sexo por algunos días, mi marido?

Tuerzo los labios.

—Listo nunca, pero estoy seguro de que nuestra joya rara nos cansará lo suficiente como para no pensar en eso —suspiro,

entregándole la niña a su madre—. Hablando de eso… tengo la certeza de que tu madre sabe que Agatha es mi hija.

—¿Será? —pregunta.

—Está escrito en su rostro. Sin embargo, ¿qué podrían hacer ahora? Tú eres mía y jamás dejarás de serlo, Bela Dona.

—Tu esposa hoy y para siempre, mi señor Seductor.

Capítulo 48

Lorenzo

Meses después

—Enzo, estoy cansada. Vamos camino a Italia, ¿por qué vinimos a Nueva York?

—¿Confías en mí, mio amore?

Ella me sonríe.

—Ya sabes cuál es la respuesta…

¡Buaaa!

—Pero nuestra hija no piensa lo mismo —argumenta.

Tomo a mi pequeña Ricci de cuatro meses, que no escatima en armar escándalo, como una verdadera italiana. Así, la mezo en mis brazos.

—¡Mia bambina! —se detiene al escuchar mi voz—. ¿Qué pasa? Papá solo va a tardar un poco. Lo prometo.

Escucho a Diana reír, negando con la cabeza.

—Hasta a tu hija logras conquistar.

—Sabes que hablaba con ella antes de llegar al mundo, Bela Dona. Ella ya me ama.

—Lo sé, mi marido. Por eso solo quiere quedarse con su papá.

Me causa gracia su comentario y me dirijo al bar del hotel.

—Enzo…

—¿No es que volvió el italiano? Pero esta vez, con una bebé —me reconoce el barman de casi un año atrás.

—Vine a cumplir mi promesa —respondo, riendo y mostrando a mi bebé—. Esta es mi…

—Tu hija. Es igual a ti —me interrumpe, afirmándolo—. ¿Esa morena en la entrada es la famosa Bela Dona? —pregunta.

—Diana —la llamo y le respondo—: Sí, es la señora Ricci. Mi esposa.

Él me sonríe.

—Es bueno saber que los dos se arreglaron y construyeron una familia.

—Gracias a tus consejos. Gracias por escucharme aquel día y orientarme hacia el camino de la felicidad.

El hombre me estrecha la mano. Diana lleva a nuestra bebé hacia afuera mientras le cuento la continuación de nuestra historia. Tardó un poco, pero sin buscarlo, encontré mi felicidad al lado de mi Bela Dona.

Capítulo Extra

Mássimo

Hoy el día ha sido extremadamente estresante. Después de horas en un vuelo agotador y de saber que perdí dos acuerdos comerciales por culpa del imprudente de mi socio, tendré que negociar yo mismo la tercera y más importante negociación antes de que se desate el caos total.

Indiferente a eso, estoy llegando al salón de fiestas para el cumpleaños de un año de mi ahijada, Agatha. Lorenzo es el culpable. Si no fuéramos cercanos desde toda la vida y no hubiera recibido un ultimátum, ahora mismo estaría resolviendo mis asuntos, que son de máxima relevancia.

Fiesta infantil. Si tuviera alternativa, jamás habría perdido prácticamente un día entero de trabajo para estar aquí… ¡Dios del cielo! Niñas vestidas de princesa.

—Era justo lo que me faltaba —murmuro para mí mismo.

Me presento en la entrada del salón y atravieso un mar de niños vestidos como en los cuentos de hadas infantiles. Hay algunos niños caracterizados de príncipes que corren a mi alrededor, y tengo cuidado de no derribar al hijo de nadie.

La decoración está totalmente acorde con el tema. Incluso hay una torre en una parte más elevada, donde se organizó un espacio exclusivo para los niños; sin embargo, también hay algunos adultos vestidos de acuerdo al tema. Es tan absurdo que resulta ridículo.

Dejo bien claro que tendrían que pagarme más de un millón para que siquiera pensara en someterme a algo así. Claro que, antes de que sucediera, daría una negativa absoluta ante semejante osadía.

Y pensar que solo vine aquí por culpa de mi mejor amigo…

Escucho algunos gritos infantiles animados y empiezo a fijarme en los adultos que están cerca. Entonces, mis ojos se quedan fijos en una mujer de cabello oscuro, con un vestido amplio y lleno de volantes amarillos, que llama la atención de cualquiera. Hay varias niñas a su alrededor, pero en determinado momento se aparta de los niños para tomar las llamadas manzanas acarameladas…

—¡Cuidado, señorita!

Alguien grita.

La mujer no escucha. Entonces, al percibir el peligro, corro hacia ella y la jalo fuera del camino del carrito de palomitas que viene descontrolado. Ella cae sobre mí y no logramos evitar decir, al mirarnos a los ojos:

—¡Tú!

Tenía que ser la…

Continúa en el próximo libro de la duología "Italianos Apasionantes".

Mi Falso Prometido es un CEO Italiano

Epílogo

Diana

Años después

—Mamá, ¿cuándo vamos a visitar a la prima Mia? —pregunta Agatha, mientras preparo nuestra cena.

—Mamá, yo también quiero ir. Pídele a papá que nos lleve —se mete Pietro en la conversación.

Sí. Ahora tenemos dos hijos y, por Lorenzo, tendríamos unos cinco más; sin embargo, le dije que dos eran suficientes. Pasó algunos meses intentando convencerme de tener el tercero, pero después desistió. Así que cerramos nuestra familia con un niño precioso, muy parecido a él, con una corta diferencia de tres años respecto a Agatha.

—Eres demasiado mocoso para viajar —ironiza mi hija.

—Agatha, ya te he dicho que no hables así de tu hermano —la reprendo.

—Pero, mamá…

—¿Qué está pasando aquí? —la voz de Lorenzo surge en la cocina, interrumpiendo la conversación de los dos.

Vive trabajando en True Security, siendo el poderoso CEO, y yo preferí reducir mis horarios para cuidar de nuestros hijos. Lo bueno es que los niños están en contacto constante con la familia. Tíos, primos y abuelos. Y vaya que la familia Soares ha crecido muchísimo en estos últimos años.

—Agatha, ¿qué fue lo que ya hablamos sobre este tipo de actitud con Pietro? —cuestiona Enzo.

—Perdón, papá —pide la niña.

—Debes pedírselo a tu hermano.

Nuestra niña se vuelve hacia Pietro y lo hace. Enseguida se aleja. Enzo la llama y ella regresa de inmediato, obedeciéndolo.

—No quiero que esto se repita, Agatha. Tu familia es lo más importante para ti. Jamás lo olvides, mi preciosa.

Ella asiente con la cabeza. Enzo la abraza, besa su cabello oscuro y después despide a nuestra niña, que se lleva al hermano menor a la sala.

—¿Estamos a solas, Bella Donna?

Voy a la cocina y cierro la puerta con llave.

—Ahora lo estamos —comento, robándole un beso de los labios—. Pero tengo una propuesta para ti.

—¿De esas que nos dejan sin ropa y gimiendo de placer, amore mio? —argumenta, rodeándome.

—No, señor Seductor. Pero no puedo negar que esa es muy atractiva. —Él besa mi cuello, sujetando uno de mis pechos—. No podemos hacerlo aquí, Enzo. Los niños están del otro lado de la puerta.

—Solo hay que subir la televisión y no escucharán.

—Eres terrible —río.

—Soy tu seductor y no pienso soltar a mi Bella Donna nunca.

Sonrío, intentando contener el huracán que es este ardiente italiano mío, sin contar todo lo que me provoca. Incluso después de un tiempo de casados, la pasión sigue viva y todas mis inseguridades han llegado a su fin.

Ahora sé que Enzo solo tiene ojos para mí. Hoy consigo confiar plenamente en él, aunque todavía me pongo celosa cuando veo al público femenino babear por mi marido.

—Seamos rápidos, mi amore. Encendemos la lavadora y nadie nos escuchará.

Suelto una carcajada y él se aleja, arrojando una sábana dentro de la máquina y poniéndola a centrifugar.

—Eres terrible, pero te amo —respondo, riendo y quitándome la camisa.

—Así es como me gusta mi mujer. —Él suelta mi sujetador y se quita la camisa social.

—Sabes que tenemos poco tiempo…

—Sí, Bella Donna —responde, besando mis pechos—. Pero no resisto estas delicias.

Su lengua succiona mi pezón mientras acaricio su miembro a través del pantalón de vestir. Hasta que escuchamos:

¡Crash!

—¡Mamá! —escucho la voz de Agatha.

Nos separamos de inmediato.

—Iré a ver —avisa, colocándose la camisa social arrugada—. Espérame, que continuaremos en este punto, Bella Donna.

—Siempre, mi amor —respondo, volviéndome hacia la cocina, pero luego recuerdo—. Enzo.

—Sí.

—Bienvenido a nuestro "felices para siempre".

Él me roba un beso ardiente y vuelve para ver a nuestros niños.

Epílogo

Lorenzo

Diez años después

Si el Lorenzo de años atrás viera en qué nos hemos convertido, jamás diría que es la misma persona. Conocí a una joven preciosa en un encuentro forjado por el destino y tuvimos un momento seductor, en el que esa mujer inexperta me dio vuelta la cabeza.

Por un error en la fecha de caducidad de un preservativo, terminé dejándola embarazada y empezamos a unirnos. Entre tropiezos y malentendidos, nos reencontramos, nos casamos y tuvimos a nuestra primera hija, Agatha. A continuación, vi suceder una de las cosas más sorprendentes en la vida de mi gran amigo Mássimo, y tuvimos a nuestro segundo hijo, a quien llamamos Pietro.

Sí, cambié por completo mi vida de relaciones pasajeras y fútiles por tener a una única mujer a mi lado, que es mi Diana. Puedo afirmarlo con vehemencia: jamás me arrepentiré de esa elección.

Por suposición, si no hubiera estado en el lugar correcto en el momento adecuado, ¿acaso hoy mi vida sería así? ¿Con una mujer hermosa y sexy a mi lado, hijos, dos familias ruidosas que nos unen aún más? Creo que no.

Tal vez estaría dando tumbos con mis aventuras sin saber lo que es amar y ser amado. Algo maravilloso que incluso mis amigos más cercanos tuvieron el placer de vivir. Gracias a los cielos, tengo a mi Bella Donna.

—Enzo, ¿no vas a venir? El agua está deliciosa —me llama mi amada, a la orilla del mar, luciendo un bikini precioso que me excita con solo verla.

—Ya voy, *amore mio* —respondo, quitándome las gafas de sol y yendo hacia ella.

Estamos en las Maldivas para una verdadera luna de miel, ya que la real fue postergada por el nacimiento de nuestra Agatha. Hablando de eso, estamos solo los dos. Dejamos a los niños —que ya ni siquiera son tan niños— con los abuelos maternos en Brasil.

Después de tanto trabajar en una empresa que se está expandiendo de forma primorosa, merecemos este descanso. Principalmente después de la expansión que hicimos hacia Estados Unidos. Lo logramos gracias a las inversiones que mi esposa está realizando, obteniendo ganancias prácticamente sola con sus antivirus. Ella es un éxito y no podría estar más orgulloso.

Hablando de la familia, Fabrízio y Antonella están definiendo hacia dónde irán. Dudaron entre quedarse en Italia, Brasil o ir a América, como nosotros en este momento. Ahora tienen un total de seis hijos y la última es una niña. Por lo que supe, Nella deseaba tanto tener una hija que insistió con mi hermano hasta conseguirlo.

—No puedo creer que hayamos venido a las Maldivas para que mi señor Seductor se quede solo mirando el paisaje.

—No estaba observando el mar, sino a la hermosa de mi esposa que me enloquece.

Ella sonríe y me roba un beso. Yo la aprieto contra mi cuerpo, apoderándome de sus labios.

—¿Te casas otra vez conmigo, mi Bella Donna? —pregunto, tocando su rostro bronceado por el sol.

—Las veces que tú quieras, mi seductor. Te amo y sé que lo que tenemos es para siempre.

Tomo sus labios con entusiasmo.

—Hasta el final de nuestras vidas, Diana.

Después de todo lo que viví, ahora ya puedo afirmar que, de verdad, encontré la felicidad.

¡Fin!

Agradecimientos

¡Qué pareja tan improbable! Un seductor y una joven inexperta en una cita a ciegas con el hombre equivocado. Lorenzo y Diana llegaron poco a poco, pero se hicieron un lugar de una forma poco común. Un seductor de palabras certeras y una joven que nunca supo lo que era ser amada de verdad. ¿Cuáles eran las probabilidades de que todo eso funcionara y, además, tuvieran hijos?

Ahora vengo a agradecer a todas las manos que, entre bastidores, me ayudaron a concluir esta historia. Amigos que la carrera me trajo, alianzas que surgieron en el camino. Estoy muy agradecida por todo el cariño y el apoyo. Ustedes viven en mi corazón.

A mis lectores. Les estoy profundamente agradecida por todo su apoyo. Amo a quienes me escriben en privado para conversar, a quienes piden continuaciones eternas y a quienes crean una auténtica aversión por el villano. ¡Guau! Cómo me enamora cada pequeño detalle de todo esto. Mi gratitud a cada uno que llegó hasta aquí.

Mil besitos y hasta la próxima historia.

Obs. Muy pronto, la historia de Giovanna y Mássimo en el romance
Mi Falso Prometido es un CEO Italiano.

Sobre La Autora

Carlla Arine, brasileña y carioca del barrio de Madureira, siempre ha estado rodeada por el mundo artístico. Comenzó en el teatro siendo aún adolescente, más tarde estudió canto, desarrolló poesías y escribió guiones. Al ver sus textos representados en escena, deseó que las personas pudieran llevar su arte consigo, a sus hogares. Así fue como nació su amor por la escritura.

Su primer libro, lanzado en 2018 en formato digital, le trajo grandes aprendizajes en su nueva carrera, así como múltiples premios en la plataforma Wattpad. Sin embargo, eso fue solo el comienzo: Carlla no ha dejado de escribir desde entonces, dando vida a nuevas historias llenas de emoción, romance y personajes inolvidables.

Actualmente vive en el interior del estado de Río de Janeiro junto a su madre y sus mascotas. Carlla sigue estudiando escritura dramática y cuenta con el apoyo constante de su familia, amigos y lectores que la acompañan en cada paso de su trayectoria como autora.

Otras Obras

En Español

Serie Dinastía Del Poder

Libro 1 – Los Gemelos Rechazados por el Príncipe Mujeriego

Libro 2 – Engañada Por El Príncipe Vengativo

Libro 3 – El Bebé Del Príncipe Que Nunca Me Amó

Libro 4 – Casada (Por Accidente) Con El Príncipe Descarado

Cuento de Navidad - Mi Navidad con el Rey: Después de los finales felices.

Serie Italianos Apasionantes.

Libro 1 - Una Niñera para el Luchador

Libro 2 – El Padre de Mi Bebé es un CEO Italiano

Libro 3 – Mi Falso Prometido es un CEO Italiano. «Muy pronto»,

Redes sociais

Página da Autora





@carllaarine.autora

Conta Nova!



Grupo de Leitores



@a_carlaarine



@carlaarine



Autora Carla Arine